F. DE OLIVEIRA CÉZAR

VIAJE
AL
PAÍS de los TOBAS



AMORES

DE

UNA INDIA

Nueva edición, corregida,
de 2000 ejemplares

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

Calle San Martín esquina Cangallo

1897

F. DE OLIVEIRA CÉZAR

VIAJE
AL
PAÍS de los TOBAS



AMORES
DE
UNA INDIA

Nueva edición, corregida,
de 2000 ejemplares

BUENOS AIRES
CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER
Calle San Martín esquina Cangallo
1897

ADVERTENCIA

La acogida que han alcanzado las descripciones pintorescas y aventuras de viajes por territorios poco explorados, nos pone en situación de presentar una nueva edición de esta obrita, que es de las que caracterizan la índole de los trabajos del Sr. Oliveira Cézar, quien ha logrado crearse un género propio, narrando con éxito creciente, leyendas indígenas, romances americanos y episodios poco conocidos del *Folk-Lores* y la historia nacional.

El formato adoptado, hace entrar este libro en la colección que llevamos publicada y su texto ha sido nuevamente revisado y corregido.

El Editor.

Buenos Aires, Noviembre 5 de 1891.

Estimado amigo Oliveira Cézar.

Agradezco su fina demostración de aprecio, tan espontáneamente ofrecida, como cordialmente aceptada; sin otra intranquilidad que la que fluye de la consideración de que no siendo literato, mi nombre puesto al frente de su libro, no puede darle el lustre que quisiera.

La Vida en los Bosques, me lo reveló escritor de la escuela de Verne y Mayne-Reid, con esta ventaja: que mientras ellos dictan escenas imaginarias y ponen en movimiento personajes ficticios, Vd. narra hechos reales, en que personalmente ha intervenido, y viven en sus páginas, seres de carne y hueso.

Con su nueva obra, viene Vd. á mostrarse bajo distinta faz. Pone en juego esta vez la imaginación, atemperada por el buen sentido y las enseñanzas de la propia experiencia; y sin pretensiones ni amaneramientos, produce una obra verdaderamente argentina, por su sabor á la tierra y su colorido local, libre de las exageraciones é inverosimilitudes en que con harta frecuencia escollan los escritores de este género de novelas.

Sus descripciones son gráficas y hay en el desarrollo de la acción una progresión natural, exenta de violencias ó situaciones forzadas, de suerte que el lector, puede sin dificultad admitir en su imaginación, que está presenciando escenas verdaderas: lo que entiendo es el *desideratum* del novelista.

Nuestro país, que es por sí solo un mundo, en cuanto posee todos los climas y todos los paisajes, desde las eternas nieves hasta el sol abrasador, desde la montaña gigantesca hasta la llanura infinita, ríos majestuosos y

vastos lagos, se presta cual pocos para servir de teatro de acción á obras de ese género.

Su fauna y su flora, la existencia misma de tribus nómades y salvajes, proporciona también al novelista un capital de incidentes ante el cual palidece lo que pueda ofrecer la Europa entera.

Ojalá su libro sea leído, muy leído en nuestro país y despierte el amor á las aventuras de buena ley que narra, para que nuestras comarcas desiertas, sean conocidas y pobladas por argentinos, sin esperar que otros sean los *pioneers* que las incorporen al movimiento del progreso nacional.

Volviendo á su libro, declaro con toda sinceridad, que al terminar su lectura, al dejar la amable compañía de aquellos á quienes he seguido con la mente, desde las orillas del Paraná hasta el interior del Chaco, experimento la pena del que se separa de antiguos amigos. En mi imaginación contemplo aún algunas de las vívidas escenas que Vd. pinta: «el bazar de novias» en el campamento toba, la cacería nocturna con linterna sorda, el paseo de Mister Mac-Gregor, cabalgando en un brioso tapir; y flota ante mis ojos la visión de la bella Alegorí, personificado el amor que deifica, y con su intensidad segrega y rodea de fulgurante nimbo el ser querido.

Sin embargo de lo expuesto, debo manifestarle que no participo de sus ideas en materia de religión — la bondad esencial de la religión no puede ser desvirtuada por defectos extrínsecos ó de uno entre millones de sus adeptos.

No obstante, su obra será bien acogida, y á no dudarlo conseguirá la popularidad que merece.

Asi lo desea su amigo de siempre.

FRANCISCO P. HANSEN.

ÍNDICE

VIAJE AL PAÍS DE LOS TOBAS

AMORES DE UNA INDIA

I

El camino de los bosques

Por los pintorescos senderos trazados al través de los bosques que bordan las márgenes del anchuroso Río Paraná, cabalgaban alegremente hace poco tiempo, dos jóvenes cuya edad no excedería de veinticinco años.

Los copos de espuma blanca que mojaban el freno de los briosos corceles, mostraban claramente que habían galopado algunas leguas.

Al aproximarse á un grupo de elevados talas, circundados de espinillos en flor, detuvieron la marcha de sus cabalgaduras y se apearon á la sombra de la arboleda, colocando cuidadosamente los rifles de que venían munidos, al pie de uno de aquellos corpulentos árboles.

El joven de mayor estatura y que parecía de más edad, corrió de su espalda un pequeño cuerno de caza que llevaba sujeto por un cordón verde y tocó con fuerza algo como una señal ó llamada de cazadores.

El bosquecillo en que los jóvenes habían hecho alto, distaba poco de un caudaloso riacho, y á juz-

gar por las miradas que dirigían á un claro de la ribera opuesta, esperaban alguna señal ó alguna persona.

Trascurrieron algunos minutos sin que nadie contestara.

Los jinetes habían sacado los aperos á sus caballos que estaban enjaezados al uso nacional, y sentados sobre un tronco, teniéndolos sujetos por el extremo de un largo *maniador*, los dejaban elegir los mejores bocados de la fresca yerba que crecía abundantemente en aquel sitio.

—Mucho me temo, Carlos, dijo á su compañero el que un momento antes había hecho sonar el cuerno de caza, que nuestro indio ande por las lagunas, aprovechando las horas de esta espléndida mañana en sorprender los cisnes ó los patos.

—Préstame el cuerno León, respondió el menor, é iré hasta la orilla del agua, asegurándote que si esta vez no nos contestan, es porque hemos tenido la desgracia de llegar en mala hora.

Sabemos pues los nombres de los dos jóvenes que por sus trajes y sus armas eran improvisados cazadores.

Carlos tomó el cuerno y dirigióse al riacho, abriéndo camino por entre las grandes matas de penachos blancos, las achiras amarillas y otras yerbas silvestres; cuando le fué imposible avanzar más, hizo sonar estrepitosamente el cuerno.

El ladrido de varios perros fué la respuesta inmediata que se dejó oir en la otra orilla, y poco después, otro idéntico sonido resonó en la espesura.

Aquellos caballeros eran hijos de los dos propietarios de mayor zona de terreno en el vasto distrito; y había también entre ellos otros vínculos que los unía estrechamente y de los que tenemos la esperanza se apercibirán nuestros lectores en la prosecución de este relato.

Los bosques y los campos en que se encontraban pertenecían á Carlos y los de la otra ribera que limitaba el río, formaban parte de la extensa propiedad del padre de León.

La señal dada con el cuerno, tenía por objeto pedir á los habitantes de la margen opuesta, trajesen la canoa para atravesar el cauce del riacho.

Después de un instante, una voz de mujer se oyó claramente, interrumpida por los ladridos de los perros.

—Es Polate, la mujer del indio, dijo León; y juntos se aproximaron al borde del riacho.

—¿No está tu marido para que nos pase en la canoa? gritaron á la mujer que había aparecido entre el juncal, destacando su busto bronceado sobre el fondo verde de los tupidos sauces, y que mostraba su cara sonriente marcada con el tatuaje azul de los indígenas.

—Anda cazando, patroncito, contestó la india,

pero si quieren pasar el río sin mojarse, pueden seguir por la ribera hasta el primer recodo, y allí encontrarán un álamo que ha sido volteado de manera que atraviesa de una á otra margen la corriente de las aguas.

Dirigiéronse los jóvenes al sitio que la mujer les indicaba, y ésta, rodeada de sus perros y llevando á la grupa su pequeñuelo, fué á recibirlos al lugar donde el álamo servía de puente.

Los caballos llevados del cabestro, seguíanles de cerca, y cuando ellos pasaron por sobre el álamo, los diestros animales se azotaron al agua vadeando con facilidad la corriente y apareciendo de nuevo en la otra orilla, después de un ligero baño.

Cuando León y Carlos estuvieron junto á la mujer indígena dejaron caer al suelo los aperos que habían pasado al hombro por sobre el puente rústico y aseguraron sus caballos de manera que siguiesen comiendo entre las frondosas matas de gramilla.

Saludaron á la india con cariño, y ésta rió con franqueza, viendo que acariciaban á su hijo.

Pusieron luego los rifles sobre el hombro y siguieron en compañía de Polate el estrecho sendero que los conducía á la choza.

—Venga mi ahijado, dijo León, tomando entre sus brazos al pequeño indígena, que no se mostraba uraño y parecía reconocerlo.

Carlos, al ver la afectuosidad de su amigo, preguntóle si era realmente su padrino.

León con aire de satisfacción, respondió afirmativamente, agregando: «No te imaginas, como queremos, mi padre y yo, á estos desventurados hijos de la tierra, tan nobles, tan leales y tan injustamente tratados por la generalidad de las gentes de nuestra raza, que en vez de ver en ellos á semejantes, los persiguen, muchas veces como á fieras salvajes y dañinas.

«¡Cuánto podría decirse á este respecto!

«Ese niño ha nacido en nuestros campos y mi padre, que gusta increiblemente echárselas de patriarca, fué el sacerdote que bendijo la unión de los autores de sus días.

«Polate y Mbeguá, pertenecen á diversas agrupaciones del Chaco, aunque los dos son Tobas y fueron cautivados por las fuerzas nacionales en una expedición que ordenó el Gobierno se efectuara á ese territorio.

«Polate y su tribu, trabajaban pacíficamente en los Obrajes [1] de la frontera de Santiago del Estero, cuando la nefanda expedición se internó en el Chaco.

«Eran aquellos brazos necesarios é irremplaza-

(1) Establecimientos fronterizos en que se labran y preparan para la industria las maderas silvestres.

bles para la colonización de esas tierras vírgenes, y la evolución civilizadora del salvaje, se operaba lenta, pero seguramente.

«El general expedicionario ambicionaba conquistar renombre y popularidad, en el momento en que la República se agitaba por elegir candidato á la futura Presidencia; había que hacer prisioneros, dar batallas, ocupar los cables telegráficos y la atención pública con ampulosos partes de imaginarios combates.

«El plan era ingenioso... pero logró engañar á muy pocos.

«La gran masa de soldados invadió el Chaco por el río, mientras que algunos jefes se internaron por las provincias del Norte y del Centro, obligando á los caciques y capitanejos que trabajaban con sus pequeñas tribus en los obrajes fronterizos, á que fuesen á presentarse al general y someterse con sus indios.

«Los inocentes indígenas obedecían, aunque haciendo muchas veces gala de armas de palo ó de vistosos penachos de plumas, artesonados con los que no sólo no asustan en la actualidad á los poseedores del Remington y de la Ametralladora, sino que cuando mucho despiertan interés á algún aficionado á las curiosidades de Museo.

«Los indios eran entonces tomados prisioneros,

fusilados unas veces y colgados otras, por tontos é insensatos. A las mujeres y á la chusma, se las remitía á Buenos Aires, para ser sometidas á una servidumbre sin control, que más parecía esclavitud; pues se separaba sin piedad á la madre de sus hijos, y al hermano de la hermana, destrozando así las más de las veces los dulces lazos de la familia».

Carlos interrumpió la narración de León. Parecía extrañar que los salvajes estimaran en tanto los vínculos de afecto que unen entre sí á los miembros de una familia.

León apresuróse á contestarle:

«He observado de cerca las costumbres de los indios; tú sabes que he vivido entre ellos, y conozco rasgos de abnegación y de afecto, frecuentes entre los llamados salvajes y que sólo por excepción se practican en nuestras sociedades cultas.

«Los prisioneros, dados en los cuarteles á quien lo solicitaba, continuó León, rara vez tenían la suerte de caer en buenas manos. Habitualmente se buscaba en ellos un servidor del que era fácil abusar porque no conocía el castellano, ni sabía ante quien quejarse.

«Polate y otros de sus compañeros fueron entregados á mi padre, que los distribuyó por diversos sitios de su propiedad, encargándolos del cuidado

de algunos animales y dejándoles en libertad de acción y en condición de peones ó puesteros.

«Mbeguá, á quien vas á conocer más tarde, se distingue especialmente como intrépido cazador á flecha, y fué también cautivado en la época á que hago referecia.

—¿Sabes cómo se llama este chicuelo?

« León Mbeguá, le hice poner con el cura del partido, el día en que le echaron el agua del bautismo, continuó el hijo del estanciero; pero la madre le llama *Guazú-Nambí*, lo que en idioma guaraní significa oreja grande.

« Si sus padres no fueron casados por la iglesia, fué porque en aquel tiempo aun no hablaban castellano, y ahora tampoco quieren aceptar el vínculo espiritual en la forma prescrita por la iglesia romana, porque estos rústicos ingenios se resisten á tener tragaderas de creyente: con lo que quiero manifestarte, que cuando uno les explica los artículos de la fe católica, rien como unos condenados, suponiendo que se les hace broma al hablar de la virginidad de una madre, de la divinidad de un hombre, de la Trinidad del Supremo Hacedor y de la infalibilidad de un mortal que se atribuye representaciones del Todopoderoso, sin presentar más credenciales que un báculo de pastor, ó un sombrero de forma de pan francés.

«La ingenuidad de estos seres, cuya inteligencia no ha sido torturada en la primera edad por nuestros mitos ó falsedades convencionales, les permite tener un criterio diferente al común y tampoco creen en el perdón de las culpas por el acto de la confesión, ni que pueden ellos comerse en ningún caso, al Creador de cuanto encierra de sublime y de insondable en sus arcanos el infinito espacio.

«Tienen, pues nociones exactas, aunque confusas de la verdad; admiten la inmortalidad de la materia, que se trasforma, pero no fenece.

—¿Podrías tú decirme en qué creen los salvajes?

«Los indios, los hombres de la naturaleza, adoran al sol, porque los vivifica y los alumbra; al padre de la luz que sazona las mieses y los frutos, que no se olvida de venir en primavera á vestir de hojas y de fragantes flores los troncos del bosque ó el ramaje que encubre bajo frescas grutas de vegetación al pobre indio desnudo y solitario; y en mi concepto esa adoración hija de la observación de lo que les rodea, está mucho más armonizada con la razón, que la que proclama disparates inauditos rechazados por el buen sentido y por el análisis de las ciencias».

—Te manifiestas de muy poca fe, dijo Carlos.

«Querer armonizar las ciencias naturales con los artículos de la fé, en lo que se han esforzado

muchas inteligencias depravadas y muchos explotadores del candor y de la ignorancia del rebaño humano, es cada día, afán más insensato.

— La adoración al sol me parece la más sublime de las idolatrías, replicó Carlos.

Mientras duraba esta conversación se habían ido aproximando á la choza, por debajo de los copudos sauces llorones. De pronto torearon los perros por entre las malezas y á pocas varas apareció un enorme carpincho que, perseguido de cerca, se dirigía al agua, por el camino más corto.

Carlos, con la rapidez de un cazador experto, se echó velozmente á la cara el rifle que llevaba al hombro, disparando un tiro sobre el cuadrúpedo.

León, que en realidad no era, en cuestiones de caza, menos apasionado y diestro que su amigo, puso el niño en brazos de la india é hizo un segundo disparo casi simultáneamente.

El cabial ó capivara, como lo llaman los naturalistas, es el más grande de los roedores. Anfibio como el anta ó el tapir, es como éste temible, si logra defenderse en el agua; pero los tiros de nuestros cazadores habían sido certeros, y el animal quedó en el sitio.

Polate estaba contenta al contemplar la espléndida pieza de caza mayor que acababan de obtener, y los jóvenes se aproximaron al animal,



arrastrándolo desde el juncal hasta el sendero, examinando el punto por donde habían entrado y salido los proyectiles, en los flancos de la rojiza piel.

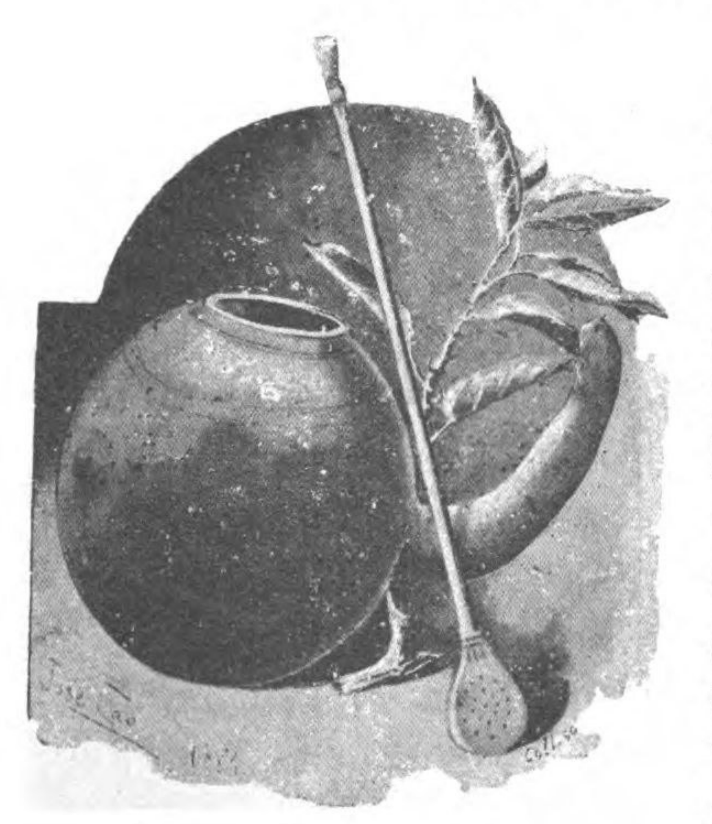
El rancho distaba unos cincuenta pasos, y la india se apresuró á llegar, depositando su hijo en una especie de cajón que hacía las veces de hamaca, porque pendía de lo alto de la vivienda, sujeto por una sola cuerda; tomó luego un cuchillo de monte y dirigióse de nuevo al sitio donde estaba el carpincho, sacóle la piel prolijamente, y dividió la res en cuatro grandes partes, que fueron colgadas en los gajos de los árboles que sombreaban el patio de la rústica vivienda.

León y Carlos ayudaron á Polate en su trabajo, haciendo uso de los afilados cuchillos de caza que llevaban al cinto. Eran estos de plata bruñida, correspondiendo ese lujo á la costumbre nacional de los habitantes de las praderas argentinas.

La dueña de casa se ocupó luego en estaquear con clavos de madera sobre una parte lisa del suelo, donde daba el sol, la estimada piel obtenida, manifestando que se proponía hacer con ella, después de seca, una especie de calzado rústico que usan los naturales y al que llaman *tamangos*.

II

El rancho y el mate



Los jóvenes se habían sentado en un tronco, que á manera de asiento estaba colocado próximo á la choza, y no tardó la india en empezar el acarreo del *mate*, que los cazadores gustaban sucesivamente con muestras de manifiesto agrado.

El mate es una bebida americana, que se obtiene con la sustancia de la hoja de un arbusto

indígena del territorio de Misiones y del Paraguay; es preferible al café y al té, aunque contiene principios químicos análogos; no sólo por los naturales, sino también por muchos extranjeros que se acostumbran á gustarlo, y que aprenden los detalles indispensables á su preparación. (1)

Polate presentaba á los jóvenes cazadores, la infusión de yerba servida en una pequeña calabaza de forma casi redonda, la que tiene una abertura en la parte superior por donde introducen

---

(1) Las propiedades excitantes de la yerba-mate son confirmadas por el análisis químico, en efecto, la cafeina constituye uno de sus principios y el Dr. Byasson en el análisis que aquí insertamos, publicado en el *Journal de Therapeutique*, afirma lo siguiente:

«El té del Paraguay que hemos analizado encierra una proporción de cafeina que permite compararlo con los especies de café y de té de China señalados como siendo los más ricos en cafeina».

He aquí el análisis sobre 100 partes:

Cafeina	$1.^{850}$	gramo
Sustancia glutinosa ó materia grasa especial y materia colorante	$3.^{870}$	»
Glucosido complejo	$2.^{380}$	»
Resina	$0.^{630}$	»
Sales minerales	$3.^{920}$	»
Ácido oxálico	no dosado.	

Peckott sobre un kilógramo de yerba-mate encuentra $7.^{678}$ gramos de cafeina ó mejor, como él la denomina, mateina.

La acción excitante de la yerba-mate sobre el organismo es notable. Estas propiedades excitantes sobre la circulación han sido aprovechadas por los médicos para tonificar el corazón en el tifus y otras enfermedades análogas en remplazo de la cafeina.

La yerba-mate posee otras propiedades no menos importantes, tomada después de las comidas constituye un excelente digestivo, quizás mayores que el café.

la yerba, el azúcar y el agua caliente, como asimismo el tubo de plata que sirve para la extracción del líquido, y que mide más ó menos un palmo de largo, teniendo un pequeño filtro ó bombita agujereada, en el extremo inferior, que permite el pasaje del líquido, sin que el polvo de la yerba se mezcle á la bebida.

A este sencillo aparato se le llama bombilla, por derivación de bomba, función que desempeña mediante la absorción que hace el consumidor por la extremidad alta.

La habitación en que se encontraban nuestros jóvenes viajeros era simplemente un rancho criollo. Había sido construído por el marido de Polate, con ayuda de ésta: — En el bosque más próximo eligieron los árboles que debían voltearse con el hacha para formar el esqueleto de la habitación.

Cuando se han cortado todos los principales, destinados unos á parantes que llevan horqueta en la extremidad superior y otros á cumbreras ó tirantes, se acarrean todos estos y la ramazón, que ha de servir para tejer la pared, al sitio donde se quiere hacer la construcción.

La paja espadaña ó colorada se corta en las lagunas ó en el campo, con la anticipación indispensable á fin de que reciba sol y se haya marchitado lo bastante, para que al tiempo de

distribuirla en la techumbre, pueda doblarse ó atarse con facilidad.

Ser techador es un oficio entre la gente de campaña, lo mismo que entre los indios que no son nómades, pues no es operación sencilla distribuir con igualdad la paja, construir un techo que no permita el pasaje de las aguas y atarlo de una manera regular, reduciendo su espesor á la menor expresión posible.

Las paredes del rancho se rellenan con una mezcla de barro y yerbas secas, operación que tampoco carece de ingenio, pues hasta esa misma mezcla debe prepararse de cierta manera, ser bien batida y estacionada por espacio de algunos días, para que después de construída la pared y que el aire la seque, no presente grietas ó intersticios.

El rancho á que nos referimos había sido construído con todas estas precauciones, y sus paredes, bastante bien alisadas por la mano del indio, dejaban ver en muchas partes la traza de los dedos que no había sido borrada por la acción del tiempo, ni las capas de cal que en diversas ocasiones le había dado el cazador indígena, lujo que no siempre se pueden permitir los habitantes de los bosques.

Aquella rústica casita, perdida en la espesura, era el solitario albergue de dos seres felices.

Nadie dudaría de esta afirmación al contemplar la humilde morada hecha por las manos de sus ocupantes empleando un procedimiento análogo al que la pareja de *horneros* emplea para hacer su casita, acarreando en el pico los materiales indispensables á la construcción. La animosa pareja de avecillas en medio del trabajo, lanza al viento armoniosas cascadas de notas y cuando descansa de las fatigas del acarreo, salta alegremente de una á otra rama, batiendo sus alas con estrépito.

Trabajar su vivienda, es la más agradable de las ocupaciones.

¡Cuánta belleza, cuánta poesía y cuánta felicidad había en aquel cuadro del hogar primitivo que contemplaban nuestros dos jóvenes!

En la extremidad del techo del rancho caían algunas pajas, y Carlos observó, que revoloteaban mansamente por sobre sus cabezas unos cuantos colibríes.

Polate se fijó en que los jóvenes veían con curiosidad los *tente en el aire* y señalando los filamentos de la paja que pendían del techo, dijo con dulcísima gracia:

«Estos pajaritos tienen aquí su nido, yo los quiero mucho y les traigo flores y miel silvestre para que se alimenten; por eso me conocen y no se alejan del rancho. Ahora revolotean agitados

porque ven, próximas á sus nidos, dos personas extrañas».

Las diminutas viviendas de las avecillas de esmaltado plumaje, pendían casi imperceptibles del extremo de las hojas de paja que caían del techo.

León y Carlos se retiraron entonces á otro sitio, considerando que la bondad del carácter nace con la criatura; y Polate aproximó al fuego un asador, que tenía ensartado en el centro un suculento pedazo del costillar del carpincho cazado un momento antes.

Se preparaba el almuerzo.

III

Mbeguá

El sol se había levantado hasta el zenit, marcando esa hora que ningún campesino confunde, cuando se oyó á lo lejos un canto sencillo y agreste, que cada vez más se aproximaba.

— Ahí viene Mbeguá, dijo Polate sonriendo, y es seguro que ha cazado algo en las lagunas; de otra manera no vendría cantando.

Un instante después se vió aparecer por el sen-

dero la selvática figura del cazador indio, que había sabido, estando en las lagunas, que tenía visitas en su casa.



¿Y cómo lo sabía?

De un modo muy sencillo.

Y no es esto sólo lo que sabía, sino que tenía fundadas esperanzas de que encontraría en su casa alguna sorpresa de cacería.

Había oído los tiros que León y Carlos hicieron al carpincho. Por la denotación del arma conoció la presencia de León; y sabiendo que éste rara vez erraba tiro, suponía, no sin fundamento, que algún buen asado le esperaba.

El dueño de casa traía sobre sus desnudas espaldas una yunta de cisnes, cuyo color blanquísimo contrastaba visiblemente con el rojizo de su piel, y con su larga cabellera negra sujeta hacia atrás por una vincha de *chaguar*.

En la mano derecha sujetaba también una sarta

de cuices cimarrones, pequeños roedores, que pendían del extremo del arco y del mazo de delgadas flechas.

Nuestros jóvenes saludaron al indio, que correspondió, presentando con afecto su cacería á los señores.

Los cisnes y los cuices fueron colgados en la horqueta de un sauce que sombreaba el patio.

El asado estuvo pronto en condiciones de servirse, operación tan sencilla como económica, pues la india no hizo más que retirar el asador del fuego y clavarlo nuevamente en una grieta del tronco que servía de banco en la ramada, donde cada uno de los concurrentes, haciendo uso del cuchillo y por orden jerárquico, cortó el pedazo que le pareció más bien cocido ó más apetecible.

La sal de grandes granos apereció en una amplia mitad de calabaza.

En un sitio vecino debajo de la arboleda, abundaba una yerba, de largas hojas verdes, á la que llaman *lengua de vaca;* y la india deseosa de obsequiar á sus huéspedes, juntó algunas de estas hojas y pasándolas por agua fresca, preparó una agradable ensalada.

Bien poco necesita el hombre para llenar sus exigencias materiales.

IV

La siesta

Había llegado la hora del calor.

El indio acarreó los *recados* y dió de beber á los caballos, tendiendo luego las hamacas de León y de Carlos, que sacó de entre las monturas; y los dos colgantes lechos indígenas, fueron pronto ocupados por sus dueños.

Mbeguá también se acostó cómodamente en el suelo, ancha cama de la que nunca uno cae, habiendo tenido antes la precaución de tender una linda piel de color amarillo, la que según él, era de un ciervo cazado en días anteriores.

Antes de dormir se estableció la siguiente conversación de no poco interés para el lector.

León habló de esta manera:

—Mbeguá, ¿sabes que hemos venido con el propósito de ir hasta el río Bermejo, visitar el Chaco y pasar contigo unas cuantas lunas (1) cazando ciervos y *yaguaretés?*

El indio atendía con visibles muestras de alegría la resolución tomada por sus señores.

---

(1) Los indios cuentan el tiempo por lunas, y León se expresaba así para que le entendiese claramente.

—*Güeno, patrón, yendo Chaco lindo!... cazando yaguaretés,* contestó; y después de un momento en que probablemente organizaba otra frase en su mal castellano, agregó:

Gaucho dice, mucho peleando cristiano.

—Sí, dijo León: los cristianos están peleando por elegir cacique (Presidente de la República quería decir).

En realidad había estallado una revolución de la que el indio tenía noticia por algunos paisanos, que eludiendo su persona al servicio militar, se habían internado en esos días por aquellos bosques, ocultándose á las persecuciones.

—*¿Cuántos gauchos pasando?* preguntó León, incorporándose en la hamaca.

—*Cinco*, dijo el indio levantando en alto su mano negra, y mostrando abiertas las cinco curvas de sus dedos de raigón.

Conviene prevengamos al lector, que León había asistido á una ó dos batallas que con anterioridad habían tenido lugar en la provincia pero en realidad, no se distinguía por esa inclinación, sino por su marcada afición á la historia natural, á la caza y á las exploraciones.

Dedicaba con placer sus ratos de ocio á las bellas artes y á adquirir conocimientos útiles; y si hubiéramos visitado las salas de la estancia de su padre y su gabinete ó biblioteca, hubiéramos

contemplado su espléndida colección de esqueletos y cráneos de animales, preparados y clasificados por él; las vasijas é ídolos indios encontradas en excavaciones practicadas en cementerios indígenas, aves embalsamadas, fósiles y armas primitivas recolectadas en numerosas excursiones efectuadas por el interior de la República, así como otras curiosidades que iban transformando en museo las salas de la casa.

La conversación sostenida entre León y el indio fué volviéndose cada vez más lacónica; era la hora de la siesta y un sueño tranquilo, á la sombra de los hojosos gajos de aquel bosque de sauces llorones, terminaba la escena.

El que no haya dormido una siesta en el Delta Argentino, mecido por las brisas cargadas de perfume de trébol de olor y otras flores silvestres, no comprenderá cuan agradable y franciscanamente puede pasarse en los bosques esa hora del caluroso medio día.

V

El credo de un cazador

Cuando los jóvenes se despertaron una hora más tarde, Mbeguá dormía aún, y Carlos que era

amigo de hacer bromas, lo llamó á grandes gritos, preguntándole:

—Dime, Mbeguá, ¿cuándo está más tranquilo el ciervo en los pajales?

—Señor, dijo el indio, alzándose sobresaltado; cuando Mbeguá y los perros duermen en el rancho.

Gustó al joven la respuesta y prosiguió:

—¿Qué obliga al tigre á esconderse en los matorrales?

—La luz, las flechas y los perros, dijo el indio.

- ¿Cuál es el animal más noble que tú conoces?

—El caballo.

—¿Cuál es el más fiel?

—El perro.

- ¿Cuáles son los seres más inútiles?

—Un cazador sin flechas y un perro dormilón.

—¿Cuál es el animal más astuto?

— El *caburé* (rey de los pájaros), porque junta todos y se come al que más le gusta.

—¿Cuál es el *bicho* más dañino y perjudicial de la creación?

—El hombre malo, dijo el indio; pero León corrigió esta respuesta afirmando que el más perjudicial y dañino de los seres creados, era la mujer sin corazón ó el abogado sin conciencia.

—Bien, Mbeguá!, dijo Carlos, á quien no se le

ocurría otra pregunta: yo había oído decir á León que eras un buen cazador, pero ahora aseguro que eres también un filósofo.

El indio no entendió el significado de esta palabra y probablemente temiendo que fuese algún calificativo que no le acomodase, dijo encogiendo los hombros y tendiendo los brazos:

— *Yo indio güeno, no más, patroncito!*

— *Muy güeno!...* agregó Carlos, palmeándole la espalda.

León interrumpió el diálogo y dijo á Mbeguá:

— Mira, buen cazador, ahora ensillas mi caballo, montas en él, y te vas hasta la glorieta de los ciervos. ¿Conoces ese sitio?

— Sí, patroncito, replicó el indio, que conocía mejor que los jóvenes propietarios las vueltas, recodos, ensenadas y accidentes de aquellas extensas tierras.

El sitio indicado distaba dos leguas más ó menos del rancho del indio; era una punta de tierra que avanzaba sensiblemente sobre las corrientes del majestuoso Paraná.

León continuó:

— Cuando estés allí, verás si ha llegado Cipriano con el yacht « Diana » — si ha llegado, le preguntas si necesita algo para seguir la navegación, y le dirás también que nosotros lo esperamos listos para remontar el río.

El indio entendió bien lo que se le encomendaba; conocía perfectamente á Cipriano, antiguo servidor de la casa de Carlos, viejo gaucho, tan entendido en el manejo de una embarcación, como en el del caballo, y que había sido asistente del padre de nuestro joven cazador, acompañándole en varias campañas y en una infinidad de excursiones y cacerías.

No demoró, pues, el indio en aperar el caballo, llamó á sus perros, dió un salto colocándose con limpieza sobre el lomo del bruto y dando muestras de júbilo al verse tan bien montado, se perdió pronto tras los espesos matorrales.

A la oración estuvo de regreso.

El yacht y Cipriano no habían aun llegado.

VI

Un secreto

Los jóvenes pasaron la noche en la morada del indio, durmiendo en sus hamacas. Cuando se despertaron, á la mañana siguiente, Mbeguá les anunció que la embarcación estaba ya en la glorieta de los ciervos.

Deseoso de servir á sus patrones el fiel indio,

había regresado durante la noche á la costa del río y al venir el día vió aparecer el yacht.

Más que la noticia de la llegada del barco, alegró á los jóvenes recibir de manos de Mbeguá un paquete de periódicos dirigidos á León, y una carta para Carlos.

Esta correspondencia había sido traída por Cipriano, quien interpretando el deseo de las personas remitentes, la había entregado al indio para que llegase más pronto á manos de sus dueños.

Carlos alejándose de León, tomó el camino que conducía al puente del álamo y abrió con cierta oculta emoción el sobre escrito, sacó un pequeño billete que envolvía un ramito de violetas, y sin embargo de las precauciones que tomó para que nadie lo viera, pudo notarse que lo aproximaba á los labios en un rapto de cariño.

Leyendo por sobre su hombro y manteniéndonos en el invisible atavío del narrador, pudimos descifrar las siguientes palabras que contenía el billete:

«Carlos mío!

«Son terribles estas horas en que me obligas á vivir sin tí! Convence á León de que aquí nadie los incomodará, y regresa al lado de tu

A..... »

Esa inicial correspondía al nombre de Amalia. hermana de León, que escribía esa carta á Carlos. Una adorable criatura de diecisiete primaveras.

Las familias de estos dos jóvenes, eran amigas antiguas y la casa habitación de cada una de ellas, había sido edificada sobre el linde de los campos, al borde de la extensa barranca que corre paralelamente al Paraná, de manera que solo estaban separadas por un jardín y una terraza donde habitualmente se reunían y al que llamaban «jardín del campo neutral.»

Aquellas casas estaban rodeadas de fosos y muros y la del padre de Carlos, que había sido jefe de fronteras en el tiempo en que las invasiones de los indios pampas llegaban hasta esos sitios, y que ocupaba la parte alta de la barranca tenía torres y almenas; lo que le daba un aspecto de antiguo castillo.

Los jóvenes sabían perfectamente que sin embargo de la revolución, nadie los molestaría permaneciendo en sus casas ó en sus vastos dominios, pero León buscando pretexto para que Carlos lo acompañase, en la excursión al Chaco, había dicho á las familias que emprendía el viaje por evitarse contrariedades ó persecuciones.

Proponíase también levantar un sondaje y plano del río Bermejo y hacer una buena colección de la flora del territorio.



Amalia tenía razón cuando afirmaba que la revuelta había sido una excusa que los jóvenes daban, para entregarse como de costumbre á las excursiones y á la caza, agradable ocupación que les tomaba casi todo su tiempo.

Carlos, no obstante, había modificado un tanto sus gustos en el último año y esta transformación tenía indudablemente por causa las inclinaciones de Amalia, que con excepción de algún paseo á caballo, permanecía siempre en su casa haciendo música ó pintando.

El joven leyó el billete dos ó más veces; (ningún enamorado se conforma con leer una sola vez esta clase de misivas.)

Regresó después al sitio en donde León revisaba los periódicos afectando indiferencia y pretendiendo ocultar á su amigo el origen de la carta.

¿Por qué, siendo Carlos tan amigo de León, trataba de ocultarle aquel cariño que no tenía nada de reprochable?

Carlos, como la generalidad de los enamorados buscaba un confidente en su cartera de viaje y era reservado con su amigo; ignorando, tal vez porque era hijo único, los poderosos vínculos del amor fraternal, y que Amalia confiaba á su hermano sus afectos y simpatías.

Era León, sin que Carlos lo supiera, el confidente y consejero de su adorable hermana.

VII

El yacht «Diana»

Los cazadores dispusieron sus caballos é hicieron que el indio cargara sus arcos y sus flechas, para dirigirse al sitio en donde el viejo Cipriano los esperaba con el yacht.

Se proponían cazar por espacio de algunos meses y si todo les era favorable, internarse en el país de los Tobas, surcando las aguas del río Bermejo, uno de los principales afluentes del Paraguay, que atraviesa oblicuamente en una extensión de 300 leguas el fértil territorio del Chaco.

Mbeguá iba en compañía de los cazadores y al verse en viaje para su país natal, su alegría no era mitigada por la pena de abandonar á Polate, y á su pequeño vástago.

La expresión ingenua de su fisonomía, lo demostraba claramente, pero en cambio era muy triste el rostro de la india, que derramó algunas lágrimas al saber que iba á quedar separada de su hombre.

Mbeguá pronto estuvo listo para la partida, consistiendo su equipaje en echarse al brazo la piel de ciervo en que había dormido la siesta y á la espalda el arco y el carcaj.

Cuando iban á partir, el cazador indio se acercó á León, y con afectuoso respeto le dijo:

—*¡Patrón!... ¿Quién cuidando Polate y cuidando chinito?*

León recordó que nada había dispuesto para asegurar la existencia de aquellos seres y la tranquilidad de Mbeguá.

Sacó su cartera, arrancó una hoja y extendió en

ella una orden para que el puestero [1] más próximo, proveyese á la india y á su ahijado Leoncito (orejas grandes) de todo lo que pudieran necesitar durante su ausencia.

No había duda de que aquella orden sería cumplida y los indios quedaron satisfechos, agregando León, de palabra, que si Polate no se encontraba bien estando sola, podía irse á la estancia principal.

Carlos, que oía y que ya estaba montado en su caballo, lamentó secretamente no haber sabido antes que Polate iría á la estancia, pues por su intermedio podía haber contestado la misiva de Amalia.

Los tres cazadores se dirigieron al sitio donde el yacht esperaba.

Cipriano había puesto dentro de la embarcación cuantos útiles y objetos pudieran serles necesarios.

A más de las armas y de un buen surtido de municiones, se había colocado en el fondo de la bodega, una abundante provisión de víveres secos y un surtido de vinos y licores.

El blanco velamen de la elegante nave se ondulaba ampliamente al soplo del viento, cuando llegaron nuestros jóvenes cazadores. En la

(1) Encargado de una fracción de campo y animales.

camareta habían sido colocados por manos prolijas, dos confortables camas, que más de una vez serían desdeñadas por León y Carlos, quienes cuando no hubiera mosquitos, preferirían pasar la noche en la colgante hamaca tendida debajo de los árboles.

Los dos lechos y la cámara toda aparecía regada de hojas de rosa y otras fragantes flores.

León y Carlos comprendieron á quien se debía aquel galante obsequio.

Los cariños de Amalia tenían un timbre inimitable.

Podíamos interrogar á Cipriano á propósito de estas flores esparcidas con tanta gracia en el interior del yacht, pero el antiguo servidor era más discreto de lo que se supone.

El viejo militar, padre de Carlos, en sus mocedades y en una ocasión delicada, le había dicho:

— Mira muchacho:

«Quien del mundo ha de gozar,
Debe oir, ver y callar.»

Aquella máxima era ley para Cipriano; que viejo, comprendía más su importancia. Mucho nos tememos pues, que interrogado, no nos hubiera dado contestación satisfactoria.

VIII

En viaje

León dijo al indio que dejase su caballo en libertad, sacándole el apero, pues como su tordillo y el espléndido alazán que montaba Carlos, eran animales acostumbrados al pesebre de la estancia, bien pronto estarían de regreso sin que nadie los guiara.

Mbeguá desensilló el tordillo, que una vez suelto dió unos cuantos brincos sacudiendo el viento su larga crin, y perdióse en la pradera.

Carlos no había encargado á Cipriano que hiciese lo mismo con su alazán; quiso desensillarlo por sí mismo.

¿Era aquello una manifestación de cariño hacia su caballo?

Podía creerse así; pero nosotros, dispuestos á seguirle de cerca, le vimos escribir un pequeño billete que dobló prolijamente, adhiriéndolo con cuidado á la cabezada del fiador de su corcel.

El animal estaba inquieto, viendo que su compañero había partido, cuando Carlos lo palmeó en el pescuezo, dejándole correr. El alazán siguió entonces al tordillo, salvando la distancia de seis leguas por el camino más corto y pasando dos



El alazán siguió entonces al tordillo.

veces el caudaloso riacho del álamo, para evitar una vuelta del camino, llegandos más tarde á la caballeriza de la estancia del padre de Carlos, donde no faltó quien se apoderase del papel, llevado con tanta presteza por el inconsciente mensajero.

El pobre Carlos tenía, como muchos jóvenes, la monomanía de los versos, su billetito decía:

Voy á partir de tu lado,
Así lo exige el destino;
Mas, triste iré en el camino
Y solo pensando en tí.

Mi vida fuese un tormento
Si en este mundo vacío,
No poseyera ángel mío,
Tu amor que me da el contento.

En los días que no esté aquí
Y en que os recuerde constante,
¿Olvidarás que tu amante
Suspira lejos por tí?

Cipriano y Mbeguá, se instalaron debajo del castillete de proa, donde guardaron, junto con las armas y el repuesto de municiones, las monturas de los caballos de sus señores; hicieron luego subir á bordo los tres mejores perros del cazador indígena; y preguntaron á León si podían levar el ancla, soltando las amarras y haciéndose á la

vela hacia el Norte, para aprovechar el viento fresco que soplaba del lado de popa.

El yacht «Diana» era el más velero y elegante de cuantos surcaban aquellas aguas. Carlos lo había hecho construir el año anterior, no olvidando ningún detalle de los que complementan las pequeñas comodidades que puede uno darse en tan estrecho recinto.

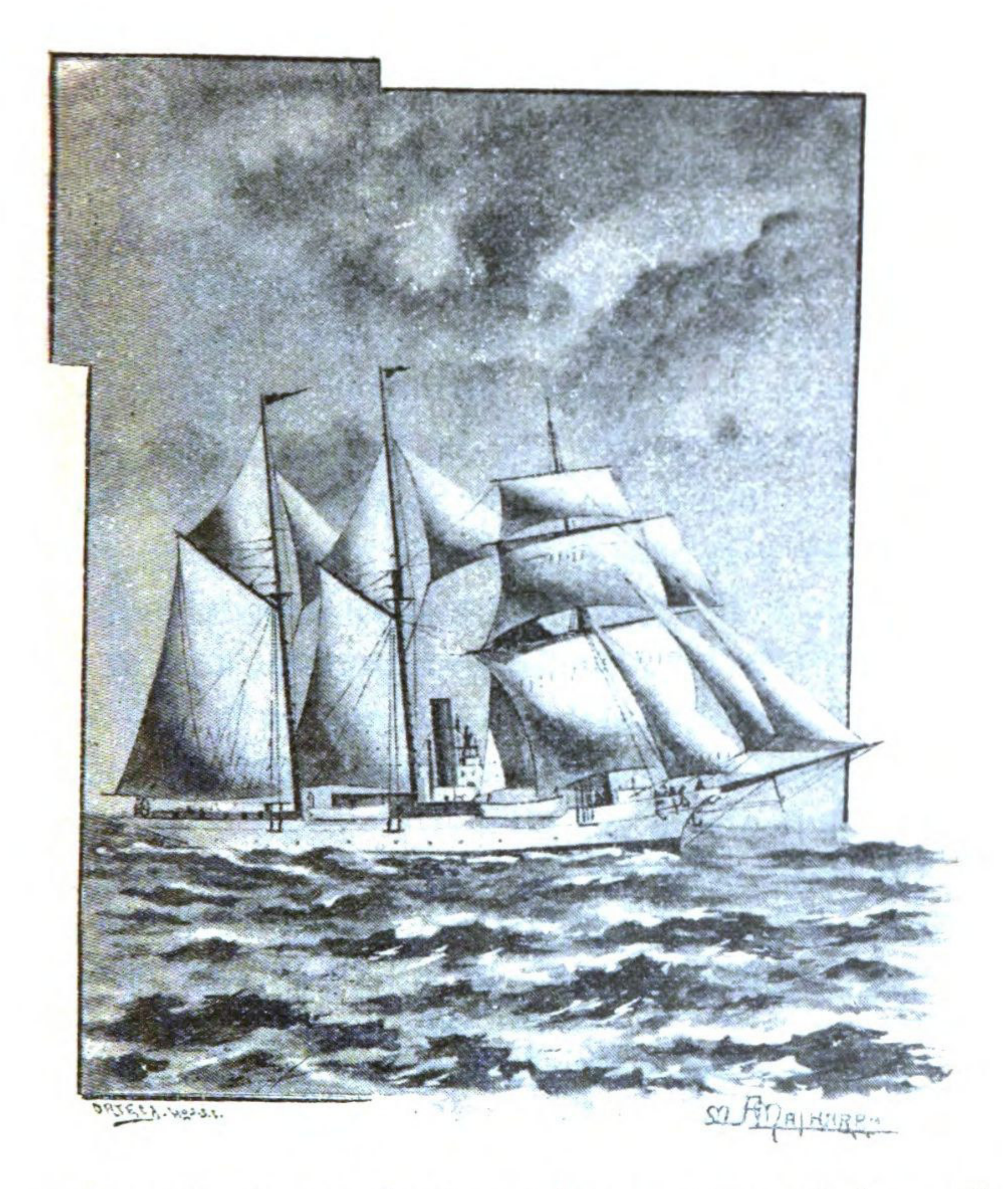
Las condiciones náuticas de el «Diana» eran inmejorables; basta decir, que debido á su forma y al corte de su velamen, podían hacerlo navegar contra el viento sin bordejear, en un ángulo menor que el de cuarenta grados. A vapor, marchaba doce millas por hora.

Los viajeros ordenaron soltar las amarras y empujada la nave de la orilla, bien pronto tomó impulso sobre las ondas que rizaba el viento.

Cuando la brisa fuese contraria navegarían á vapor, para lo que iban bien provistos de carbón.

Los jóvenes se disputaron amistosamente la caña del timón. Cipriano se sentó tranquilo sobre la lumbrera de la camara y el indio empezó á pasearse por la proa, contemplando á uno y otro lado los espléndidos paisajes que se sucedían sin interrupción en las márgenes vecinas y pensando talvez en los antiguos camaradas que probablemente visitaría esta vez.

Cipriano, que á más de buen piloto y buen ji-



nete, era un excelente cocinero, preparó á medio día un exquisito almuerzo.

El «Diana» tenía en la proa una pequeña cocina económica, y León, que era gran aficionado al arte culinario y á los platos nacionales, reclamó el derecho de dirigir la comida aquella noche.

Mientras tanto el barquichuelo surcaba las ondas cristalinas y se oía ese cadencioso murmullo que arranca la nave al hendir las corrientes, y

el viento que silba en las cuerdas y amantillos, inflando las velas.

Cuando el sol se hubo ocultado la luna siguió alumbrando la vasta superficie y se juzgó inútil aproximarse á la costa, ni detener la marcha del yacht, que acariciado por la brisa, cabeceaba de cuando en cuando con suave movimiento, batiendo con cierta alegre altivez el ala blanca de sus paños, como suelta gabiota que tuviese conciencia de llenar satisfactoriamente una honrosa misión.

Carlos aprovechaba siempre sus momentos de inspiración en formar estrofas que invariablemente dedicaba á Amalia.

Esta vez, sacando su cartera y en renglones diminutos que apenas se podían descifrar, gracias á la claridad de la luna, escribió lo siguiente:

Las ondas azuladas
Del límpido océano
Arrullan en mi oído,
Meciendo nuestro barco;
Cuando te evoco
Cuando te hablo
Me traen como palabras cariñosas
Tiernos suspiros de tus dulces labios

Las diáfanas estrellas
Del infinito espacio
Que guían al piloto
Como celeste faro,

Cuando te busco,
Cuando te llamo,
Me recuerdan poemas sin palabras
Suaves miradas de tus ojos de astro!

No importa que el destino
Me aparte de tu lado;
Yo sé cuanto me quieres,
Ya sabes cuanto te amo;
Tú eres como el arpa,
Yo soy para tí el bardo;
Y el armónico son del arpa de oro
Solo se escucha cuando está en mis manos!

Durante toda la noche se navegó, alternándose entre los cuatro tripulantes el manejo del timón.

Mientras que uno hacía la guardia, los otros podían dormir confiadamente.

Los tres perros estaban siempre sobre la cubierta y si por casualidad alguna otra nave se aproximaba en sentido opuesto, ó pasaba demasiado cerca de la costa, los inteligentes animales lo prevenían á sus amos, por medio de ladridos.

Se había navegado durante cuarenta y ocho horas, sin que ninguna novedad ocurriese y creyeron oportuno revisar las armas que había en el arsenal.

IX

Las armas

Conviene recordar que Carlos era único heredero de un rico hacendado de la Provincia de Buenos Aires, quien no omitía gastos, cuando se trataba de complacer á su primogénito en placeres como el de la caza, las excursiones y los viajes.

El viejo coronel veía con satisfacción y estimulaba á su hijo siempre que se trataba de una expedición al interior del país, descubriendo en esto y en la inclinación á la poesía y al amor que manifestaba su adorado vástago, lo mucho que se le parecía.

Cuando yo era joven hacía lo mismo; solía decir el coronel á su esposa, quien más de una vez se quejaba de que el joven pasaba la mayor parte del año ausente de su lado. El anciano se ponía ceñudo en tales casos y agregaba: «Deja que ese muchacho aprenda á vivir; ya ha estudiado bastante en el Colegio; ahora debe recorrer y conocer su país, aprendiendo lo que la naturaleza enseña en sus sabias lecciones!; peor sería que le diese por derrochar salud y plata en las ciudades, donde aunque hay mucho que aprender, también hay mucho que es mejor ignorar!»

Sabían que León era prudente y juicioso; así es que cuando los dos compañeros emprendían

juntos uno de esos largos viajes aventurados, la familia quedaba muy tranquila.

Cuando Carlos se entregaba á la caza, seguido de Cipriano, no salía de su campo ó del de León, donde rodeado de servidores, difícilmente podía ocurrirle un incidente lamentable. En cambio, cuando la expedición ó las aventuras eran emprendidas en compañía de León, nuestro poeta que en realidad tenía sus ribetes de tímido, se volvía atrevido y audaz, y no veía inconveniente en lanzarse á peligrosas aventuras, proyectando futuras expediciones á las Cordilleras, á la Pampa, ó á la tierra del Fuego, si oía decir á León que pensaba visitar esas comarcas.

El padre de Carlos, había dotado pues el arsenal de el «Diana» de las siguientes armas, que en su concepto eran de la más moderna invención é indudablemente las mejores para la empresa de que se trataba.

Dos escopetas Winchester, calibre doce, á seis tiros de repetición, 200^{m} de alcance, modelo del año 1886.

Tres rifles á bala sistema Colt, quince tiros de repetición, 1500^{m} de alcance, modelo americano 1887.

Cuatro pequeñas escopetas de caza menor, 50^{m} de alcance, modelo Francotte (Liège).

Todas estas armas tenían una abundante dotación de municiones que difícilmente podría ser agotada en seis meses.

Cuando Cipriano vió que se trataba de la inspección de las armas, descubrió cuidadosamente una pequeña pieza de artillería montada en la popa de la nave, de manera que podía girar en cualquier dirección del plano horizontal.

Esta era una agradable sorpresa con que el padre de Carlos había dotado el yacht.

Nuestros jóvenes observaron y estudiaron prolijamente el mecanismo sencillo de la *(Mitrailleuse Canardière)*. La hicieron girar varias veces sobre su eje central y ensayaron puntería, haciendo varios disparos, á siete cartuchos simultáneos sobre la superficie de las aguas. Sorprendióles el alcance de la pieza, que podía desparramar un tarro de municiones en cada disparo, exterminando una bandada de patos ó gansos á 200^{m} de distancia.

La munición se esparcía en un círculo de 6^{m} de diámetro.

Aquel aparato era excelente; podía no solo servir como arma de caza, sino también de defensa en el caso de un ataque de salvajes.

A más de estas armas y de los cuchillos de monte, debemos recordar que León y Carlos se habian embarcado con sus ricas escopetas y que el indio tenía bien repleto su carcaj de flechas.

León quedó muy satisfecho al terminar el examen de las armas.

X

Los libros

«He visto también un cajón de libros en la cámara, junto á las cajas de herborizar, dijo León á Carlos, y me parece que tu padre nos ha querido munir de todo lo que se ha escrito sobre el Chaco, sabiendo que pensábamos dirigirnos á ese territorio».

Tuvieron curiosidad por saber de que libros se trataba é hicieron subir el cajón con Mbeguá, sobre la cubierta del barco, afirmando que se alegraría de encontrar algo que se hubiese escrito recientemente á propósito de territorios nacionales.

El indio subió el cajón de libros y el primero que tomaron en sus manos fué un volumen titulado «Las Comarcas Vírgenes», escrito por el capitán Amadeo Baldrich.

— Conceptúo esa obra muy interesante, dijo León; se ocupa el autor en poner de relieve las ventajas que ofrece á la colonización, la espléndida zona del Chaco Central Norte, cuya región ha recorrido en diversas ocasiones.

Se extiende el libro haciendo un detenido estudio de la hidrografía del territorio, de la cli-

matología general y de la flora, concluyendo con una colección de curiosos apuntes sobre las razas indígenas, especializándose con las costumbres de los indios Tobas, Matacos y Chirihuanos.

El segundo libro que Carlos hojeaba era un grueso volumen escrito por el doctor Angel Justiniano Carranza, á propósito de una expedición del coronel Bosch por el Chaco Austral.

—En ese libro, dijo León, hay también mucho material interesante, pues atraviesan los expedicionarios la zona habitada por los Tobas, que en ese tiempo capitaneaba el célebre cacique inglés Juanalai ó Juanelrai, á quien los indios llamaban Salarnek-Aloú, (cacique rico) acompañado de los capitanejos: Llagnorí (su cuñado) Aisclú, Dialroclú, Dóleo, Hualoraiclú, Jalquí, Ilirí, Imaratrai, Rachioné, Raurachí Laisí, Poguazí, Liprochí, Nalasirí, Pananichí, Pianrachí, Sanraí, Sonatquí, Tenererí Tesarí, Tochirí y algunos otros.

Carlos, sorprendido al oir á León recitar toda aquella lista de nombres difíciles, preguntóle como había hecho para estudiar de memoria y retener una tan rara nomenclatura.

León entonces mostró á su amigo el libro que casualmente se había abierto en la página 122, en la cual había leído los nombres que se enumeran.

Mbeguá que escuchaba la conversación de los dos cazadores y que acababa de oir nombrar á los capitanejos de Salarnek, se quedó suspenso y su semblante reveló la más extraña sorpresa.

Carlos que lo vió en tal actitud de asombro, preguntóle si conocía á algunos de los personajes que León acababa de nombrar.

El indio contestó:

—*Polate hermana capitanejo Pananichí*, y metiendo la cabeza por entre las hojas del libro, parecía pretender descubrir la cara del indígena entre las letras estampadas sobre el papel.

León hizo entender al indio, del mejor modo posible, que en aquel volumen, á pesar de sus grandes dimensiones, no estaba oculto su cuñado, y Mbeguá propuso entonces llevar la expedición hasta el dominio de los Tobas, hacer una visita á Pinanichí y cazar allí los yaguaretés, las pumas, los tapires, los avestruces, los carpinchos y tantos otros animales que abundan en el Chaco.

Los jóvenes prometieron considerar aquella proposición después de llegar á la boca del río Paraguay, y sacaron del cajón la obra en tres volúmenes titulada «Viaje pintoresco á las dos Américas». Resumen general de los viajes y descubrimientos hechos desde Colón hasta nuestros días, por *Monsieur* d'Orbigny y J. B. Eyriés, editada en Barcelona el año 42.

—Esa obra, dijo León, no solo es interesante bajo el punto de vista científico, sino que casi podría afirmar no existe otro ejemplar en el Río de la Plata; la he buscado en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y en las principales librerías, sin haberla encontrado; me propongo, pues, leerla ahora detenidamente. La época á que se refiere, es de más de cincuenta años atrás.

Apareció en manos de Carlos un pequeño volumen titulado «Painé», escrito últimamente por el doctor Estanislao Zeballos.

—De las obras de este autor, dijo su amigo, me ha parecido muy importante «Calvucura», por la recopilación de documentos y datos que contiene tendentes á aclarar la historia de los indios Pampas.

El personaje principal de esta obrita, es un joven que pasa algunos años de cautividad entre los indios Ranqueles.

El relato es semejante á uno que he leído en «*Le tour du monde*», escrito por el mismo cautivo, *Monsieur* Guinard, quien pasó tres años entre los Patagones.

Dos pequeños volúmenes más se ofrecieron á la vista de nuestros jóvenes cazadores. Uno era «El Chaco Oriental», escrito por el señor Vaca Guzmán, y el otro titulado «Navegación del río Bermejo, por don Guillermo Araoz».

—Estas dos obras, continuó el naturalista, son interesantes por el profundo conocimiento que tienen sus autores del asunto que acometen.

Araoz, después de largos viajes por el Bermejo, explica minuciosamente como conviene navegar este río, y da un completo detalle de como deben construirse los vapores que se destinan á ese objeto.

Otras obras salieron del cajón, entre las que apareció el viaje á Misiones del doctor Eduardo L. Holmberg.

Ese es un libro poco leído, dijo León. ¿Sabes por qué? Porque todo lo que hay en él es científico y lo científico, aunque bueno, suele no ser entretenido.

¡Quién tuviera, sin embargo, la pluma de Eduardo Holmberg, cuando escribe sin acordarse de que es sabio!

En los costados del cajón habían sido colocados diarios y folletos, entre los que encontraron varias obritas bastante conocidas, del capitán Mayne Reid.

—Es una lástima, dijo León, que este capitán se haya metido á describir escenas de Sud-América, donde nunca ha estado. Sus producciones son numerosas y sus conocimientos en historia natural le permiten abusar muchas veces de su tema favorito.

Ese folleto que se titula «Los Desterrados de

la selva», tiene plétora de animales, y sus escenas mal narradas, no parecen escritas por el mismo autor de «Los jóvenes Boers», «La cazadora salvaje», «Los cazadores de Girafas», y tantas otras que pasan en Africa ó en los Estados Unidos.

Figúrate Carlos, que el padre de la familia desterrada en la selva, ve un día asaltada su mujer y sus hijos por un toro salvaje.

El toro está ya con las astas hincando por la espalda á la infortunada señora, que dándose prisa para meter dentro del rancho á sus hijos, no puede ocultarse tan pronto como desearía, á la furia del terrible animal.

Pero en ese instante aparece por la loma un afamado boleador que lanza sus *tres Marías* (1) desde aquella enorme distancia y al correr de su brioso caballo.

El toro no solamente es boleado, sino que queda exánime á los pies de la señora!

Y mientras tanto, ¿sabes tú lo que ha hecho el padre de aquellas criaturas, el emigrado político, el varón fuerte, el esposo de aquella mujer que iba ya á perecer?

El zángano de esposo que pinta Mayne Reid, sube sobre un pilón de tierra con el propósito de

(1) Así llaman á las boleadoras, las gentes de la campaña.

salvarse del toro, y no se había subido solo, llama al indio para que lo acompañase; á un pobre indio que le servía y á quien hizo hacer en poco tiempo, más trabajo que lo que hubiese hecho un regimiento procediendo metódicamente, por espacio de largos años.

Otro día se presenta en el rancho de la familia desterrada, un tigre hambriento.

La mujer y los niños estaban solos, (lo mismo hubiese sido estar acompañados, desde que los hombres no servían más que para subirse sobre los montones de tierra.)

Felizmente, había en la puerta del rancho una mula atada á un árbol. El tigre no sabía lo que era mula y probablemente tampoco conocía al caballo ó al asno, que para el cuento tanto da, así es que el hambriento felino se arrima por las patas á *oler* la acémila; ésta que no se había movido, tampoco sabía lo que era un tigre, ni presumía lo que aquel andaba buscando, lo deja arrimar tranquilamente, (que poco instinto de conservación) y cuando le parece bien, le acomoda una patada, que hace huir al tigre á la selva, salvándose la familia del peligro, gracias á la contundente protectora.

La señora del desterrado de la selva, corre entonces al campo y trae *yerba seca* para recompensar á su salvadora!

¿Pueden darse mayores disparates?

Carlos, agregó:

—¡Cuánto más fácil no hubiera sido á la mujer del cuento soltar la mula, en compensación de la coz dada al tigre!

—Naturalmente, dijo León, que reía de lo inverosímil de las escenas que acababa de narrar. La mula en libertad, no hubiera comido yerba seca; es seguro que prefiriera la verde que indudablemente abundaba donde había tan pocos consumidores.

Era ya tarde y los jóvenes se propusieron descansar; completarían más adelante el examen de las obras que componían la biblioteca del yacht.

Había calmado el viento, y Cipriano dirigió la proa á la costa vecina para anclar y pasar aquella noche.

XI

En la costa

La carne fresca se había concluído después de los días de navegación, encontrándose el yacht á unas cincuenta leguas del punto de partida.

Eran aquellas tierras pertenecientes á la Provincia de Santa Fe.

Los pueblos están situados generalmente á dos ó más leguas de la costa.

Como á nuestros cazadores poco les importaba conocer las ciudades ó las villas, habían seguido hasta aquel punto solitario, sin ocuparse de puertos.

Al día siguiente todos bajaron á tierra con sus armas, y los perros saltaban alegremente, viéndose en libertad.

Mbeguá se detuvo en un banco de arena que había en la ribera, y pareció seguir la pista de algunos animales del bosque que hubieran bajado á beber.

Después trepó la barranca y llegado á la parte alta, sacó su cuchillo y escarbó el suelo, llenando su carcaj de huevos de tortuga, que trajo á la nave, con intención de comerlos, en los días subsiguientes,

León y Carlos festejaron la habilidad del indio, quien aseguró que en la barranca había millares de esos huevos redondos.

Aproximáronse todos al sitio que Mbeguá les indicaba.

Los cazadores quedaron sorprendidos de la sagacidad con que el indio adivinaba donde había una nidada oculta, pues ellos no descubrían nada sobre el terreno que les indicase la existencia de los huevos, enterrados á medio palmo de la superficie.

Tomaron también algunas tortugas vivas y el indígena dijo que estas ya habían depositado sus huevos en el suelo, pero que después de esa operación, acostumbraban volver al agua y llenarse el buche y la panza de este líquido, regresando al sitio donde han depositado sus huevos momentos antes; alisan entonces el terreno con las patas traseras, vertiendo el agua y disponiendo el suelo de manera que nadie conozca su depósito.

Los *caranchos* y otras aves rapaces son los perseguidores de estos indefensos animales.

Desde la copa de un árbol ó volando, suelen espiar á las tortugas que salen á poner, y cuando éstas terminan su operación, se apoderan de la nidada que les proporciona un abundante alimento.

Los cazadores deseaban hacer un paseo á pie después de varios días de enervamiento muscular. Encargaron á Cipriano que no se alejase de la nave, y ellos, acompañados de Mbeguá, dirigiéronse por una pradera, á bosquecillos que se veían hacia el interior y que distaban una legua más ó menos.

Cuando llegaron al sitio á que se dirigían, se internaron por debajo de los frondosos árboles y Mbeguá encontró un *camuatí* (1) que debía tener

(1) Colmena silvestre.

miel, la que se propuso sacar. Los dos cazadores que no deseaban estar cerca del catador, por miedo á las picaduras de las avispas, se alejaron entonces uno hacia la derecha y otro á la izquierda, bordeando un riacho.

Los perros siguieron á León ó se quedaron con Mbeguá; el caso es que Carlos iba solo con su escopeta y que á una milla del sitio del *camuatí* se sorprendió viendo, debajo de unos talas, un animal que estaba echado y dormía tranquilamente.

Creyó que era un gato montés y más tardó en verlo que en despacharle un tiro.

El animal dió en el aire varios saltos, contorsiones y ahullidos. El cazador, con intención de que no se le escapara, descargó un segundo disparo de su arma; pero, al aproximarse para tomar la pieza obtenida, le pareció que el pequeño felino era demasiado grande para ser gato, y que más tenía aspecto de tigre.

En realidad, no siendo muy práctico, es fácil confundir un gato montés con un tigre cachorro, y Carlos recordó lo poco que les gusta á los tigres que jueguen con sus crías.

Si este es un cachorro de tigre, como parece, decía entre sí, los padres no están lejos, y yo no estoy distante de ser asaltado de un momento á otro.

Aquella era prudente reflexión.

El joven pensó que podía correr hasta donde estaba Mbeguá, abandonando el cachorro de tigre, pero la distancia era larga, y, al recorrerla, no había visto árboles bastante grandes para que, si se veía atacado, pudiese trepar, defendiéndose de la furia de las fieras.

¿Qué hacer entonces?

Creyó Carlos que lo mejor era trepar allí mismo en un corpulento tala que tenía á su lado.

Echóse la escopeta á la espalda y había empezado á escalar el tronco, cuando, de pronto, el ruido de un tropel de animales que se aproximaban llegó á su oído.

Apuró la subida, desgarrándose el traje en las espinas del tala.

¿Qué importa la ropa cuando se trata de salvar el pellejo?

Cuando el cazador estuvo bien seguro en la copa del árbol, trató de mirar lo que ocurría en el suelo, pero la ramazón se lo impedía.

Pensó entonces que había subido demasiado y que sin comprometerse ni exponer su persona, podía descender unos cuantos escalones, de los que formaban los gajos, dejando la mayor altura para el caso de una retirada.

Carlos, en aquella posición, pensaba que él no había nacido para cazador de tigres, como Mbeguá ó como Cipriano, quienes tenían gran admi-

ración por los que tomaban á lo serio esa clase de peligrosas aventuras.

¡Cuán sabia es la naturaleza, decía el poeta, que ha puesto el árbol salvador tan cerca de los tigres temerarios!

Se acordaba después de Amalia y creía que había hecho un disparate en salir de su casa.

Las horas pasaban.

Mbeguá había sacado la miel del camuatí y llevado á bordo los panales; León había cazado una nutria y varios patos en una pequeña laguna que encontró á su paso, volviendo después á la nave, donde creyó encontrar á Carlos.

Este no había regresado.

Cipriano no pudo dar ninguna noticia de su señor, y como ya la tarde avanzaba, resolvieron ir en busca del perdido, haciendo sonar cuernos de caza y tirando tiros en la dirección que suponían se encontraría el cazador extraviado.

Después de dos horas de buscar por todos lados oyeron en el bosque, unos tiros que contestaban al toque de la bocina.

Aquel era seguramente Carlos.

Dirigiéronse al sitio poniendo los perros sobre la pista y no tardaron en encontrarle.

Anuncióles éste desde la copa del tala, que había muerto un tigre joven y que, en precaución contra el asalto de los padres enfurecidos, había

creído prudente esperar en la altura para descargarles su escopeta.

Mbeguá examinó el presunto cachorro afirmando que aquel no era *yaguareté*, sino gato, y que Carlos podía bajar del árbol sin temor.

El joven descendió entonces del tala y juntos regresaron á bordo, comentando alegremente los detalles de aquella primer aventura y apurando el paso, porque ya era de noche y podía asaltarlos algún peligro verdadero.

No era difícil, ya que empezaban confundiendo un gato con un tigre.

XII

El camuatí

A la mañana del siguiente día, una brisa fresca del lado de estribor permitió á Cipriano largar los paños, y cuando León y Carlos se despertaron, ya el «Diana» estaba á algunas leguas del punto de partida.

Se navegó sin interrupción unos días más. La nutria, los patos y el gato montés habían pasado sucesivamente por la cazuela de nuestros cazadores, que, como se ve, no eran muy escrupulosos para elegir sus comidas.

Así son casi todos los cazadores y expedicionarios.

El viejo Cipriano decía que para él era mucho más agradable un guiso de gato montés, con arroz, que cualquier otro manjar.

Los jóvenes pudieron dar fe de la verdad de esa afirmación.

La carne del gato es blanca, sabrosa y consistente.

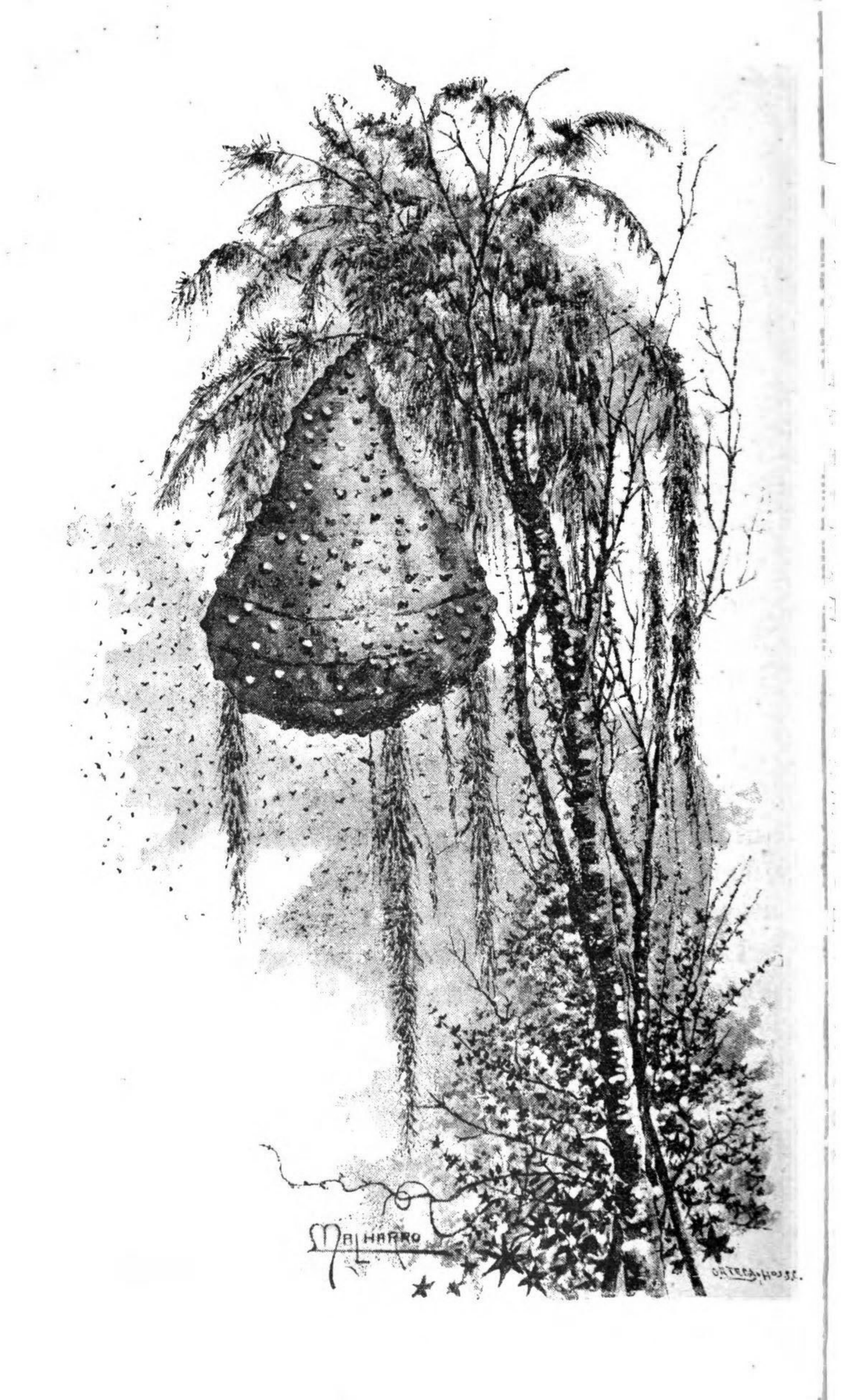
Gustaron también la rica miel del *camuatí* que Mbeguá había encontrado. Los panales indicaban claramente la disposición en que estaban colocados, dentro de la envoltura cónica que los habia encerrado.

Todo es curioso en esta obra maravillosa de la Naturaleza y prueba la inteligencia de estos animales, aunque esta afirmación haya sido tan discutida por los sabios, desde Aristóteles hasta nuestros días.

La agrupación de avispas está regida por un perfecto sistema republicano.

Habitualmente cuelgan su casa del gajo más elevado de algún árbol que cae sobre un riachuelo.

Un punto de apoyo cualquiera les sirve de principio para su habitación, la que construyen de una especie de pasta semejante á la del papel, con pequeños sedimentos de vegetación, fibras de árbol ó de junco seco, que arrancan y tritu-


MALHARRO

ran con sus pequeñas mandíbulas, dándole la consistencia necesaria, según el caso lo requiera.

La cúspide del cono ó pera gigantesca, sirve para sujetar á la rama la aérea casa.

La corteza externa, sólida y ligera, sujeta en su interior los panales superpuestos paralelamente á la base del cono y en la parte exterior vése una especie de puntas ó espinas muy duras que construyen probablemente con la intención de tener más defendida su vivienda.

El nuevo enjambre no sale, como en las colmenas de abejas, á construir en otra parte su morada, sino que se agregan pisos ó planos paralelos á la base del cono, llegando á tener el *camuatí* un metro de altura.

Recién entonces se ven obligadas las avispas más jóvenes á buscar otra rama donde construir su casa.

Hemos dicho que las avispas forman una especie de república y en realidad su sistema de gobierno puede muy bien llamarse democrático.

En el *camuatí* no hay zánganos ni clases privilegiadas, como entre las abejas; no necesitan tampoco de ayuda extraña para formar su habitación, y todos los laboriosos ciudadanos contribuyen igualmente á la defensa común y al depósito de las provisiones.

Tres ó cuatro veces al año se hace la elección

de nuevo mandatario en la colmena, mientras que en la república del *camuatí* la sociedad está establecida sobre la base de la igualdad más acabada.

Esa economía social, superior á la que rige las sociedades humanas, dá por resultado, á las avispas, la abundancia y la paz.

Mbeguá que había hecho grandes elogios de la miel, se mostró también muy aficionado á las tortillas de huevos de tortuga, asegurando que había encontrado muchas veces nidos con más de veinte huevos. Pero ¿había alguna cosa que no fuera excelente para Mbeguá siempre que se pudiera tragar?

León tenía una duda á propósito de la tortuga; había leído en varias obras escritas por naturalistas de gabinete, que á los cuarenta días de depositar el animal sus huevos en la arena, volvía al sitio á buscar sus crías.

Cipriano le aseguró que aquella era una falsa afirmación; pues él había visto muchas veces, en días de sol, el nacimiento de las pequeñas tortugas, que revientan la capa de tierra que las cubre, dirigiéndose instintivamente al río, al charco ó á la aguada más próxima, sin que nadie las conduzca.

—Cuando tenga cualquier duda, agregó Cipriano, á propósito de las costumbres de los animales

que habitan nuestro suelo argentino, pregúnteme á mí, don León, que difícilmente dejaré de darle una contestación satisfactoria; pues aunque no se leer ni escribir, he observado desde muchacho las costumbres de los animales.

—Me parece muy conveniente preguntar, dijo León, y así no tendremos que pasar largas horas de fastidio observando desde las ramas de los talas si los gatos son ó nó tigres!

XIII

Rasgos poéticos

Esa tarde, nuestros navegantes, creyeron oir de la margen izquierda el ruido de algunos disparos de escopeta. Al principio supusieron que podría haber algunos cazadores en aquella inmediación.

La costa distaría un tercio de legua, y Carlos se entretenía en mirar hacia ella con el anteojo de mar.

Parecióle ver que algunos hombres hacían señal con un lienzo, que atado á un palo, simulaba una bandera.

León y Cipriano miraron también con el anteojo, convenciéndose de que en realidad los llamaban de la costa.

—Serán algunos cazadores que andan perdidos, dijo Carlos,—ó algunos leñadores, agregó León,—ó algunos matreros, —repuso Cipriano, de los que abundan por esa costa, que es la de Corrientes; y nos llamarán para que les demos un poco de aguardiente y galleta.

—De todos modos, continuó Carlos, hace ya varios días que no bajamos á tierra y creo sería oportuno hacer un alto á nuestro viaje que empieza á ser monótono y pesado. Seguiremos después la navegación á vapor á fin de llegar pronto al Bermejo.

León fué también partidario de dirigirse al sitio donde había visto la bandera y agregó:

—Parece, querido camarada, que este viaje empieza á serte fastidioso. En mi concepto, es precisamente ahora que vamos á entrar en su parte entretenida; tenemos el Chaco enfrente, y podemos entregarnos de lleno á la caza, á herborizar y á coleccionar insectos, de lo que hasta ahora, poco nos hemos ocupado. Para llegar hasta aquí, hemos tenido necesariamente que pasar unos días en medio de la monotonía del Paraná.

Las incomodidades son inherentes á la vida del cazador y del naturalista que observa sobre el terreno.

Si tú, en vez de buscar las aventuras organizando cacerías y viajes, te quedaras leyendo en

Pinzón y Vasco de Gama hubieran sido desconocidos; y tenidos por locos, Humboldt, Darwin, D'Orbigny, Koempter y Marco Polo.

—Según eso, tú aspiras á codearte con esos genios, ornando tu frente con las brillantes palmas de la gloria?

—A nada de eso aspiro, y si he de decirte la verdad, están todavía tan en nebulosa mis aspiraciones, que lo único que deseo es instruirme. Por donde quiera que paso encuentro incógnitas que no puedo resolver; pero no he de hacer como ciertos titulados sabios, que cuando ignoran una cosa echan la culpa á la limitación de facultades. Yo, de todo lo que no sé, culpo á mi ignorancia; y en cuanto á lo que dices de lauros y palmas, estoy por creer que á nadie le vienen mejor que á tí, que rimas con tanta facilidad.

Se sonrojó el poeta por las palabras de su amigo, é instintivamente llevó la mano derecha al bolsillo izquierdo de su chaqueta, donde guardaba su cartera de viaje, secreto confidente en que había escrito varias poesías que preparaba para Amalia.

¡Oh tormento! La cartera no estaba en su bolsillo.

¿La habría perdido en la apurada aventura en que tuvo que subirse al árbol, huyendo de un gato que creía tigre?

Nó.... Su amigo que sólo se permitía bromas

con él, al verle la tarde antes, abstraído contemplando los bosques, y escribiendo con febriles intermitencias, había tenido curiosidad de leer lo que suponía pensamientos ó impresiones de viaje y en la noche anterior, mientras dormía, le había sustraído la cartera del bolsillo.

Felizmente, pensaba Carlos, el nombre de Amalia no aparece en ninguna de las composiciones.

León presentó el libreto á su amigo, abierto en una página en que se leía estos fragmentos:

A.....

Bella la luna nos baña
En tu hogar y mi cabaña
Con su suave claridad,
En esas noches serenas
En que las brisas amenas
Gratos perfumes nos dan.

A veces entre el follaje
Suelo verte en blanco traje
Celestial aparecer;
Cual la visión que en mis sueños
Mis amorosos ensueños
Llena de dulce placer.

Y si triste y larga pasa
La noche en que de tu casa
No veo la luz brillar,
Bajo una palma gigante

Mécese hamaca ondulante
Do me deleito en soñar.

Absorto en mi amante anhelo
Tus ojos veo en el cielo;
Veo en la luna tu faz;
Mientras tu voz que se aleja
Parece que oígo en la queja
Que lleva brisa fugaz!

Carlos recobró la tranquilidad al ver de nuevo lo que para él era un tesoro; porque lejos de su dulce prometida, eran los versos lo que más le deleitaba.

—¿Y estos quintetos? ¿te parece que quedarán presentables después de limados? dijo entonces mostrando su cartera abierta en otra página.

León leyó:

Cuentan que en el ancho mar
Al cruzar las golondrinas,
Posan sus alas divinas
Sobre las alas vecinas
Para en ellas descansar.

Y en ayuda fraternal,
Cual la nube atravesando,
Vienen las aves cantando,
Las fatigas alternando
De su empresa colosal.

El sabio libro estudiad
De la gran naturaleza,
Veréis con cuanta grandeza
¡No hay pena! os dice, ó tristeza
Donde hay amor y amistad!

Aquellos versos eran dedicados á León quien comprendiendo, los elogió, probablemente por cortesía; manifestación galante de que está libre el lector.

XIV

Los cazadores de nutrias

Mientras duraba la conversación anterior, Cipriano había empujado vigorosamente la caña del timón hacia la izquierda, y el «Diana», celoso de su gobernalle, había virado apuntando con la proa en la dirección indicada por la bandera de señal.

Mbeguá empezó á dar saltos sobre la cubierta, comunicando su alegría á los tres perros, que ladraban y corrían en torno suyo.

Sacó después su carcaj y revisó las flechas.

Era mucho, haber pasado tantos días sin cazar.

Al aproximarse, vieron en la costa una pequeña piragua y que dos hombres vestidos de un modo extraño, les estaban esperando.

Eran los que habían llamado con la bandera. Debían ser cazadores de nutrias. Los bultos que estaban á su lado, parecían de cueros secos de esos animales.

Ayudado por Carlos, Mbeguá echó al agua el pequeño bote, y después de un momento los cuatro navegantes estuvieron en tierra acompañados de los perros, que no necesitaron embarcarse en el bote para descender, pues apenas comprendieron que se iba á detener la embarcación, saltaron al agua apareciendo en la costa.

Los desconocidos se aproximaron y sacándose los gorros de piel, que cubría sus cabezas pobladas de largas melenas, saludaron cortésmente, exponiendo que eran cazadores que habían concluído su trabajo y que pedían pasaje para la ciudad de Corrientes, que distaba de allí unas diez leguas.

Llamaron la atención de nuestros jóvenes, los trajes de aquellos dos hombres, que parecían un doble ejemplar de Robinson Crusoé.

Carlos les dijo que su barco era de uso particular, no ocupándose de transporte de pasajeros; pero los pobres hombres insistieron en su solicitud, prometiendo abonar con el importe de

las pieles, lo que se les exigiera por la conducción de éstas, que bien liadas, empaquetadas y secas, estaban en dos gruesos fardos, próximos á la piragua.

Preguntáronles cuál era la razón que tenían para preferir el yacht á aquella canoa, que suponían les pertenecía.

—Nuestra piragua es muy chica y tememos naufragar y perder el trabajo de seis meses, respondieron; como hemos perdido, en la creciente de anteanoche, el cargamento de madera y las pieles que nos faltan.

—¿Todavía tenían ustedes más pieles que las contenidas en estos dos grandes fardos?

—¡Muchas más! y como es peligroso dormir en tierra por temor á los tigres ú otras fieras, lo primero que hicimos cuando llegamos á estos sitios, fué cortar un crecido número de maderas, de las que se venden á mejor precio en las ciudades, y construirnos con ellas una *hangada* ó balsa, la que reforzamos convenientemente, construyendo encima de las mismas maderas, una pequeña habitación, que llamábamos la choza.

Anteanoche efectuamos la última cacería de nutrias. Aprovechando un rato de obscuridad, nos habíamos internado en los bosques, costeando el riacho vecino, y cuando volvimos, al amanecer, nuestra choza había desaparecido, rompiendo las



amarras y probablemente arrastrada por las corrientes.

En la choza teníamos treinta y ocho pieles de tigre, sesenta y tantas de ciervo, nuestras dos escopetas y los machetes.

Todo eso hemos perdido, quedando aquí como náufragos, con sólo una linterna y por ca-

sualidad las pieles que ustedes ven, y que pensábamos embarcar hoy.

—¿Y no han buscado su choza, teniendo esa canoa?

—Sí señores, respondieron, la buscamos con ese anhelo con que el pobre busca el fruto de su trabajo, pero nada conseguimos.

Hemos recorrido el río y los brazos en que se abre, hasta más de cinco leguas, y las pieles que nos quedan nos han hecho regresar bien pronto temerosos de perderlo todo.

León y Carlos prometieron entonces hacer lo posible por ayudarles á encontrar la hangada. Estaban asombrados, al ver tantas pieles reunidas por dos hombres solamente, y manifestaron curiosidad por conocer los medios de que se valían para tomar las nutrias que habitan las costas de los arroyos, ó las lagunas del interior de los campos.

Mandaron á Mbeguá que fuese á bordo y trajese un frasco de ginebra de Holanda que Carlos acababa de ofrecerles.

Vestían aquellos hombres chaqueta, calzones y gorro fabricado por ellos, con pieles de las nutrias, que á juzgar por los fardos, habían sido exterminadas por completo en muchas leguas á la redonda.

Mbeguá no se hizo esperar, pero en vez de ginebra de Holanda, se presentó con un frasco de anís.

Probablemente, su simpatía por esta bebida, le había sido inspirada por la grotesca figura de la etiqueta que representaba un mono, con el que el indio no dejaba de tener cierto parecido.

Para los cazadores de nutrias el cambio no fué un inconveniente.

La conversación se hizo cordial, al beber anís con la botella, al uso campechano.

La mitad del líquido pasó á depositarse en los estómagos de los seis concurrentes, dando la botella dos vueltas completas, pasando de mano en mano.

Mbeguá se hizo cargo del líquido restante, y un rato después el anís había concluido. ¿Para qué hacer á medias los honores de un trago? El deseo de cazar manifestado á saltos antes de bajar á tierra, estaba satisfecho desde que había cazado un frasco que tenía un mono tan espiritual, que le permitía, sin trabajo, apoderarse resueltamente de una espirituosa mona.

Del lado del sudeste se preparaba una tormenta.

El viento les sería favorable para seguir la marcha, pero decidieron no abandonar á aquellos hombres, que se encontraban tan mal provistos de todo lo indispensable para la vida. A más, solo cuatro tripulantes, era poca dotación para el yacht y convenía aumentarla con dos marineros.

León les manifestó por tanto, que después de buscar la choza perdida, los llevarían al punto deseado, transportándoles también sus fardos de cueros y la piragua; pero que antes de seguir viaje, deseaban obtener carne fresca, y descansar uno ó dos días en tierra, explorando aquella inmediación.

—Podemos, continuó León, dirigiéndose al más viejo de los dos cazadores, á quien su compañero llamaba don José, hacer una cacería de nutrias, de ciervos, de carpinchos ó de lo que se presente á tiro de nuestras escopetas.

Don José muy contento por el favor que le iban á hacer los jóvenes del yacht, conduciéndolos á su destino sin que nada les costase, y deseoso de complacer, dijoles que no tenía inconveniente en demorar para hacer las cacerías que ellos quisieran.

—Aquí no hay ya nutrias, agregó; la noche va á ser obscura, porque la tormenta que se prepara es grande, y si cargásemos los fardos y atravesásemos el Paraná, podríamos encontrar en la orilla opuesta, más abundantes piezas.

La indicación pareció acertada; se atracó el yacht á la costa lo más posible; se pusieron sobre el castillete de proa los dos fardos de pieles, y los cazadores se embarcaron, sin olvidar la

piragua, que fué amarrada á popa, yendo dentro Mbeguá, sumido en el más profundo sueño.

Una vez atravesado el Paraná, se amarró el yacht á unos gruesos troncos de sauce cuyas ramas, como guirnaldas verdes, caían sobre las aguas.

XV

La linterna sorda

Anochecía, poniéndose violáceo el cielo y perdiendo los bosques las alegres tonalidades del color verde, que se transformaba en manchas plomizas y obscuras.

—¿Cómo vamos á cazar, si dentro de un momento no nos veremos ni las manos? dijo Carlos.

– Señor, cuanto más negra es la noche, más bien se ven las nutrias y todos los animales, que tomaremos en medio de las tinieblas, contestó el viejo cazador, y mientras tanto se ocupó de revisar la mecha y poner aceite á la gran linterna sorda, único mueble útil y equipaje que les había quedado.

Bajaron todos á tierra, teniendo cuidado de dejar encendidos los dos faroles del «Diana», que estaban izados en la punta del mastelero, don José y su compañero munidos de garrotes, León y Carlos de escopetas Winchester y Cipriano de un rifle á bala; caminaron hacia el interior, por una abra que hacía el monte sobre un riacho, á una distancia que no excedería de ciento cincuenta varas.

Seguían lentamente al que avanzaba alumbrando el camino con su poderosa linterna.

A aquella hora, que es la del reposo de la naturaleza, sólo se oía el balido lejano de algún ciervo, el grito acre y quejumbroso de las nutrias ó carpinchos, el piar de las aves que tienen su retiro entre las ramas, y de cuando en cuando el bramido de algún *yaguareté* ó de algún *puma* que buscaba su presa.

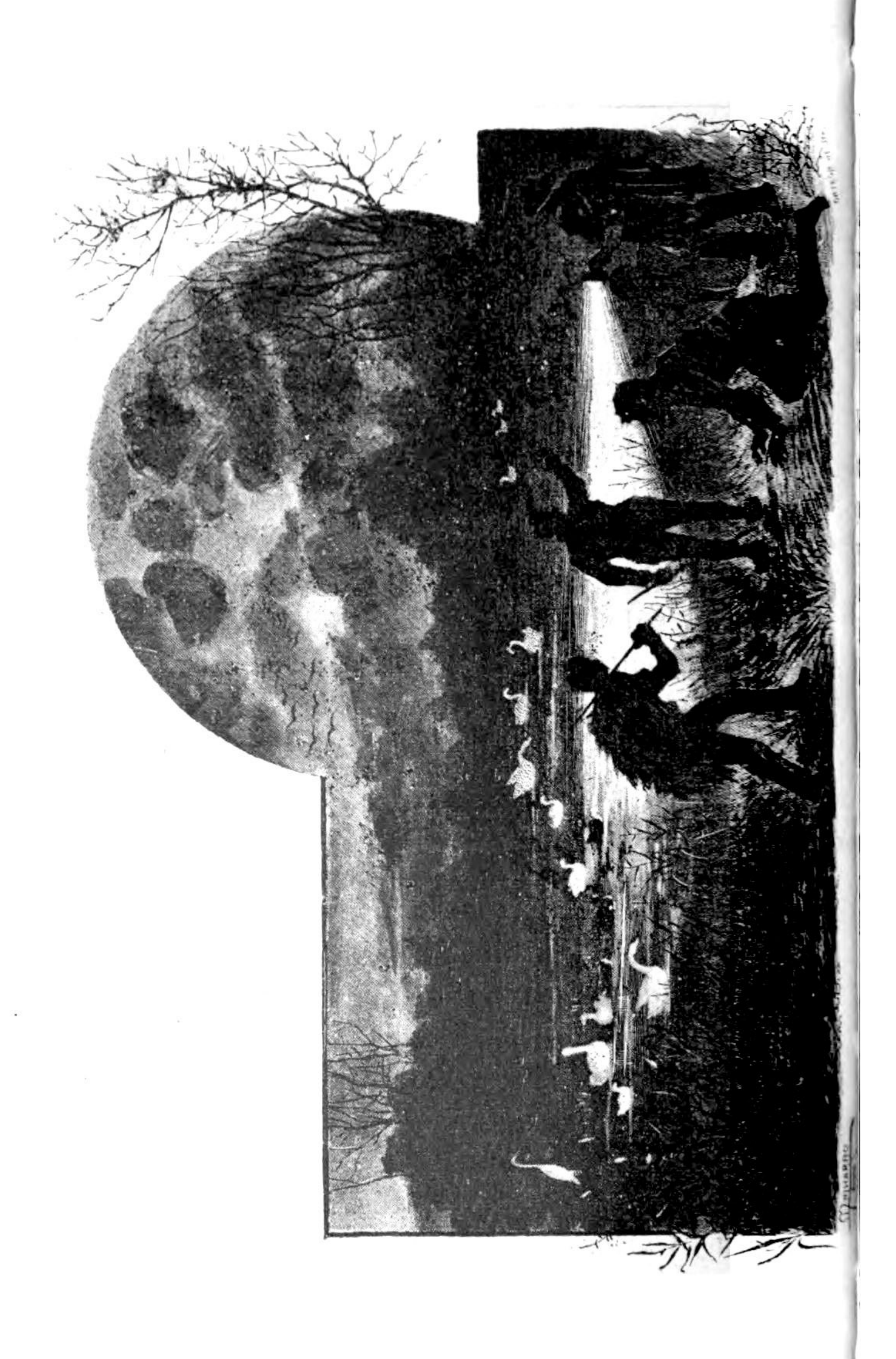
Los cazadores se encontraron de pronto delante de un extenso lago.

Don José movió un resorte de la linterna, y todos quedaron completamente á oscuras.

Tocó entonces otro resorte y un poderoso rayo luminoso se proyectó sobre la superficie de las aguas.

Todo estaba quieto; aquellos hombres formaban un pequeño grupo detrás del foco.

León y Carlos observaban, esperando los movimientos ó las palabras de don José.



Después de un momento se oyó un ruido de alas que se batían sobre el agua, y vieron que una bandada de gansos y de patos graznando alegremente, avanzaba hacia el sitio en que ellos se encontraban.

—Estos vienen á buscar su muerte, dijo don José; más tarde llegarán las nutrias y algunos otros animales. Como ustedes ven, he hecho proyectar la columna de luz, mitad en el agua y mitad en el suelo, de manera que, á fin de no ahuyentar la caza, podamos tomar estas aves, y las nutrias mismas, dándoles un golpe de palo en la cabeza.

El ruido de las escopetas alarmaría á los otros animales.

Los gansos y los patos se aproximaron á unos quince pasos de la linterna, sacudiendo sus alas y moviéndose alegremente, como si aquella luz les anunciase la venida del día.

Don José y su compañero abandonaron la linterna dejándola quieta en su sitio, y se acercaron al grupo de las aves ocultándose en la obscuridad limitada por el plano clarísimo de la faja de luz, y con sus largos palos y admirable certeza, dejáronlas tendidas en la orilla del agua.

Volvieron después á ocultarse en las sombras, y al sentarse entre el grupo de cazadores, dijo don José:

—Ya tenemos seis gansos y nueve patos para la cacerola!

Los balidos de las nutrias que llegaban no tardaron en oirse, y en la proximidad del foco, cantidad de sapos y de ranas que habían salido del agua, saltaban encandilados.

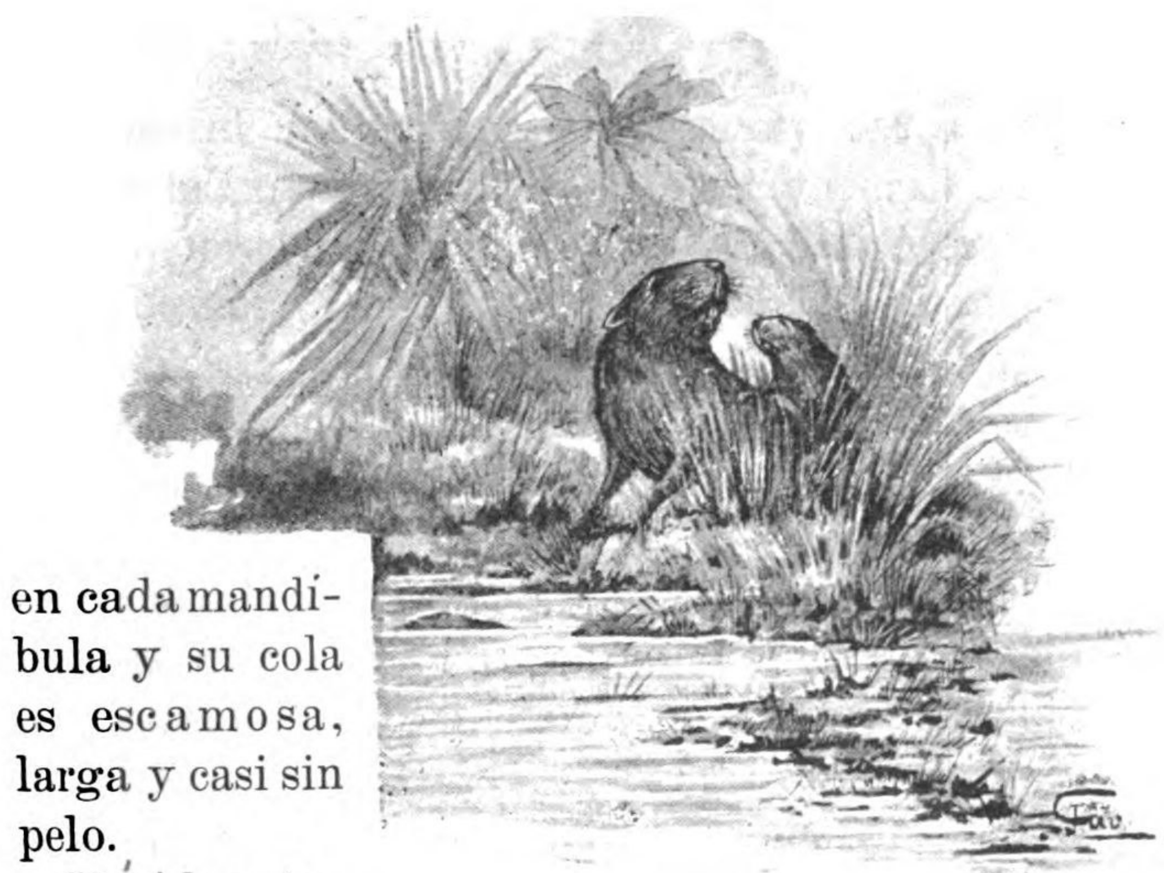
Entre las ranas, sacó su pequeña cabeza un animalejo que hizo poner de pie á Carlos, para quien, la fiesta empezó á ser menos agradable.

El animal estuvo pronto con todo su cuerpo fuera de las yerbas; era una víbora de cascabel, que tendría un metro de largo!

Para matarte, no hay que esperar mucho, dijo don José, dejándole caer su formidable palo en la cabeza, que con una parte del cuerpo quedó enterrada en el suelo.

Las nutrias fueron descubriéndose más claramente, á medida que se aproximaban. Algunas se sentaban sobre sus patas traseras, arrancaban yerbas y comían haciendo uso de las manos, zambullían y se acicalaban graciosamente como podría hacerlo un mono.

Ese animal, que los indígenas llaman *quiyá*, y pertenece á la familia de las ratas nadadoras, distínguese de todos los mamíferos, en que la hembra tiene las tetas en el lomo. Su tamaño es mayor que el de un gato; sus pies traseros son palmeados; tiene dos grandes dientes incisivos



en cada mandíbula y su cola es escamosa, larga y casi sin pelo.

Da á luz cinco ó seis hijos, que cuando son chicos, carga habitualmente sobre el lomo.

Su piel, defendida por dos clases de pelo, sustituye perfectamente á la del castor para la fabricación de sombreros, y según decía don José, le pagarían veinte centavos por cada piel, una vez que llegase á Corrientes.

Los indios atribuyen propiedades medicinales á la grasa del *quiyá,* se alimentan muchas veces con su carne, que, sin embargo, es inferior á la del carpincho ó á la del *apereá* (pequeño roedor) ó cuis de las pajas.

Cuando don José vió un crecido número de nutrias que se habían juntado con dos carpin-

chos, preguntó si querían terminar la cacería.

La tormenta estaba encima y disgustados por la presencia de la víbora todos estuvieron por la afirmativa.

Los rústicos barbudos repartieron palos sobre las cabezas de las indefensas nutrias, y León y Carlos descargaron sus armas sobre los carpinchos.

En un momento se recogieron las piezas obtenidas, que hubo que acarrear á bordo en dos viajes, sirviéndose nuevamente de la linterna para alumbrar el camino.

Durante la noche llovió copiosamente; nadie se había acordado del pobre Mbeguá, que, cuando fueron á cazar nutrias, habia quedado durmiendo en la piragua.

Al despertarse León, al siguiente día, lo primero en que pensó fué en informarse de la salud de su asistente indio.

Cipriano, don José y su compañero, nada sabían de él.

La chalupa estaba vacía, y Mbeguá había desaparecido.

—¿Se habrá caído al agua y se habrá ahogado? decía León.

—No es de creerse, objetó Cipriano; los indios no se ahogan, son como pescados para nadar y así como un criollo puede dormir montado

mientras su caballo va en marcha, cualquiera de ellos puede nadar dormido.

Bajaron á tierra con intención de buscarlo por la costa, y por fin lo descubrieron á poca distancia, oculto debajo de un matorral, roncando á pierna suelta, rodeado de sus perros.

—¿Qué haces ahí? le gritó Cárlos.

Y despertándose el indio, contestó con cierto rubor que no se le conocía en la cara, á causa del color de su piel:

—*Mbeguá espiando yaguareté.*

Rieron los jóvenes al oir la improvisada afirmación del indio, que ya no estaba bajo el efecto del anís del mono.

Le hicieron que cargara sus flechas, y que seguido de sus perros, les acompañase á una excursión por la proximidad.

XVI

La caza del ciervo

Habían oído balar los ciervos la noche anterior, y deseaban encontrar sus pistas.

Con este motivo se internaron por una campiña

salpicada de bosques que limitaba un riacho por el lado norte, y un estero ó laguna por el lado sur.

No tardaron en encontrar rastros de corzuelas, carpinchos, nutrias y apereás, que abundan por cualquier parte del suelo chaqueño.

Más adelante, al pie de añejos árboles, un crecido número de conejos silvestres, había formado su vivienda.

Mbeguá no quiso quedarse sin algunos, é hizo unos disparos de flecha, apoderándose de dos.

Los demás se ocultaron en sus madrigueras.

Estos animales son generalmente grises, de tamaño menor que los domésticos y de orejas más cortas. Su carne es exquisita y sus costumbres difieren en poco de las de sus congéneres conocidos en las cinco partes del mundo.

Mbeguá no los cazaba seguramente por curiosidad científica. Como hijo del Chaco, donde se encontraba de nuevo con gran satisfacción, proporcionábase aquellas piezas de caza, con el sólo propósito de comerlas asadas, saboreando un manjar apetecible que le recordaba la vida salvaje.

Don José había seguido á León y á Carlos con menos buen deseo que el manifestado la noche anterior, en que cazaron los cisnes y las nutrias. Recordaba su choza perdida, que quién sabe si recuperaría.

Sin embargo, nada decía que pudiese tomarse como una protesta y cuando encontraron el rastro de los ciervos, preguntó de qué manera pensaban apoderarse de ellos.

—Veamos, dijo León, cuál es el procedimiento más adecuado que puede emplearse. En el paraje en que nos encontramos, hay rastros de ciervos en todas direcciones, lo que prueba que abundan.

Carlos creyó que el mejor sistema era subirse á un árbol situado sobre el sendero, y esperarlos con la escopeta lista para hacerles fuego á la pasada.

Mbeguá aseguró con una elocuencia poco común en él, que el mejor modo de cazar ciervos, era prepararles en diferentes puntos del sendero y en diversos caminos, un círculo de trampas de flecha, cuyo centro fuese el punto donde los animales acostumbran á beber y demostraba gráficamente, haciendo rayas sobre el suelo con la punta de una flecha, que por su sistema, al ciervo que escapaba á las trampas entrando al semicírculo, cuya cuerda era el riacho, le sería muy difícil salir de él sin ser herido.

Esas trampas se arman atravesando una piola poco visible, en lo más angosto del sendero, limitado por malezas y ramazones.

En una extremidad la piola está asegurada á un tronco, y en la otra, sujeta una chaveta ó cuña

de madera, la que á su vez mantiene la tensión del arco, que armado y con las flechas dirigidas por la piola, espera que cualquier incauto animal roce con su pecho, al querer pasar, el hilo casi imperceptible.

La chaveta safa entonces y el arco dispara la flecha, que se clava en el cuerpo del animal.

Estas trampas, que son las que emplean los indígenas, eran bien conocidas de León, que las había utilizado en cacerías anteriores.

Don José, como hombre práctico, propuso simplemente cazar á fusil los ciervos, esperándolos en aquel sitio.

Mbeguá insistía en que era mejor emplear las flechas, pues éstas ofrecen la ventaja de no espantar la cuadrilla y por lo tanto se puede obtener varios animales, mientras que, á la primera detonación de una escopeta, todos se alejan, retrocediendo por donde han venido.

Cipriano, indicó como el mejor método para apoderarse de los animales en cuestión, armarles lazadas en los sitios estrechos.

— Este es el sistema que nos ha dado mejor resultado cuando yo era muchacho y cazaba con el padre de don Carlitos, dijo el viejo, para quien no había nada mejor, que lo que él había hecho en sus mocedades.

Traeremos los lazos que tenemos á bordo y en

nuestros aperos, continuó, los amarraremos en los árboles por la extremidad de sus presillas, y con el lado de la argolla se formará una pequeña lazada que quedará en el aire, sujeta por las malezas y las ramas del sendero.

Cuando el ciervo ó cualquier animal trata de pasar, se enlaza por sí mismo, y queda prisionero y vivo, sin hacerse más daño que el que pueda producirse, tratando de sacarse el lazo.

Se hacía de la defensa de cada sistema, una cuestión importante; cada uno pretendía que su procedimiento era el mejor.

Esta diferencia de opinión originó un altercado entre don José y Mbeguá.

El compañero de don José, que poco ó nada había dicho hasta entonces, tomó la palabra y con aire de superioridad en el asunto, dijo:

—*Mi estar Mister Mac-Gregor scotchman; y quiere por caza la cervio in moda Caledonian Canale.*

—¡Apareció mi hombre! exclamó Carlos, dirigiéndose á León y riendo alegremente. No sólo dejo de sostener en adelante que, toda caza peligrosa debe hacerse desde un punto seguro, sobre la copa de un árbol, sino que me adhiero anticipadamente al sistema que va á proponer este señor escocés: sistema que, aunque no conozco, creo firmemente será el mejor posible, por el simple hecho

de ser él quien lo propone, y proceder nada menos que del pintoresco país de Walter Scott.

Mister Mac-Gregor mostróse satisfecho al encontrar un tan decidido adepto en aquel joven, que le había sido simpático desde el primer momento, y si en agradecimiento no le dió un abrazo, fué porque esta es una manifestación ó cariño de los latinos, muy poco ó nada usada por los anglo-sajones.

—*Precisa por busca cuatro caballos*, prosiguió Mister Mac-Gregor, *nosotros montando; la perra busca la cervia, nosotras corre la cervia que morde la perra i tira in cabeza, cervia more!*

Mbeguá que estaba sentado en el suelo, se puso de pie al ver los movimientos vigorosos que hacía el escocés y oir las palabras empleadas en aquel discurso que él no entendió absolutamente.

El indio recorrió con la vista la fisonomía de todos, y viendo cómo festejaba Carlos las palabras de aquel hombre extraño, se echó también á reir, como si estuviese bien al corriente de lo que se trataba.

Don José seguía poniendo de manifiesto las ventajas de su sistema de cazar ciervos y en discusiones estériles se pasaban las horas.

León entonces dijo:

—Es muy común, discutir mucho para no arribar á gran cosa; cada uno pretende sostener su idea, sin aceptar ni los detalles de lo que su

contendiente propone; resultando, que después de mucho hablar, nadie se ha entendido.

Esto sucede también en el parlamento de nuestros padres de la patria.

La verdad casi siempre está velada y por eso rara vez se arriba á algo bueno.

Propongo que cada uno establezca trampas y cace á su manera; yo por mi parte, acompañado de Cipriano, procuraré tomar los ciervos por medio del lazo ó por un sistema mixto; es decir, que amarraré mi rifle por sus extremidades, aplicando á su gatillo la chaveta y la piola de invención indígena.

Los cazadores se dirigieron entonces á distintintos rumbos.

Carlos no quiso abandonar á Mister Mac-Gregor, y más dispuesto á hacer versos y á oirle hablar inglés que á cazar ciervos, regresó al sitio donde estaba el yacht, ofreciendo al escocés un exquisito whiskey de una clase especial, que sólo toman los buenos bebedores de la capital del Reino Unido, ó de la pintoresca Edimburgo.

León y Cipriano se procuraron los lazos y buscaron un paraje para armar las trampas de la manera que antes hemos explicado.

Don José y Mbeguá se dirigieron también á un lugar apartado, con la intención de preparar la cacería.

XVII

Historia de un beso

Mister Mac-Gregor preguntó á Carlos si tenía á bordo alguna Biblia legítima ó algunas de las obras de Walter Scott; pues en ese caso, leyendo y tomando whiskey, su alegría llegaría al colmo.

Carlos no pudo complacerle dándole esos libros, pero en cambio le dijo: tomará usted doble ración de whiskey y hablaremos de Escocia, país de mi más decidida simpatía.

El hombre rubio aceptó la proposición y el whiskey, hablando de esta manera:

— *Yo tener un casita in Loch Lochy, y gusta mucho por caza la cervia in Inverlochy Castele cerca de un montaña mucho bonito que llamar Ben Nevis.*

—He viajado por esos parajes,—dijo Carlos, que poseía bastante bien el inglés, hablando desde entonces á Mister Mac-Gregor en su idioma para evitarle barbarismos y corrupciones que afearan el discurso. He visitado en diversas ocasiones los lagos que forma el canal de Caledonia; he cazado ciervos cerca de Ben Nevis, y hasta me he enamorado en su país natal, lo que no tiene nada de extraño; pues las mujeres son divinas y Miss Agnes sobresalía en hermosura á todas las que conocí.

Figúrese Mister Mac-Gregor, una real mujer de diez y ocho años, de grandes ojos verdes, con las sombras y las profundidades de los lagos de su país natal; de rubia cabellera que caía en ondas sobre el cuerpo más esbelto y bien modelado que haya tenido jamás criatura humana, y que galopaba sobre un brioso alazán de largas crines, como la diosa de aquellos pintorescos sitios!

Cabalgámos juntos el día á que me refiero. Pedíla un beso; me contestó que si yo era tan jinete como decía que eran los jóvenes de mi país, me podía tomar el beso sin necesidad de que ella me lo concediera.

Aquello era concedérmelo; usted sabe que las mujeres nunca dicen terminantemente que sí.

—Yo no puedo asegurar nada á ese respecto,— dijo el escocés.

Carlos prosiguió: Entonces espoleé el animal en que montaba y quise ponerme á la par de la amazona, pero ¡imposible!.... Ella había dado rienda suelta á su espléndido corcel que parecía engendrado por el céfiro el que en rápida carrera, se dirigió á un cercado de más de un metro de altura, salvándole con increíble facilidad.

No sabía entonces saltar en el caballo, pero mi animal, que seguía de cerca y animosamente al de Miss Agnes, me estimuló á continuar aquella peligrosa aventura.

Atropellé también el cerco, que ya dejaba lejos mi elegante fugitiva, cuando ¡oh infortunio! mi torpeza hizo que tirara de las bridas en medio de formidable salto, y caballo y caballero caímos al suelo.

—¿Y después?.... —dijo Mister Mac-Gregor.

—Lo que no pudo la destreza, lo hizo la estrategia, contestó Carlos.

En mi caída no me había hecho mal. Un segundo después, mi caballo estaba de pie, pero yo que conozco el buen corazón y los sentimientos afectuosos de las mujeres, me dejé estar en el sitio.

Sabía que Miss Agnes vendría en mi protección, y poco me importaba que hubiese escapado el caballo.

Mi estratagema no tardó en dar resultado. Recuerdo que estaba tendido en el suelo boca arriba: debo haber parecido un muerto; pues cuando Miss Agnes se aproximó, noté, en la inflexión de su voz, la emoción que le había producido mi desgraciada caída.

—¿Qué pasa, *dear* Carlos? dijo la joven, tirándose del caballo y levantándome del suelo entre sus brazos.

—¡Que yo he pedido un beso á Miss Agnes!... dije, dándole tantos como permitió la ventajosa posición en que me encontraba, teniendo á la bellísima escocesa entre mis brazos.

Mister Mac-Gregor había seguido el relato de Carlos con muestras de visible interés. Cuando éste terminó dijo, después de tomar un nuevo trago de whiskey:

—*The devil! Usted Mister Carlos, estar un gentleman very much enamorado!*

Luego prendió su pipa, se estiró en el asiento y lamentó el verse privado de sacar analogías y descifrar las simbólicas parábolas de Salomón, hijo de David, Rey de Israel.—Carlos recordó á su contendiente que según Dickens, la Biblia era el libro más á propósito para perder el buen humor, pero el escocés respondió que esa no era más que la opinión de uno de tantos incrédulos, y que en todo caso no había seguridad de que fuese auténtica aquella afirmación.

XVIII

La pesca

Era ya el medio día: los cazadores habían regresado, dejando preparadas las trampas para los ciervos que debían venir al agua en la noche y madrugada siguiente.

Don José resolvió quedarse en el bosque, dispuesto á dormir sobre un árbol en compañía de su escopeta; León, Mbeguá, Cipriano, Carlos y Mister Mac-Gregor, pensaron que era oportuno echar al agua la red á fin de tener algunos peces de los que pueblan las aguas de esos gigantescos ríos.

Toda la tarde se pasó en abrir y preparar la red para echarla á la corriente, lo que se efectuó antes de llegar la noche.

La pesca fué abundante, y se suscitaron durante el trabajo nuevas discusiones á propósito de las mejores clases de pescado, y de si podía ó no ser verdad que una ballena se tragó á Jonás y fué á largarlo en la costa opuesta para que predicase el Evangelio.

León resolvió dejar solamente algunos de los mayores peces obtenidos, y volver á las aguas los restantes.

Se abrieron y se dispusieron para salar:

Un *armado;* su carne es blanca y semejante á la de ave; llega á tener hasta 12 kilogramos de peso; no tiene casi espinas y su vitalidad es tan grande, que permanece hasta un día vivo, estando fuera del agua.

Un *pacú* de 11 kilogramos de peso; su carne salada y prensada, puede competir ventajosamente con la del bacalao.

Un *dorado;* su peso suele llegar á 20 kilogramos; es el más hermoso de los peces de nuestros ríos.

Un *surubí* de 30 á 40 kilogramos de peso, que hubo de romper las redes; y otra infinidad de peces menores, entre los que abundaba la mojarra, que nuestros cazadores no quisieron aprovechar por parecerles engorrosa su preparación.

Para amenizar el acto Mister Mac-Gregor aseguró que en un día de pesca, San Pedro había caminado sobre las aguas; afirmación que Mbeguá se permitió poner en duda, por no haberlo visto hacer en el Chaco, á ningún pescador.

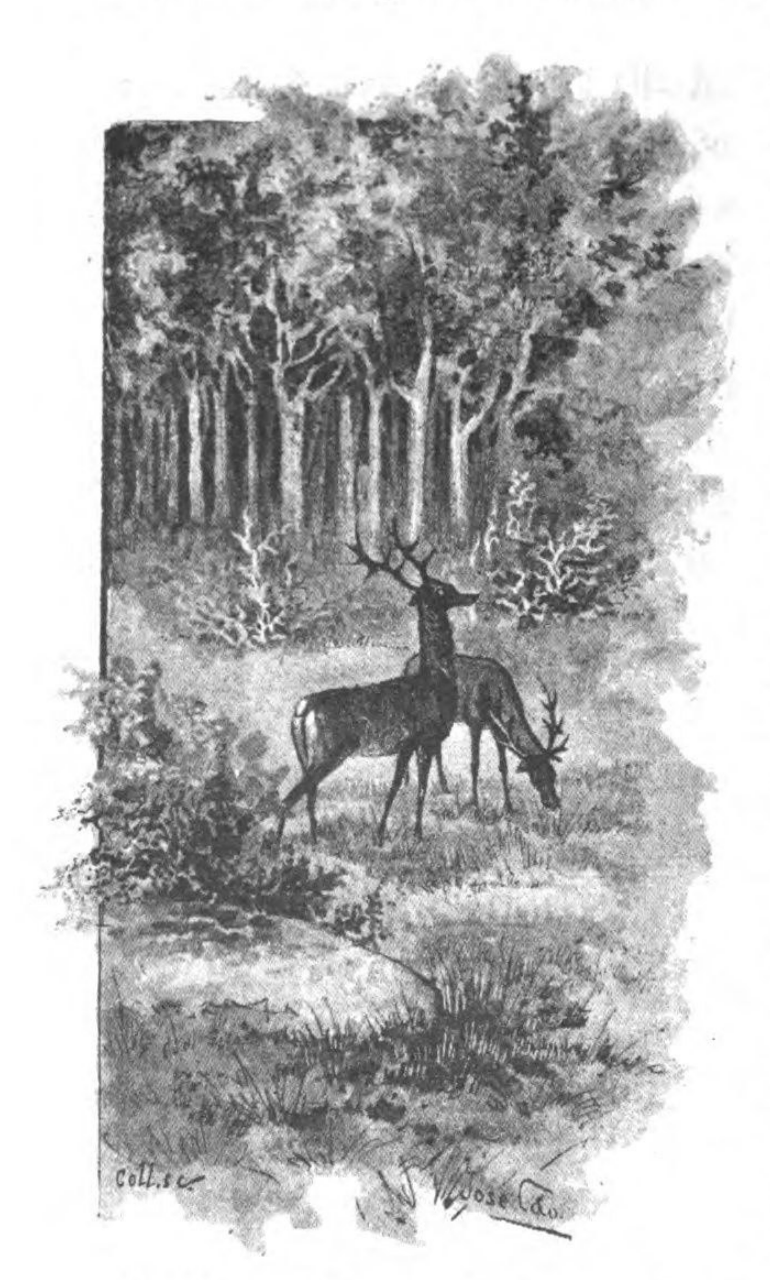
XIX

Resultado de las trampas

Como hemos dicho, don José se había quedado á dormir sobre un árbol del bosque, espiando los ciervos.

No son solamente los pájaros los que duermen sobre los árboles; los cazadores gustan también refugiarse entre las elevadas y tupidas ramazones para entregarse por algunas horas y con tranquilidad al sueño reparador de las fatigas.

Las horquetas de una tipa, gran árbol del Chaco, habían sido elegidas aquella noche por don José, que tuvo el infortunio de que ningún ciervo pasase por la proximidad de su árbol.



Los cazadores, después de la noche que siguió á la pesca, se habían levantado temprano, con el propósito de ir á revisar sus trampas.

Cipriano había armado dos lazos y encontró una trampa desarmada, y en la otra una cierva aprisionada por el cuello.

Veíase sobre el terreno las señales claras de la lucha en que la pobre hembra había pasado la noche, queriéndose escapar de la lazada.

Por fin, probablemente convencida de lo estéril

de su esfuerzo, se había echado en la yerba, acompañada de su pequeñuelo.

En esta situación fué encontrada por los cazadores, y al verlos aproximarse empezó de nuevo á dar saltos queriéndose desasir del lazo.

El cervatillo huyó ligeramente, á pesar de un tiro de flecha que le hizo Mbeguá.

Resolvieron matar la cierva, sacándole prolijamente la piel, como asimismo algunas postas de carne.

En una de las trampas de León el rifle había hecho fuego, lo que probaba que algún animal había pretendido pasar por el sendero.

Buscaron el rastro y vieron con sorpresa que las pisadas correspondían á un gran *jaguar*.

Las manchas de sangre y las resbaladas del animal, al recibir el tiro, se descubrían claramente.

Llamaron á los perros de Mbeguá y los pusieron sobre la pista, siguiéndolos con precaución, por entre la maciega,

La herida debía haber sido leve: nada encontraron; el jaguar se habría ido á ocultar á algunas leguas de distancia.

Retrocedieron entonces, y Mbeguá se dirigió á sus trampas de flechas.

La primera no había sido desmontada, pero en la segunda se encontró un jabalí.

Hay, en el Chaco, dos especies de estos animales. Viven generalmente en cuadrillas de quince ó veinte y en estado salvaje; son bastante temidos por los cazadores y aun por los tigres ó las *pumas* que gustan saborear sus exquisitas carnes.

Es peligroso ponerse delante de la cuadrilla para cazarlos pues en vez de huir, rodean al cazador atacándole con sus colmillos y sus fuertes trompas, y si lo han visto subir á un árbol lo sitian por muchas horas.

La manera de cazar el pecarí es dejar pasar la cuadrilla y elegirlos por retaguardia, procurando hacer el menor ruido.

El escuadrón de cuadrúpedos es poco amigo de contramarchar.

El jabalí que había cazado la trampa de Mbeguá, pertenecía á una cuadrilla que se ocultó en las ramazones en que se anidaban hermosas parejas de pavas de monte ó penélopes.

Carlos preguntó á Mr. Mac-Gregor, qué interpretación tenía, según la Biblia, la cacería de aquel día, y el escocés repuso que ignoraba que los

santos se hubieran ocupado nunca de escribir sobre ejercicios cinegéticos pero que en todo caso, no podía ser malo haber cazado un jabalí, por más que en época muy remota le hubiera sido privado comer de esa carne al pueblo judío.

XX

Encuentro inesperado

Mbeguá desenvainó su gran cuchillo de caza, despojó al pecarí de sus entrañas, aliviándolo notablemente, y se lo echó á la espalda. Volvió á tomar su flechas y su arco y emprendía el camino de regreso, cuando oyó un toque del cuerno de caza que usaba León. Comprendió que era á él á quien llamaban; cambió de dirección y apretó el paso dirigiéndose hacia el punto donde oía la señal.

No tardó en encontrar á su señor, quien le dijo:

—¿Sabes Mbeguá donde está don José?

—Sí, dijo el indio, apuntando á la espesura de un bosque que distaría seiscientas varas; debe estar subido en aquellos lapachos.

Los dos se dirigieron al sitio indicado.

Entre los gajos más altos, estaba don José envuelto entre pieles de nutria. Nadie hubiera

creído que aquella masa informe, enhorquetada en la altura, contenía un cazador.

Pero León y Mbeguá, que conocían el traje de don José, y que vieron la escopeta colgada de una rama á su lado, no dudaron de que aquel era su compañero.

Supusieron que dormía á aquella hora avanzada del día, porque durante la noche había estado despierto esperando los ciervos.

No se equivocaban, é iban á despertarlo, cuando de pronto fueron sorprendidos por la aparición de un crecido número de salvajes, que, armados de lanzas, flechas y arcos, parecían haber estado disponiéndose á dar caza al raro animal desconocido que estaba subido en el árbol,

A León no le hizo ninguna gracia la presencia de salvajes.

Mbeguá tampoco estaba contento al encontrar á sus hermanos de la selva, porque sabía la mala voluntad que despierta en el salvaje la presencia de indios acompañados de hombres blancos, cuando los creen de su tribu, y por esta razón, apresuróse á gritar en lengua *toba*:

Miacayá natranác adiyalá, dorchic idik!

Lo que quiere decir:

Hermanos guerreros, venid! estos cristianos son amigos.

Aproximóse el indio á León, después de repe-

tir varias veces esa frase, y abrazándolo dijo en voz alta y dirigiéndose á los salvajes:

Ipác nohón aloú apá latac kom!

«Este blanco lindo y rico, es amigo de los cautivos indios».

Después de esas frases, que conviene al lector estudiar de memoria, y que parecieron inspirar confianza á los naturales, entraron en otras explicaciones, que según Mbeguá eran tendentes á averiguar si estos hombres blancos lo habían hecho cautivo.

Pero el buen indio explicó que á él lo habían hecho cautivo otros guerreros, hacía muchos años; y que éstos eran amigos de él y de otros naturales que también habían sido rescatados del cautiverio militar, por los blancos que le acompañaban.

—Me resisto á creer, decía el capitanejo indio, hablando en su idioma, que sean tan buenos como tu dices estos hombres blancos. Yo también he sido cautivo y maltratado por ellos, que me robaron una hija, me incendiaron el toldo y me llevaron las cabras y las ovejas que poseía. Cosas idénticas les han pasado á todos los habitantes del Chaco, cada vez que esa maldita raza de blancos ha hollado nuestro suelo.

El capitanejo continuaba proponiendo á Mbeguá, que si era toba y por lo tanto hombre de

corazón, abandonase á los traidores perros que lo acompañaban, y se viniese con ellos á la selva y á la tierra nativa, donde no hay traiciones ni perfidia, donde la amistad no es una coyuntura para explotar al prójimo, donde todos los hombres son hermanos y compañeros, porque la igualdad es su ley suprema, donde el suelo da sus frutos y la *pokená* (mano) del *Cotá-Nonrá* (Supremo Creador), hace afluir los *Cipekoló* (animales de tierra) y los *Cotelay* (animales de agua), y las *Migoktolec* (criaturas), viven como *iacaiás* (hermanos).

Mbeguá expuso en un feliz momento de elocuencia toba, que el capitanejo tenía mucha razón en todo lo que había manifestado, agregó que era también muy cierto que los hombres blancos procedían como salvajes cada vez que tenían que tratar con indios, é hizo notar á su compatriota, que precisamente por eso eran más dignos de ser bien tratados los blancos que estaban con él, y en cuyas tierras tenía á su mujer, su hijo y muchos otros paisanos, sin embargo de ser pariente del cacique *Pananichí*, de cuya salud pedía informaciones.

Agregó todos los buenos conceptos que se podían atribuir á León, y á los demás blancos que iban en su compañía, concluyendo por decir que eran tan buenos que casi parecían indios.

El salvaje que capitaneaba á los indígenas preguntó entonces que animal era ese que estaba durmiendo en el árbol.

—*¿ Yalé malá nahué?*.... ¿qué animal es ese? dijo, apuntando á don José, que con el ruido había empezado á dar señales de vida, moviéndose en la altura.

—*Marisquero chiquisí*, respondió Mbeguá, lo que significa *cazador de nutrias.*

León dijo á Mbeguá que invitase de su parte á sus paisanos para tomar un trago de aguardiente á la salud de todos, en el sitio donde estaba fondeado el «Diana», é hizo bajar del árbol á don José, que ya había tomado su escopeta y estaba vacilante, sin saber el rol que debía asumir en aquel lance inesperado.

Los indios estaban desnudos, y adornadas sus negras cabelleras con pintadas plumas. Eran súbditos de un capitanejo Toba, y hacían el servicio de avanzada ó de guarda-costas por aquellas riberas.

Todos sabemos lo celosos que son los indígenas de la integridad de sus tierras; pero como nuestros cazadores tenían su barco, no podían inspirarles temor, con la permanencia en sus dominios, y entraron en amistosas relaciones. Fueron hasta el «Diana» y bebieron con los cazadores, pero sin haberlo hecho antes que éstos, pues temen

con razón ser envenenados, ó cualquiera otra traíción de parte de los hombres blancos.

Mbeguá había asumido un importante papel sirviendo de intérprete y panegirista de sus señores.

Los indios, en número de unos cincuenta, camparon en tierra ese día y la noche siguiente. León y Carlos entonces, empezaron á tener ciertos temores de que si se demoraban algunos días aquellos filósofos indios, concluyesen con todas las provisiones y bebidas del yacht.

XXI

Mister Mac-Gregor y su reumatismo

Don José quiso averiguar, por medio de Mbeguá, si los titulados guarda-costas habían visto, al recorrer las márgenes del Paraná, su choza perdida.

El capitanejo declaró que en días anteriores descubrieron una hangada, sobre la que se había construído un carabanchel, la que, arrastrada por el viento debía encontrarse más ó menos á la entrada del Bermejo.

Otras señas dadas por los indígenas indujéronles á creer que la hangada á que se hacía referencia no era más que su perdida choza.

Informaron á León y á Carlos de la noticia, y éstos expusieron que en ese caso no tenían inconveniente en ir hasta la boca del Bermejo, é internarse en este río si fuese necesario, con tal de favorecer á don José y á Mister Mac-Gregor, que se había hecho decidido amigo de Carlos, y encontraba á cada momento, grandes analogías entre las voces de la lengua Toba y el antiguo Sajón.

—El idioma de los indígenas, decía, á veces en inglés, es un derivado del Sanscrito, y esto se ajusta á la Biblia y á las revelaciones.

La palabra Inca, cuya raíz «Inc», sirve á los indígenas para indicar todo lo que está más alto, más saliente ó es superior á un conjunto de personas ó cosas, ha servido á los antiguos habitantes del Norte de Europa para dar nombre á esa parte del continente que sale sobre el mar en forma de ángulo ó punta, de donde tenemos la palabra Eng-land (Inglaterra).

Ing, Eng ó Inc, lo que, si no es lo mismo, es muy parecido, quiere decir pues, allá ó aquí, ángulo, punto saliente, cúspide, cumbre ó altura.

En *Quichua*, una de las lenguas más esparcidas entre los naturales de Sud América, *Inti* quiere

decir sol ó centro luminoso de donde irradia la luz.

—Mister Mac-Gregor, dijo León, podrá usted tener mucha razón; yo no me asombro del origen Sanscrito que usted quiere atribuir á las lenguas indígenas; creo que todos los hombres tienen el mismo origen, y por lo tanto soy partidario de que las lenguas provienen de una misma raíz común monosilábica; me asombro, sí, de la transformación porque va pasando su personalidad desde que lo conocí hace tres días.

—The devil!.... pues mis años, alguna experiencia y las interpretaciones del Antiguo Testamento, dijo Mister Mac-Gregor, me han enseñado á no sorprenderme de nada.

Yo creí á usted un simple cazador de nutrias, vestido con piel del mismo animal, dijo Carlos, y va en su conversación tomando el camino de hacer un discurso á propósito de lenguas muertas.

—Podrá ser esto un efecto del whiskey, que infortunadamente se ha acabado en esta botella, pero yo no me he asombrado absolutamente, cuando después de creer llamar desde la costa á unos pobres barqueros que pasaban, me he encontrado con un tan distinguido caballero como usted que viaja en un yacht tan espléndido, que se ha enamorado en Escocia de una *young lady* de dieciocho años, con sombras y profundidades

en los ojos, semejantes á las del fondo verde de los lagos patrios, y que ha venido hasta aquí traído por el destino, proporcionándome la doble satisfacción de conocerle y de tomar una buena botella del más exquisito whiskey destilado hasta nuestros días, el que contiene ese pronunciado olor á humo que caracteriza á todo legítimo *mountain-dew.*

—Lo que no se ha conseguido con una botella, agregó Carlos, tal vez lo puedan dos, y llamando á Cipriano le ordenó que sacase otra del fondo del barco, que ofreció á Mister Mac-Gregor.

—Por ahora me conformaré con fumar mi pipa, y ésta la tomaremos en el momento en que encontremos la choza perdida, accidente que me será tan agradable como ventajoso, pues las pieles y las maderas que la forman me proporcionarán una entrada pecuniaria, que compense en parte los trabajos que hemos tenido en estos seis meses, viviendo como ermitaños en medio del desierto.

Carlos prometió hacer todo lo posible para salir lo más pronto en busca de la choza, y Mister Mac-Gregor le aseguró que le iba á agradecer tanto este servicio, como le había agradecido el whiskey.

—Eso es comprometerme á nuevos servicios, pero una botella de whiskey vale muy poco, dijo Carlos.

—Error, agregó Mister Mac-Gregor; las cosas en Inglaterra, Escocia y creo en todas partes del mundo, tienen su valor absoluto y su valor relativo. Para ustedes una botella de whiskey no vale nada, porque la tienen en su yacht; para mí, que no hubiera podido obtener ni un trago, aunque hubiera querido dar por él todas las pieles de tigre, nutria y ciervo obtenidas, vale infinitamente.

Desde que llegué á América estoy padeciendo de reumatismo, y según un médico amigo, esta enfermedad ha tomado el carácter de incurable, por no poder volver á mi país á tomar whiskey legítimo.

—Permítame, Mister Mac-Gregor, ¿Su médico amigo, es algún hijo del Reino Unido?

— *Yes*, *Sir!* y gran aficionado al whiskey, desde que se curó de la misma enfermedad, por el sencillo procedimiento de tomar dos botellas diarias.

—Usted conspira contra la estabilidad de nuestra bodega, dijo Carlos, y eso no es del todo evangélico.

—Yo creo curarme con mucho menos.

—En tal caso, sería conveniente que tomara el whiskey con agua.

—Eso jamás haré, replicó el escocés: en mi concepto el agua, nos ha sido dada por Dios para

beberla en estado natural, y por lo tanto, mezclada al whiskey, sería descomponerlo; pero á fin de conciliar nuestras opiniones, podemos agregarle una cuarta parte de agua-*ardiente.*

Mbeguá interrumpió aquel diálogo anunciando que los indios querían internarse en los bosques, siguiendo sus correrías y que por lo tanto deseaban despedirse.

XXII

La choza perdida

Todos en el yacht se pusieron de acuerdo para navegar en busca de la choza de los cazadores de nutrias.

El Bermejo distaba unos ciento sesenta kilometros.

Pronto se alistaron y unas horas después navegaban aguas arriba, bordejeando á veces en algunas vueltas del río, porque el viento que soplaba no era del todo favorable.

Habían pasado por enfrente de la villa del «Empedrado», y después llegaron á Corrientes, donde hubo que detenerse por petición de don

José y de Mac-Gregor, quien dijo tenía su familia en aquella ciudad.

León y Carlos los acompañaron á tierra con el propósito de procurarse algunas drogas que hacían falta para la conservación de insectos y pieles, y escribir á sus familias.

Carlos esperaba encontrar cartas de Amalia, y pensaba franquear las que él le había escrito en los días de navegación.

Se acordó de antemano reunirse á bordo al siguiente día, para seguir viaje.

Los jovenes visitaron la ciudad, después de ir al correo y á la farmacia; hicieron cargar á Mbeguá una hermosa cesta de naranjas y *bananas* que compraron en el mercado, y regresaron á bordo sin que ocurriese accidente notable.

Carlos recibió esta carta:

«Dulce Carlos:

¡Cuánto he sufrido con tu ausencia! pero hoy mi corazón está inundado de luz celestial. Recibí tu billete. Sólo á tí puedo yo confiar el dolor que desgarra mi corazón.

Te amo más de lo que podría amar á todo lo más bello que hay sobre la tierra.

¡Tener que vivir lejos de tí es un tormento horrible! Mi alma, mi pensamiento, mi memoria no están sino contigo. Después de muerta, con las

vibraciones de mi espíritu, estaré aun repitiendo un inmortal « ¡Te amo! » — mi cabeza está doliente, y aunque los médicos dicen que pronto estaré restablecida, yo comprendo que no, porque á más de la debilidad que me anonada, tú estás ausente, que eres el único consuelo de mi existencia, próxima á extinguirse.—Tú ignoras lo mismo que León, el sufrimiento que me causan con la ausencia, pero esto me proporciona un melancólico placer.—*A.* »

Carlos pensó en Lamartine y otros autores á que trascendía aquella epístola y contestó á su amada en una extensa carta llena de frases apasionadas. Le prometía regresar y no separarse más de su lado.

Desgraciadamente nos vemos en la imposibilidad de dar al lector la romántica respuesta de que sólo hemos conseguido estas estrofas:

Angel divino, creación de mi alma
que en realidad encuentro convertida,
tú eres la llama de la fe querida
que el infortunio de mis horas calma.
Eres la virgen
de mis plegarias,
eres la estrella
de esa esperanza,
que salva en las borrascas de la vida
al triste bogador de frágil barca!

Mister Mac-Gregor había querido llevar á su casa á los dos jóvenes, con el propósito de presentarlos á su familia; pero ellos se habían rehusado diciendo que les era indispensable pasar la noche en el yacht.



El escocés vivía en una casita en las afueras de la ciudad.

Al siguiente día temprano estuvo don José á bordo, trayendo de regalo dos espléndidos papagayos azules.

Una hora después todo estaba listo para dirigirse al Bermejo, sólo faltaba Mister Mac-Gregor, cuando oyeron el ruido de los remos de una falúa que se aproximaba.

En ella venía un hombre vestido estrictamente al uso escocés.

Carlos supuso que aquél no podía ser otro que su hombre en traje de carácter y prorrumpió en *hurras*.... al reconocer al cazador de nutrias, tan completamente transformado. El, se mostraba

orgulloso de los atavíos de su traje y de la acogida que le hacían los dos jóvenes.

Carlos pretendió hacer una salva con pólvora en honor de Mister Mac-Gregor, pero no había más que tiros cargados con munición, y las descargas sobre una ciudad, podían originar un conflicto internacional.

Preguntaron al escocés de qué manera se podría festejar su bizarra llegada, contestó: que en vez de *gastar pólvora en chimangos*, podían obsequiarle con *brandy* ó cognac.

—No hemos completado nuestra bodega con esas dos bebidas, pero si usted quiere whiskey para variar, podemos ofrecerle un trago, dijo Carlos.

—The devil! mi reumatismo va tan mejorado desde que le probé que acepto gustoso su galante ofrecimiento.

Y mientras que así se conversaba, Cipriano levó el ancla é izó las velas, entrando el «Diana» de nuevo á surcar las corrientes.

A la noche fondeaban enfrente de la isla del Cerrito.

Mbeguá bajó á tierra y trajo á León, como curiosidad encontrada en su excursión, unos huevos de *yacaré* ó caimán y un nido de boyero.

El nido de estas aves afecta la forma de una bolsa que llega á tener un metro de largo y está

formada por un hábil tejido de cerdas y vegetales; el boyero acostumbra colgar su vivienda entre las ramas frondosas del árbol que cae sobre algún riachuelo.

Mientras que el nido no tiene pichones, la entrada de sus moradores es por la parte superior; cuando los hijuelos están ya en estado de volar, los padres abren una nueva puerta en el fondo y á un lado del bolsón.

Mbeguá dijo que había visto en tierra el rastro de una cuadrilla de pecarís, é invitó á don José y á Cipriano á bajar en busca de algunos de esos animales.

XXIII

La serpiente boa

Cipriano tomó su escopeta, don José su palo y su cuchillo y Mbeguá su arco y su carcaj. Se embarcaron en la chalupa, que como era pequeña no podía cargar mucho más peso, y vogando vigorosamente se internaron por un riacho al sitio en que Mbeguá decía haber visto el rastro de los jabalíes.

Cuando llegaron á un paraje sombreado por

grandes árboles que les pareció adecuado para dejar la embarcación, saltaron á tierra y amarraron la canoa á un tronco; juntaron leña de los despojos secos de los árboles, y mientras que Mbeguá preparaba el fuego, don José y Cipriano se internaron por distintos senderos en la espesura del matorral, buscando la pista de los animales que se proponían cazar.

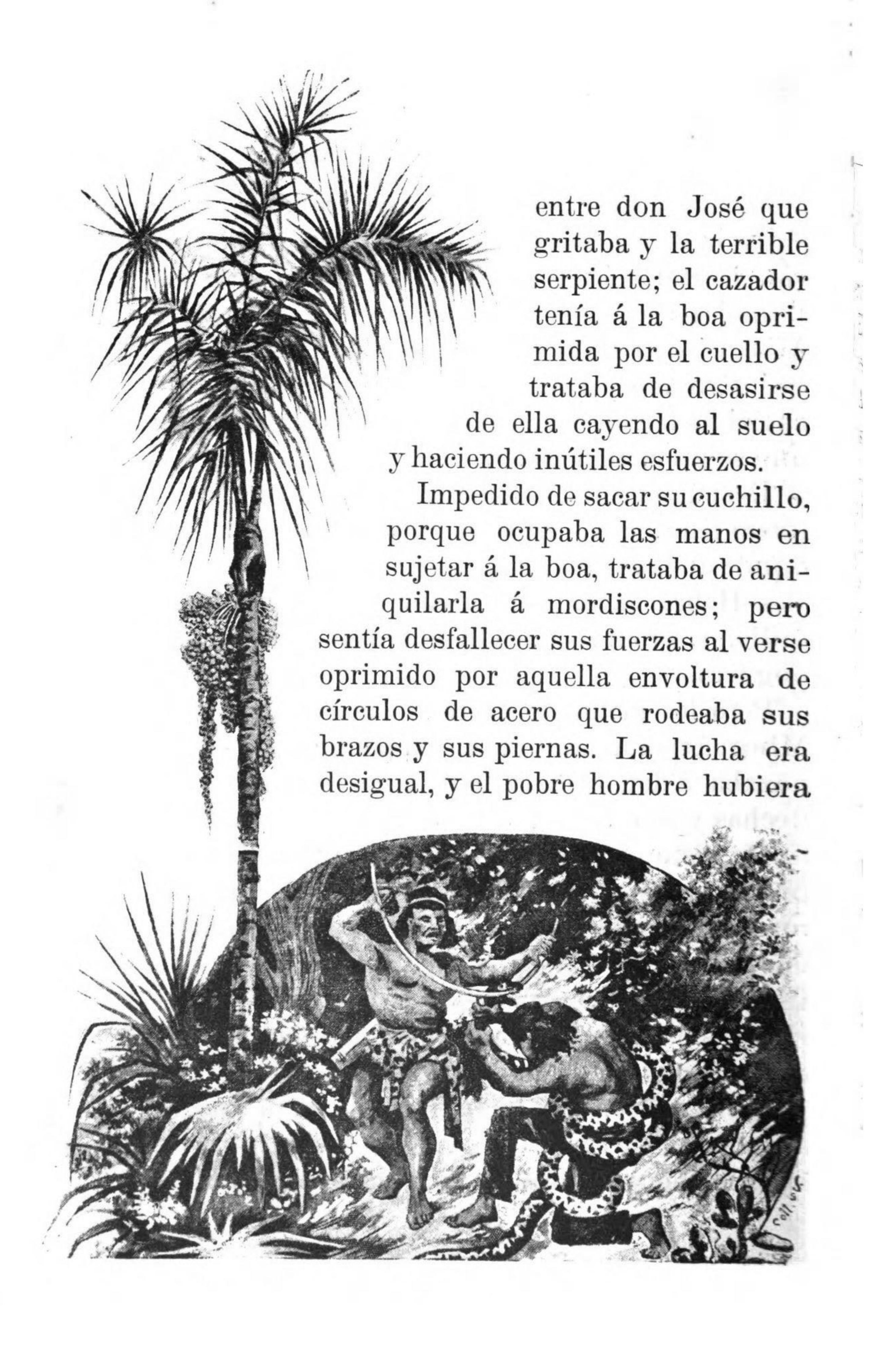
Después de un momento, Mbeguá tenía ya el fuego listo; creyó entonces oir voces del lado por donde andaba don José.

—Habrá encontrado algún jabalí, se dijo el indio, y pronto lo tendremos asándose en esta hoguera.

Pero los gritos se oyeron más claramente, y Mbeguá comprendió que algún peligro grave amenazaba á don José. El indio tomó su arco y sus flechas y se internó por los senderos por donde lo había visto perderse un momento antes. Iba en su protección, y para encontrarlo en medio del matorral tenía que dirigirse guiado por las confusas voces.

El desgraciado cazador de nutrias había removido las pajas buscando al jabalí dormido, y había sido asaltado por una enorme serpiente boa que lo aprisionó con tres fuertes vueltas de su elástico y poderoso cuerpo.

Se había establecido una lucha desesperante



entre don José que gritaba y la terrible serpiente; el cazador tenía á la boa oprimida por el cuello y trataba de desasirse de ella cayendo al suelo y haciendo inútiles esfuerzos.

Impedido de sacar su cuchillo, porque ocupaba las manos en sujetar á la boa, trataba de aniquilarla á mordiscones; pero sentía desfallecer sus fuerzas al verse oprimido por aquella envoltura de círculos de acero que rodeaba sus brazos y sus piernas. La lucha era desigual, y el pobre hombre hubiera

sido al fin vencido, pues la resistencia y los mordiscos no hacían más que exasperar á la serpiente.

El momento era supremo, cuando Mbeguá se presentó en el sitio.

Al estupor del primer instante se siguió el propósito de socorrer al compañero y Mbeguá enarbolando su arco lo atravesó en la abierta boca de la boa. Cuando ésta lo oprimió entre sus dientes, el indio pudo asirse fuertemente de las mandíbulas del formidable reptil y partirlas de un tirón con el esfuerzo de su diestro brazo; sacó entonces el cuchillo y trató de troncharle el espinazo con que oprimía el cuerpo desfalleciente de don José, pero el furioso animal, soltando ligeramente á su primera víctima, se enroscó en el cuerpo del nuevo enemigo.

El indio seguía hiriendo con su lámina de acero y la boa debilitada, profundamente herida y con las mandíbulas rotas, fué pronto últimada.

Cipriano había vuelto mientras tanto á la canoa, y no encontrando á sus compañeros, salió en busca de ellos.

Cuando los encontró, Mbeguá con indiferencia india, se ocupaba en sacar la piel de la boa, esperando que Cipriano se presentase para ayudarle á conducir á don José que estaba mal herido y echaba sangre por boca y narices.

El cuerpo del pobre hombre presentaba una serie de profundas heridas hechas por los anillos opresores de la boa, y la sangre que arrojaba, indicaba ruptura de vasos interiores.

Puede imaginarse el lector la sorpresa que experimentó el viejo Cipriano al contemplar los vestigios de aquella horrible escena, y ver á don José tendido en tierra.

Mbeguá sacó la piel y regresaron al «Diana» sin cazar el jabalí y tristes por tan desgraciada aventura.

Una vez á bordo, León hizo algunos remedios á don José, y Mbeguá estaqueó prolijamente en un costado de la nave la piel de la serpiente que medía ocho metros de largo, por sesenta centímetros de ancho.

Carlos y León pensaron que la enfermedad de don José era grave y convinieron en regresar á Corrientes para entregarlo á su familia.

Mister Mac-Gregor veía que iba siendo cada vez más difícil reconquistar su choza, que probablemente había caido en manos de algún barquero ó en poder de los indios.

El «Diana» regresó á Corrientes; don José fué entregado á los suyos, y al día siguiente volvieron á remontar el Paraná en compañía del escocés, de Cipriano y Mbeguá, proponiéndose entrar pronto en las aguas del Bermejo.

XXIV

Estratagemas

Ocho días después el yacht de nuestros cazadores surcaba á vapor las aguas del Paraguay en las proximidades de la desembocadura del Bermejo.

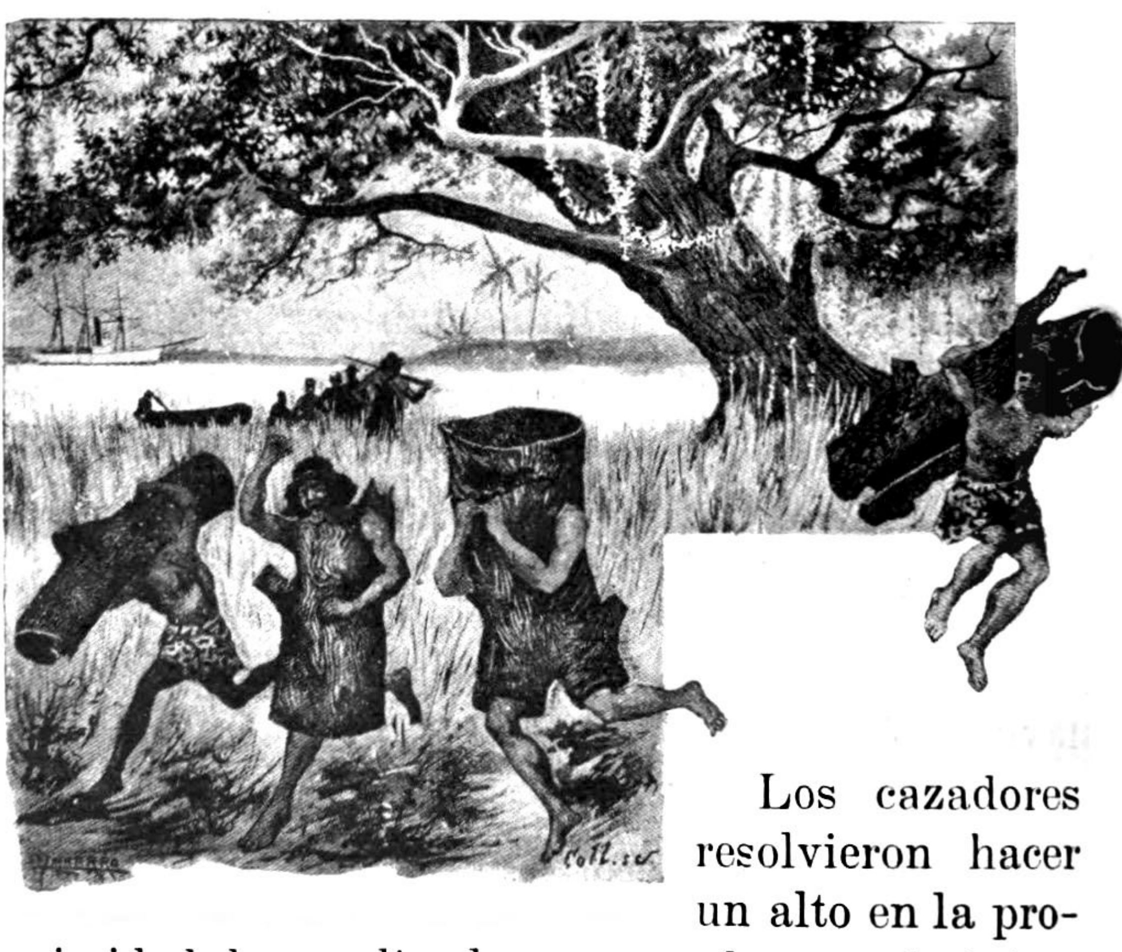
A varios barqueros é indígenas, encontrados en el camino, se les había pedido noticias de la choza perdida, pero nadie podía adelantar los informes dados por el capitanejo Toba.

Era una tarde del mes de Mayo y el sol se había inclinado sobre el horizonte, proyectando sobre las aguas del río Paraguay las gigantescas sombras de los bosques del Chaco, cuando el yacht llegó á uno de los más bellos parajes de la navegación.

El caudaloso Bermejo mezclaba allí sus aguas rojizas con las transparentes y oscuras del río Paraguay.

La proa torció el rumbo hacia Occidente, indicando el caprichoso curso de aguas que los exploradores se habían propuesto visitar, y un momento después, alejándose del Paraguay, navegaban por entre las boscosas márgenes del *Teultaj* de los Tobas.

Al siguiente día notaron que las costas cambiaban un tanto de aspecto; eran las barrancas más elevadas y el canal del río se estrechaba, reduciéndose á la mitad del ancho calculado en la desembocadura.



Los cazadores resolvieron hacer un alto en la proximidad de aquellos bosques, y despues de internarse algunas horas más dirigiéronse á una parte alta de la margen Norte, atracaron el yacht y saltaron á tierra en un paraje próximo á la Isla *Ñacurutú*.

Al aproximarse á unos troncos de árbol que

estaban tendidos en la ribera, vieron que los fornidos leños se ponían de punta y corrían por el terreno hasta perderse en la espesura.

Nuestros jóvenes y Cipriano que nunca habían visto correr los troncos secos, se intrigaron por



aquella extraña aventura; pero Mbeguá explicó el fenómeno diciendo que los indios para espiar y no ser vistos, se fabrican vestiduras de corteza de árbol y se ponen en la ribera acostados simulando troncos, y observando desde allí cómodamente los movimientos de los desconocidos.

Explicó tambien el indio, que otras veces, cuando en la costa hay pajales, espían ocultándose trás de las matas, rodeándose el pecho y la cabeza con hojas y penachos.

No es solamente al hombre blanco al que en-

gañan los indios disfrazándose de plantas. También es recurso de que se valen para cazar, esperando pacientemente en la aguada la llegada del anta, del jabalí ó de la corzuela.

La huída de los troncos hizo, pues, apercibir de que los indios estaban cerca.

Despues de la aventura de la boa y al descubrir esta circunstancia, resolvieron no bajar sin armas en adelante ni separarse unos de otros en el caso de cualquier correría.

Á la oración, una barca á vela se presentó á la vista; se hicieron señales y los barqueros detuvieron su marcha. Dijeron éstos que procedían de la colonia «Victoria», de reciente fundación y que distaba de allí pocas leguas.

Mister Mac-Gregor preguntó por la choza y los marineros informaron que un momento antes habían visto una *hangada* á una legua más ó menos de aquel sitio, y que suponían fuese la que ellos buscaban.

El escocés quedó muy contento por haber tenido noticias de su cargamento. León y Carlos no estuvieron menos alegres, suponiendo que pronto quedarían exonerados de servir á los cazadores de nutrias, y solo Mbeguá mostróse triste, pues si se encontraba la choza regresarían probablemente sin que él hubiese dado un abrazo á su cuñado Pananichí, á quien deseaba saludar, lle-

vándole noticias de Polate su hermana, y de los otros indios que habitaban en las rinconadas de la vasta propiedad del padre de León.

XXV

El Bermejo y el jaguar

El agua bajaba con fuerza y los cazadores pensaron que no tendrían que navegar para apoderarse de la choza perdida, pues si se encontraba á una legua de allí, cuando la vieron los barqueros, muy pronto debía estar en su poder traída por la corriente.

Á media noche Mbeguá y Mister Mac-Gregor, que hacían la guardia, oyeron los bramidos de una cuadrilla de tigres que no debía estar distante, y vieron aproximarse, un enorme camalote.

Esta debe ser la choza, dijo Mister Mac-Gregor, y subiendo en la chalupa con el indio, remaron hasta el punto donde habían visto el camalote.

—Hurra!... hurra!... gritó el escocés al reconocer su choza.

Con el ruido y los gritos se había despertado Cipriano y después los otros tripulantes, que lle-

vando sus rifles en la mano, se asomaron á ver cuál era la causa del barullo.

—La choza perdida! gritó Mister Mac-Gregor, alzando los brazos desde la hangada, donde ya se había encaramado dejando á Mbeguá en la chalupa.

Entonces un acontecimiento desagradable heló las venas y cortó las palabras del cazador bíblico.

Un rugido formidable se oyó bajo sus pies, y en la sombra de la noche, en el fondo negro de la choza, dos focos de luz con rayos de fuego, irradiaron sobre su faz y le hicieron prorrumpir en un grito de espanto.

Encontrábase delante de un enorme jaguar que se había hecho poseedor de su vivienda!

El escocés estaba desarmado y Mbeguá, que había quedado en la chalupa tenía solamente su cuchillo.

Mister Mac-Gregor no podía huir, y en el momento de pararse en la entrada, la fiera dió un rugido y se arrojó sobre él, dispuesta á aprisionarlo con las patas delanteras, mientras se afirmaba en las traseras alzándose formidable del alto del cazador.

Aquel hombre estaba en inminente peligro de la vida si no tenía sangre fría á toda prueba y los compañeros no podían protegerle, no obstante la proximidad, haciendo fuego desde el «Diana»,

porque la obscuridad de la noche les impedía apuntar sobre la fiera.

Pero Mbeguá se aproximó á la hangada y saltó sobre ella empuñando el cuchillo y dispuesto á ayudarle.

En las situaciones difíciles suele la casualidad ó el instinto poner en nuestras manos un recurso salvador y supremo.

Cuando la fiera saltó sobre el escocés con intención de clavarle en el cuerpo los diez puñales de sus potentes garras, él, sujetó al animal tomándolo por las muñecas, y en aquel momento en que estaba el tigre casi despaletado, é impedido de ofender al desarmado cazador, había llegado el indio y su cuchillo.

El cuerpo del tigre fué atravesado á la altura del codillo.

La vitalidad de ese animal es grande, y hubo que ultimarle una vez rendido.

Unos débiles ahullidos que salían de entre la choza, llamaron la atención de Mister Mac-Gregor, que no estaba para bromas, después de aquel percance.

Hay dos tigres más!... dijo el indio, riendo desde dentro de la pequeña choza, pero estos no son tan malos como el otro.

El escocés entró en la vivienda y se apercibió de que el animal que acababan de matar, era una

hembra que había ido á parir entre la choza.

Mbeguá quiso echar los cachorros al agua, pero el inglés pidió por sus vidas, manifestando que se proponía criarlos y remitirlos más tarde, al jardín zoológico de *Regent Park* en Londres.

—Bueno, dijo el indio, pero *el que cría tigres espere rasguños y tarascones!*

— *Oh! devil*... replicó el escocés, yo los mandaré á la reina Victoria antes que puedan hacernos daño!

Amarraron la hangada para esperar la luz del día.

Durante la noche se siguieron oyendo los rugidos de las cuadrillas de tigres, y otros animales salvajes que recorrían la inmediación.

Á la mañana siguiente se habló de regresar á Corrientes.

Carlos quería volver pronto á la estancia de su padre, donde Amalia lo esperaba, pero León deseaba aumentar las colecciones de maderas y de yerbas: faltábanle también algunos ejemplares de avispas y arañas que había ofrecido al doctor Holemberg y que solo podía tomar en el interior del Bermejo. . . .

Desde el principio del viaje se había pensado que la compañía del indio sería muy ventajosa el día que se encontrasen entre los Tobas.

Mbeguá por su parte, deseaba vivamente que

sus señores resolviesen seguir remontando el río y cuando oyó que se discutía sobre el nuevo derrotero, declaró que con los indios encontrados sobre el río Paraguay, había mandado decir á su cuñado Pananichí, que él, y unos cuantos cazadores blancos iban con el propósito de visitarlo, y que seguramente el cacique los esperaba ya en algún paraje próximo.

Pananichí y sus soldados, decía Mbeguá, deben venir á nuestro encuentro, y podremos cazar con ellos y vivir en buena amistad por espacio de algunas lunas.

León declaró que haría todo lo posible por llegar á los dominios de Pananichí.

Carlos, se conformó á duras penas, en alargar el viaje quince días más, á fin de que León realizase su propósito.

El indio se alegró por aquella resolución.

¿Iría con ellos Mister Mac-Gregor?

No se lo habían preguntado, suponían que no, pues estaba sólo, y abandonar su choza nuevamente, hubiera sido perderla.

Esperaron, para saber esto, á que el cazador de nutrias volviese de su hangada, pues era razonable que quisiese dormir á bordo del «Diana,» y tuviese miedo de que durante la noche algún tigre buscase á su dama, y lo encontrase á él en la flotante vivienda.

Cuando todos estuvieron reunidos, Carlos pidió á Mister Mac-Gregor que le explicase como había podido sujetar al tigre por las muñecas.

—Esto que me ha ocurrido, salvando de la muerte por ayuda de un infiel respondió el escocés no tiene fácil explicación bíblica, aunque á los creyentes como yo, los respetaban las fieras, en la antigüedad.

—Sí, dijo Carlos, pero es que los tigres del Chaco no son los de la antigüedad y éstos se tragan con más facilidad á un santo que á un infiel, pues como es natural, los santos tienen carne más dulce y sabrosa.

XXVI

Dejan la hangada

Al siguiente día preguntaron á Mister Mac-Gregor lo que pensaba hacer y si regresaría á Corrientes.

El manifestó que, á pesar del susto que le había dado la tigre, de ninguna manera los quería abandonar mientras hubiese *whiskey* y anduviesen en cacerías por el Chaco ó entre los indígenas,

pues debía corresponder á la atención que habían tenido con él, sacándolo de la costa del Paraná donde se encontraba abandonado y sin recursos.

—La hangada no puede venir con nosotros dijo Carlos.

—Efectivamente, agregó Mister Mac-Gregor, pero yo tengo un amigo en la próxima colonia «Victoria», á quien la entregaré para que la lleve á poder de don José, y seguiré con ustedes hasta el país de los Tobas.

Así quedó combinada la partida y al pasar por la colonia «Victoria» Mister Mac-Gregor avisó á su amigo donde había dejado amarrada la hangada para que fuese á conducirla.

Los cachorros iban en el «Diana», y como esos pequeños animales hubieran sufrido necesidades estando á bordo, el escocés los dejó á su amigo, encargándole de su cuidado,

León quiso hacer igual cosa con los dos loros que le había regalado don José; pues no había inconveniente en recogerlos al regreso, desde que indispensablemente tenían que volver por el mismo camino.

Las pieles quedaron en el yacht y Mister Mac-Gregor hizo regalos de muchas de ellos á los que le había salvado la vida.

A las pocas leguas después de pasar la colonia

«Victoria» empezaron á encontrar indios que se asomaban por entre los matorrales de la costa, espiando los movimientos de la embarcación.

Otros navegaban en canoas de un palo, remando vigorosamente ó dejábanse llevar por las corrientes ó el viento favorable, que aprovechaban formando especie de velas con grandes gajos de árbol, plantados en el centro de sus embarcaciones.

Cuando pasaban cerca de ellos, Mbeguá, gritaba preguntando por *Pananichí*; pero muchas leguas y muchos días transcurrieron sin que hubiese noticia del capitanejo Toba.

León y Carlos, en el tiempo que les quedaba disponible, emprendieron un trabajo que podía servirles de mucho, cuando se encontraran con las tribus indígenas.

Con ayuda de Mbeguá, formularon un vocabulario de la lengua Toba, que es la más generalizada en el Chaco, el que consignamos al final para que sobreviva á una raza viril que va extinguiéndose, cediendo á esa ley del perfeccionamiento, tan explicada por Darwin, Geofroy, Lamark y otros sabios.

XXVII

Historiando

Carlos y Mac-Gregor preguntaron una tarde á León qué número de indios sería el que poblaba el Chaco en la actualidad y pidieron les dijese algo á propósito de las costumbres de los Tobas; antes de llegar á sus dominios.

León habló de esta manera:

Las tenaces y desapiadadas batallas libradas entre las tribus indias en todos los tiempos, y la ambición de los conquistadores, ha sido causa de la disminución de los indígenas chaqueños, habiendo desaparecido por completo muchas tribus.

A fines del siglo pasado se calculaba en cien mil los indios que poblaban estas fértiles comarcas, y las tres razas principales se dividían en infinitos cacicazgos, predominando por el norte los Mataguayos, al centro los Tobas, al oeste los Chirihuanos y Avipones y al este ó sobre las costas, los Guaicurús.

Algunas de las principales subdivisiones de estos pueblos, tales como los Orejones, Chunupís, Avipones, Sinivipes ó Colés, Atalalas, Vilelas, Mocobís y Mbayás, han desaparecido ahora, ó se han vuelto á fundir en las tribus originarias.

En la actualidad la tribu que predomina en el centro del Chaco, es la Toba, raza de guerreros

de fuerte musculatura, de tez cobriza, negra cabellera, que habitualmente cae sobre sus amplias y desnudas espaldas.

Son generalmente imberbes, y los que tienen barba se la arrancan.

Se adornan la cabeza con pequeñas plumas y sujetan hacia atrás su cabellera cuando tienen que mostrarse á extraños ó van á entrar en pelea.

Cuando un indio se casa ó toma mujer, uno de los primeros símbolos de la posesión que ejerce sobre ella, se manifiesta por el tatuaje especial que le practica en la cara.

Esta marca indeleble de la propiedad, establece derechos que ha de ejercer el hombre y sujeta á la fidelidad y á la servidumbre á la mujer.

El guerrero presenta á su cacique la mujer marcada para que éste le reconozca y haga respetar su propiedad.

El varón, caza ó batalla durante el día, de noche duerme sobre sus armas.

La mujer prepara las comidas, teje el algodón silvestre ó el *Chaguar*, junta frutas de los bosques, acarrea el agua desde la fuente vecina, cuida las cabras ó las ovejas que en número limitado la siguen por todas partes y provee en general á todas las necesidades de la familia, sin eximirse del trabajo, cuando se trata de la fabricación de un nuevo toldo.

Si la tribu se traslada de un punto á otro, la mujer carga en *yicas*, bolsa tejida con fibra de Chaguar, todos los útiles de la habitación, incluyendo en la bolsa de red á su pequeñuelo, si aun no marcha por sus pies.

Los indígenas son en general de talla mediana, pero bien organizados y musculosos. Hay entre las mujeres tipos no tan feos como generalmente se supone. Tienen la mano y el pie pequeño, bien formado el seno, y una gran proporcionalidad en el conjunto de formas, lo que, sino constituye precisamente un tipo de belleza, es base de ella.

El carácter es dulce, tímido y reservado, cuando no tiránico ó vengativo; pero estos rasgos y la desconfianza manifiesta que se revela en todo trato con hombres blancos, es natural que se atribuya más bien á la deslealtad y al engaño con que generalmente son tratados por las tropas que guardan las fronteras, los aventureros que se internan en sus tierras, los obrajeros de las costas ó los capataces de ingenios fronterizos, donde ocurren los indios por trabajo, obteniendo como retribución una mala prenda de vestido y se les alimente con los despuntes inservibles de la caña de azúcar. De esa manera quedan estimulados, las más veces, por la civilización, para abandonar sus bosques y su libertad, haciéndose apegados al trabajo perpetuo en bien de otros y sin espe-

ranza de retribución, de término ni de consuelo.

Carlos dijo: —¡Qué apóstoles los que tiene la civilización sobre las fronteras del presunto salvajismo!

León continuó: —con razón los infelices indígenas creen que el hombre blanco es una especie de salvaje propagado para su daño por el espíritu del mal y que sólo por excepción se encuentra un hombre blanco que no sea pérfido, ladrón, traidor y en general, foco de cuanta mala tendencia puede tener una criatura humana!

Y no se diga que hay exageración en estos conceptos.

El espíritu que rigió á los conquistadores del siglo XV ha sido casi invariablemente el empleado hasta nuestros días por los poderes independientes de España y que ambicionaban ensanchar sus dominios, despojando al indígena de su suelo nativo.

Los cazadores, al internarse en el Bermejo, es decir, en el centro de los dominios tobas, conocían perfectamente todas estas circunstancias, y por eso, aunque acompañados de Mbeguá, testimonio viviente de que ellos no buscaban el daño ni la usurpación de lo que por ley natural pertenecía á los indígenas, trataban de tomar todas las precauciones que les sugería su ingenio y sus recursos, á fin de no ser sorprendidos ó asaltados en medio del camino.

Los rifles Winchester y Colt iban cargados, llevando sus caños de reserva bien provistos de municiones; y la ametralladora, aunque cubierta por la lona que servía de funda, estaba lista para hacer fuego en el momento oportuno, con los siete tiros dobles puestos en la recámara y preparada convenientemente.

En esta forma siguió la navegación el yacht «Diana», internándose por las curvas del Bermejo.

El viejo Cipriano dormía poco y esto lo hacía en las horas del día, prefiriendo de noche vigilar, guardando el sueño de los jóvenes cazadores.

Mister Mac-Gregor aseguró que, según la Biblia, muchas veces Dios se vale de los malos para castigar á los buenos, sobre todo, cuando los malos son muchos, y que, por tal razón, era conveniente estar siempre alerta contra un ataque posible de los indígenas.

León que oía, reconociendo el plagio, contestó en son de burla:

—Lo que usted está diciendo será una verdad para los creyentes, que no son más que una legión de ignorantes audaces, pues pretenden no sólo interpretar, sino oponerse á las decisiones de un ser omnipotente y supremo, creado á su arbitrio, gusto y fantasía!

—Entonces, dijo el escocés, ¿usted cree que no hay necesidad de precaverse montando guardia?

— No es eso lo que creo, dijo León, sino que son falsos todos los disparates que se han arraigado en la cabeza de los fanáticos, como por ejemplo; que se castigue á los buenos, valiéndose de los malos, lo que sería simplemente una soberana inmoralidad por parte de Dios.

Mister Mac-Gregor respondió que aquella manera libre de expresarse, era un ataque á sus creencias religiosas y que proponía, amistosamente, se cambiase de conversación y dijese León si sabía cuáles habían sido los primeros navegantes del Bermejo.

— *Ataques* son los que usted hace á la razón, pero, *respetemos todos los cultos*, dijo León, sacando un libro de apuntes á propósito del Chaco, en el que Carlos leyó lo que va en el capítulo siguiente.

XXVIII

Notas de antaño

Según dice el Deán Funes, don Alonso de Vera y Aragón, reemplazante de don Juan de Garay, fundador de Buenos Aires, penetró en el Chaco estableciendo en las márgenes del Bermejo, en el

año 1585, el fuerte de *Concepción de la buena Esperanza*, situada á los 26° latitud Sud.

El nombre de Bermejo se lo dieron al río los primeros navegantes que surcaron las aguas del Paraguay, al ver que en aquel paraje desembocaba un río cuyas aguas de una subida coloración y de un caudal considerable, venían á mezclarse con las azuladas del río principal, surcadas por don Sebastián Gaboto, que buscaba una comunicación directa con el Virreinato del Perú, antiguo imperio de las Incas.

Muchas expediciones posteriores se llevaron al Chaco por los conquistadores, con el propósito de establecer fortines que sirviesen de base á futuras ciudades y estaciones indispensables á la navegación.

El fuerte fundado por don Alonso de Vera, fué, de todos esos baluartes, el que más resistió á los ataques de los naturales llegando á hacerse población considerable.

Pero los malos tratamientos empleados por los españoles contra las tribus vecinas, fueron causa de que éstas se coaligaran y destruyesen la Concepción, lo que consiguieron hacer por completo, el año 1631.

En 1780, don Angel Peredo, gobernador del Tucumán, erigió un fuerte sobre el río Bermejo, y don Joaquín Espinosa llegó á ochenta y una le-

guas de la Esquina Grande, más ó menos por esa misma época.

El primer navegante del Bermejo fué el padre don Francisco Murillo, de la Orden franciscana, en 1780 acompañado de cuatro individuos más, embarcados en una pequeña chalana, entoldada con cueros para defenderse de las flechas de los indios, la que manejaban á pala.

—¿De dónde has sacado todos estos datos? dijo Carlos á León.

—Para algo sirve tener Biblioteca y archivo: contestó el interrogado.

Carlos continuó leyendo:

Once años más tarde fundó este reverendo padre, una reducción en la tribu de los Mocobís.

La segunda empresa de navegación del Bermejo fué emprendida por el coronel don Adrían Fernando Cornejo, vecino de la ciudad de Salta, á su sola costa y en tres pequeñas embarcaciones hechas construir por él, en las juntas del río de Ledezma, con el Río Negro.

El coronel don Francisco Gabino Arias atravesó también por ese tiempo los seculares bosques chaqueños, proponiéndose emprender la navegación del río, y dando una fácil y económica comunicación á los pueblos interiores con las ciudades del Plata.

La tercera expedición importante fué organiza-

da y dirigida por don Pablo Soria,—acaudalado vecino de la provincia de Jujuy, quien obtuvo, del gobierno general de Buenos Aires, un privilegio de patente para navegar ese río en el año 1826.

El, supo realizar su difícil empresa saliendo á las aguas del Paraguay, después de haber levantado planos y un prolijo diario de navegación.

Pero las fuerzas del dictador Francia apostadas en la guardia de Tallí, colocadas expresamente para impedir la navegación del río Paraguay, *sin permiso del señor del territorio*, apresaron á Soria, despojándolo de todos los documentos coleccionados.

Este ataque al derecho internacional y al derecho de gentes, impidió á Soria y á la empresa capitalista organizada en Salta y Jujuy, llevar á feliz término el importante propósito de la navegación.

Después de cinco años de cautiverio, el infortunado explorador publicó en Buenos Aires, con comentarios hechos por el coronel don José de Arenales, una serie de datos tendentes á facilitar la navegación del citado río, y los incidentes ocurridos con las tribus indias.

El año 1854, el coronel don Evaristo Uriburu, propietario de Orán y principal vecino de la provincia de Salta, facilitó don N. Lavarello los medios de explorar el Bermejo, á cuyo efecto hizo construir un vapor: «El Senta».

Lavarello bajó el río con su embarcación cargada de suelas, de lanas y de muestras de los ricos minerales de Santa Victoria, llegando al Paraná sin obstáculo de ninguna clase.

Este explorador navegó, años después, pero respondiendo á otra combinación comercial y nada ha quedado escrito á propósito de sus viajes.

La expedición más importante que siguió á las antes mencionadas, fué la de don Tomás Page, enviado por el Gobierno de los Estados-Unidos.

Llegó esta expedición hasta Pampa Blanca, en el vaporcito «El Yerba». Este sitio dista veinticinco leguas de Orán, donde faltaron víveres y recursos, y el expedicionario norte-americano habría perecido, si no hubiera sido protegido por el malogrado misionero franciscano don José Berenguela.

Don José Ramón Nabea por cuenta de una sociedad de navegación del Bermejo, fundada en Salta, remontó en 1854 las aguas del Bermejo; pero habiendo bajado en un bote á sondar el río, se le sublevó la tripulación en el paraje denominado Palo-Santo ó Senda de Maconuta y fué abandonado en medio del desierto, porque el práctico que dirigía la insurrección se había apoderado de la nave dirigiéndola aguas abajo.

Nabea y sus compañeros fueron favorecidos por los indios, quienes avisaron á don Vicente Uriburu lo que había ocurrido, destacando éste un piquete

de soldados y un fraile franciscano en protección del explorador, que fué felizmente salvado, mientras que los insurrectos bajaban el Bermejo.

El ingeniero Monetta y el comerciante argentino don Emilio Palacios surcaron también las aguas del más caudaloso río del Chaco el año 1862 y en el siguiente don Angel Baso asociado á Lavarello, llegaron hasta el fuerte Rivadavia; pero una emergencia comercial detuvo á Lavarello, é interviniendo el Juez de Comercio de la Provincia de Salta, ordenó la franquía del vapor, bajo el comando del señor Baso, que regresó á Buenos Aires.

Un señor Eastman, inglés, organizó también una expedición y navegó el Bermejo, practicando serios estudios, aunque con menos recursos y menos protección que otros expedicionarios.

Mas tarde figura entre los exploradores un señor Vinei, quien trabajó un canal que en la actualidad lleva su nombre; navegó en canoas el Bermejo, vivió mucho tiempo entre los indios y extrajo madera de los bosques vírgenes, en las proximidades del paraje denominado Piedra-Grande.

El señor Felipe Saravia, practicó también estudios relativos á la navegación del río Teuco, uno de los principales afluentes del Bermejo que cae á una extensa laguna donde los desagües de las crecientes del Pilcomayo y del Bermejo hacen centro común, saliendo luego por diversos brazos paralelos que

forman líneas convexas y caen hacia el Bermejo.

A todas estas expediciones sucedió la iniciada por don Natalio Roldán en 1870, organizándose en Buenos Aires una compañía de navegación, compuesta de fuertes capitalistas y dirigida por don Francisco G. Molina.

Esta ha sido la que más esfuerzos ha hecho y la que más capital ha invertido para navegar el río Bermejo, contándose entre los vapores de su flota «El Viamonte», «El Sol», «El Gobernador Leguizamón» y otros reformados ó construídos expresamente para el fin á que se destinaban.

Aquella lectura, que hacía Carlos gustó á todos, porque los datos históricos son siempre interesantes y útiles.

León, dijo que había tomado muchos de estos apuntes, al Estudio de la Navegación y Colonización del Chaco, practicado por Roldán en la expedición de 1872.

XXIX

Explorando

Después de levar el ancla en la Isla de Ñacurutú y de haber hecho León una abundante colección de plantas, propias exclusivamente de esas

feraces comarcas, siguieron por algunos días remontando el río y levantando un croquis de las caprichosas curvas que forman las corrientes.

Carlos llevaba también un libro de anotaciones, que había empezado al entrar al Bermejo, el que verdaderamente era una cartera de *turista*, porque tenía mezcladas á las poesías que dedicaba á Amalia, las frases del vocabulario Toba, que aprendía con Mbeguá, y pensamientos, anotaciones ó dibujos que tenían que ver con la narración del viaje.

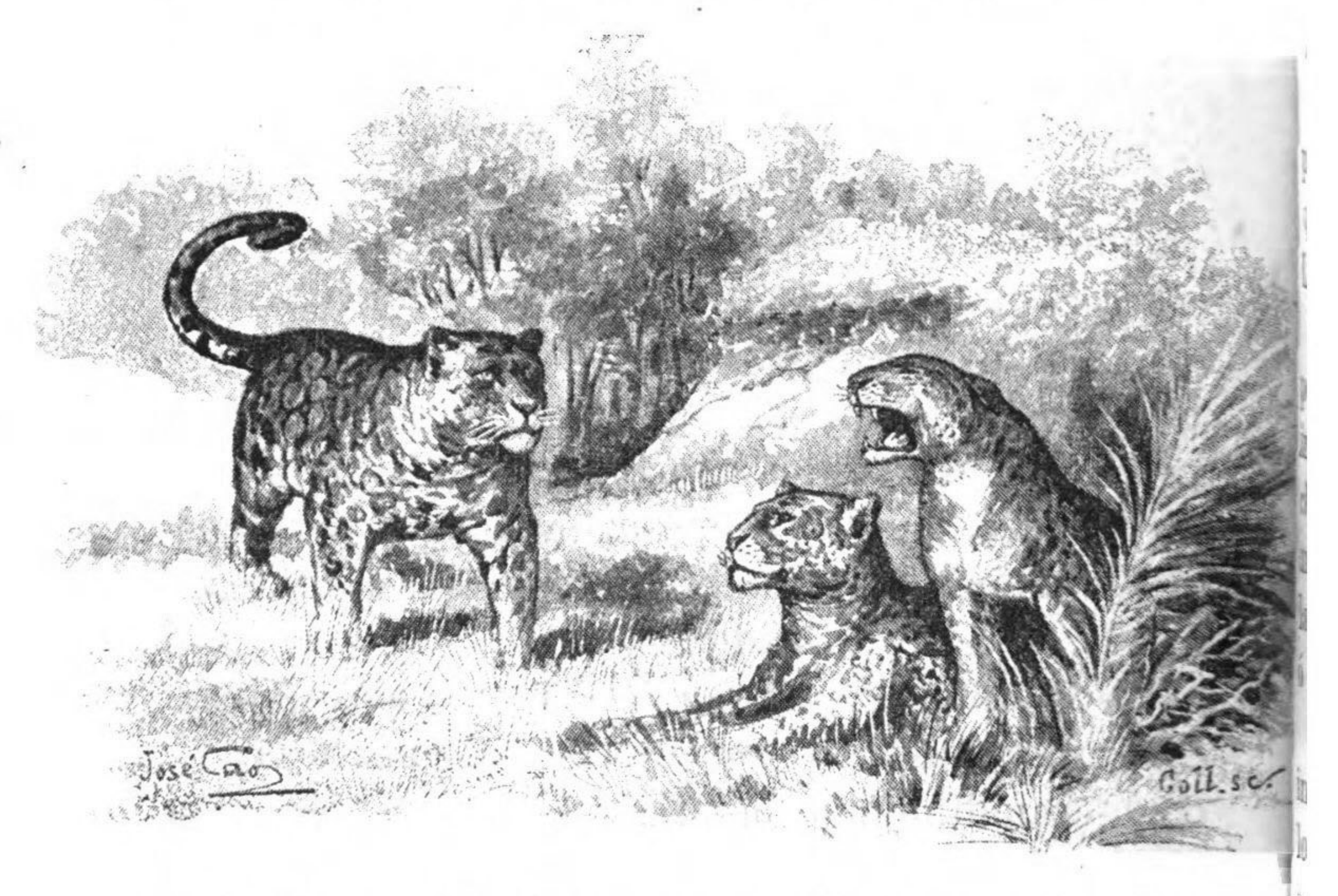
En la última bajada que los jóvenes hicieron á tierra con el propósito de cazar, Mbeguá y Cipriano consiguieron tomar algunas *charatas* y pavos del monte, como asimismo un pequeño cuadrumano, de color bayo, y un mico ó *maquí* negro, de dos pies de altura.

Estos animales, así como los que se obtenían en cualquier ocasión y que ofrecían alguna curiosidad, eran dibujados por León en los cuadernos de Carlos, proponiéndose éste, según manifestaba, dotar á su yacht de la biblioteca y galería más original y festiva que pudiese tener un explorador.

Mister Mac-Gregor había sido retratado en traje de cazador de nutrias y en traje de escocés; D. José, Mbeguá y sus perros, también habían contribuído á engrosar la galería artística del «Diana» y en la popa de la cámara, Carlos colocó

un retrato de León, encuadrado en un marco de alas de murciélago.

Siguiendo la navegación encontraron en ambas costas cuadrillas de jaguares y de pumas que buscaban su presa, rastreando los jabalíes que vienen



á la aguada, los ciervos que se duermen al calor del sol en medio de los espesos matorrales, el corpulento tapir ó el desagradable caimán, que en las horas de la siesta abandona las aguas para tenderse pesadamente sobre los bancos de arena que bordan la ribera.

Hubo oportunidad, en diversas ocasiones, de

hacer tiros más ó menos certeros con los rifles Colt y la ametralladora.

El 1° de Junio, hacía diez días que los expedicionarios se habían internado por las aguas del Bermejo y llegaban á un sitio de palmares y de espléndidos pastos, á propósito para el pastoreo de ganado de toda especie.

Resolvieron demorarse allí unos días, con el propósito de proveerse de carne, de los animales que pudiesen cazar y al mismo tiempo ayudar á León en la recolección de yerbas.

Encontraron vestigios de cosechas practicadas por los indios y se permitieron avanzar un tanto, internándose en los bosques y persiguiendo las *charatas* ó faisanes del Chaco, considerando que una serie de canales que servían de desagüe á varias lagunas próximas, podía servirles de fortificación ó de defensa, en el caso de un ataque inesperado.

El primer día se encontraron los rastros de los indios mezclados á los de los ciervos, las antas, los tigres y otros animales del bosque y como hasta entonces no habían sido molestados por los señores de la comarca, empezó á establecerse una especie de confianza relativa que permitía alejarse más de lo prudente.

Mbeguá sabía, sin embargo, que los indios no estaban lejos, porque los rastros frescos que encontraba en la costa y las hogueras que de pronto se

levantaban en la selva, eran señales evidentes de que no sólo los habían sentido y los observaban, sino que también se tomaban precauciones contra la osada nave, que se internaba misteriosamente.

León pidió á Mbeguá que le explicase cuáles eran las propiedades de algunas plantas que abundan en aquel paraje; y el indio aunque estaba muy distante de conocer las numerosas plantas que allí había le indicó el *Jumi*, cuyas cenizas se utilizan para fabricar jabón (tienen gran cantidad de carbonato de soda). La *Jarilla;* el *Tala;* el aromático *Quebracho* de flores blanquecinas. El *Atamisqui*. El *Abahaí* de amarillentos frutos; la *Carqueja;* el *Laurel* negro y amarillo; el *Vinal*, de grandes aplicaciones medicinales, y la espinosa *Brea*, que crece en verdes y tupidos matorrales.

Carlos preguntó el nombre de un árbol verde, de hojas redondeadas y de vistosas flores, de un color rojizo subido.

Había muchas otras plantas que León deseaba conocer, en medio de aquella alegre y lozana vegetación, pero el indio no sabía dar más explicaciones y prometió informar á los viajeros cuando llegasen á los dominios de Pananichí.

León conocía bastante la flora de aquel territorio, pero no quiso perder los datos de Mbeguá que anotó en su cartera.

XXX

Sanraï y el Petizo

El día tres emprendíase de nuevo la marcha y el yacht entraba en un sitio en que las barrancas estrechan la corriente de las aguas; cuando de pronto, un crecido número de salvajes coronó las alturas inmediatas.

Venían armados de lanzas, de hachas y mazas, de arcos y flechas y algunos de fusiles, que obtienen á cambio de pieles en los fuertes fronterizos. La actitud bélica de los naturales manifestada por una terrible gritería, hizo que los navegantes tomasen precauciones contra la posible lluvia de flechas, que parecía próxima á caer, escudándose detrás de las bordas.

Los rifles estaban listos y con sus dotaciones de munición correspondientes. La ametralladora podía en aquel momento haber hecho una eficaz barrida. Carlos la había ya descubierto y apuntado en dirección al mayor número de salvajes, cuando Mbeguá, destacándose de cuerpo entero sobre la proa del yacht, empezó á pronunciar una arenga en Toba, que hizo cesar la algazara y probablemente inspiró alguna confianza á los naturales, porque muchos de ellos dejaron sus armas en tierra y se sentaron en las barrancas observando

con atención y con sorpresa la marcha de la nave, que remontaba lentamente por el estrecho paso.

Tres indios salieron del grupo principal, sosteniendo con Mbeguá una conversación á grandes voces.

— Piden que se pare el vapor para parlamentar, dijo el indio.

León hizo notar que aquel sitio era malo para detener la marcha del yacht, porque estaban próximos á un remance y porque las barrancas ofrecían á los indios una posición ventajosa para tirar las flechas, en caso de combate.

Dijeron á Mbeguá que se detendrían más adelante y que avisase á los indios, que querían ser amigos y les traían regalos.

Mbeguá gritó de nuevo; y los naturales siguieron por la costa acompañando el vapor hasta seis cuadras más arriba.

El río era allí mucho más ancho y la barranca de menor altura que en el sitio anterior.

Los indios de la margen izquierda quedaban á doscientos metros de distancia y muchos de ellos que esperaban los regalos y las dádivas, viéronse obligados á pasar á nado el río y formar un solo grupo con los de la margen derecha.

El yacht había detenido su marcha y los tres indios principales, pidieron á Mbeguá que bajasen á tierra.

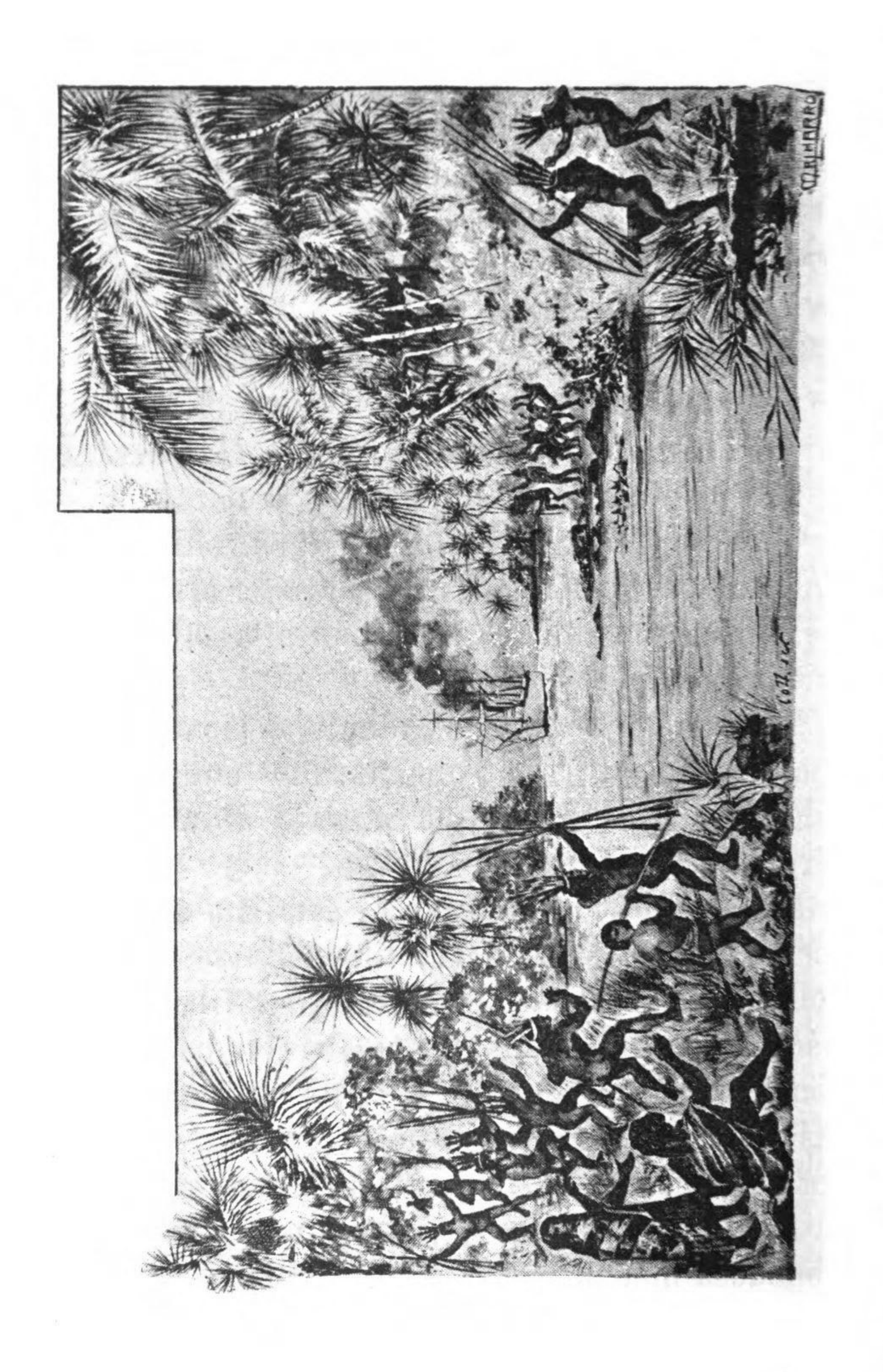
León creyó más conveniente que los parlamentarios viniesen á bordo, pues, como ellos eran sólo cinco hombres, no era estratégico separarse ni abandonar la nave, aunque la actitud de los indios no ofreciese peligro.

Mbeguá bajó solo en el bote del « Diana » y dos de los parlamentarios vinieron con él, desde la orilla, quedando en expectativa en los barrancos de las costas unos ciento cincuenta naturales.

Cuando Mbeguá y los indígenas estuvieron junto al yacht, León, Carlos y Mister Mac-Gregor les hicieron subir sobre cubierta, recibiéndolos amistosamente.

Mbeguá dijo que la indiada pertenecía á un cacicazgo de la tribu Toba, siendo aquellos dos guerreros, uno, el cacique Sanraï y el otro su intérprete Fortunato (á) el Petizo.

El cacique y su intérprete estaban completamente desnudos, llevaban al cuello en forma de collares, unas sartas de cuentas ó de botones de nácar que ellos mismos forman con pedazos de conchas que horadan en el centro y frotan sobre las piedras hasta darles la forma circular; á la cintura un aparejo de piola tejido prolijamente con la fibra del *chaguar* y en la cabeza, sujeta á la abundosa melena negra, algunas plumas recortadas en forma de pequeños triángulos superpuestos.



El arma favorita de los indios es la flecha y los dos visitantes tenían su carcaj provisto de ellas y traían en la mano, á manera de bastones, dos poderosos arcos retobados, de un metro y medio de largo más ó menos, y cuya fuerza de tensión sería bastante para probar el poder muscular y la vigorosa constitución de esos hijos de la selva.

Después de recíprocos saludos, el Petizo habló de esta manera:

— Dice el cacique Sanraï, aquí presente, jefe de la toldería Toba, que está *mariscando* en estos campos, que quiere saber con qué motivo remonta este vapor las corriente del río patrio, *Teultaj*.

León contestó: que esperaba responder á estas preguntas en la primera oficina de resguardo argentino que encontrase, pues tenía la seguridad de que aquel río corría por un territorio nacional y estaba libre á la navegación; prosiguió diciendo, que en cuanto al motivo que los llevaba á aquellos parajes, no se creía obligado á explicarlo á indios, pero que ya que se lo preguntaban con interés, lo explicaría por complacencia.

Dirigióse entonces á la ametralladora que había pasado inapercibida para los visitantes, mostrándola con la actitud de sus manos y dirigiéndose á Sanraï y al Petizo, con tono afable y comedido les dijo:

—Hemos venido á ensayar esta pieza en algu-

nas cuadrillas de jaguares ó de malos animales del bosque, de esos que muchas veces asaltan traidoramente al pobre cazador. Y haciendo girar la boca de la pieza en la dirección del grupo, empezó á contar en voz alta y tocando con el índice las siete perforaciones de la acerada y relumbrante máquina.

Sanraï y el Petizo, que veían abocada en su dirección la temible arma, sin manifestar el pavor que les inspiraba, cambiaron de sitio; pero León, que sólo buscaba producir efecto en el ánimo del jefe de tribu, haciendo girar nuevamente la pieza en dirección opuesta, les dijo en lengua Toba:

— *Micayá idik yalé hiapal sadirá nialatrá Sanraï.*

Lo que más ó menos significaba: «Hermano amigo: nosotros hombres blancos y cazadores como Vds., no venimos á pelear al cacique Sanraï.»

Mbeguá rió expansivamente al oir á León hablar en Toba, é interpretando con más palabras lo que su señor deseaba significar, habló de nuevo preguntando también al Petizo si conocía á Pananichí su cuñado, y si tenía noticias de que él se aproximara á encontrarlos, pues le había mandado un aviso desde las costas del río Paraguay, haciéndole saber que venía con aquellos hombres blancos á hacerle una visita y cazar *yaguaretés.*

El Petizo Fortunato no conocía á Pananichí; pero Sanraï que oía la conversación, manifestó que sabía, por haber hablado con el capitanejo guarda-costas, que pasó por sus tierras de mensajero, la anunciada visita de un cuñado de Pananichí que venía *mariscando* con unos hombres blancos, muy buenos y generosos.

Mbeguá hizo notar, que el cuñado de Pananichí era él y que los hombres blancos eran León, Carlos y Cipriano, que estaban presentes.

De Mister Mac-Gregor, dijo también, que debía ser hombre bueno, porque sus señores le habían permitido embarcarse en la nave. Contó la aventura de la tigra parida, de una manera tan gráfica, que produjo la hilaridad de Sanraï y el Petizo, para quienes probablemente no era gran cosa encontrarse en una noche oscura asaltados por un tigre.

Mbeguá no era en realidad tan íntimo amigo de Mister Mac-Gregor como parecía, desde que lo había visto tomarse, de una sentada, botellas enteras de *whiskey* y de anís del mono, lo que él no había podido hacer desde el alegre día en que encontraron á los cazadores de nutrias.

Rivalidades del oficio!

XXXI

Hermanos de madre

Sanraï miraba de hito en hito á Mbeguá, como si un vago recuerdo lo preocupara en aquel instante, y de pronto echándose encima de éste, lo abrazó efusivamente, diciendo á grandes voces:

—*Kom, kom!... ialé iakayá Fosholek!*

—*Kom, kom!... ialé iakayá Fosholek!*

Estas palabras parecían tener sobre Mbeguá un mágico prestigio.

—*Sanraï miacaiá!.... Sanraï miacaiá!....* decía nuestro indio llorando de alegría, y mientras que en estrecho abrazo se levantaba uno al otro en el aire alternativamente.

Cuando terminaron aquellas demostraciones de cariño indio, Mbeguá explicó á los cazadores que las palabras de Sanraï querían decir: *Kom*, compatriota, de esta tierra como yo, *ialé iakayá* hombre, hermano mío; *Fosholek* el nombre antiguo de Mbeguá, antes de ser cautivo por las fuerzas nacionales; y que él acababa de reconocerse con un hijo de su madre, á quien hacía mucho tiempo que no veía.

Carlos preguntó á Mbeguá si era también hermano de padre con Sanraï, pero el indio echó á broma la pregunta, asegurando que no se

acostumbra hacer esa clase de interrogaciones entre los Tobas, por la dificultad que ofrecería contestar á ellas con propiedad.

León y Carlos hicieron sacar de la bodega unos pequeños fardos de calzones y de camisetas de lienzo que habían comprado en Corrientes para obsequiar á los indios, y dijeron á Mbeguá que aquello era un regalo que traían para sus paisanos y que podía bajar á tierra para hacer la distribución.

Sanraï hizo notar, que siendo él el jefe de la tribu, era conveniente que aquel reparto se practicara con su intervención, observación que encontraron muy justa los expedicionarios, que empezaron por hacer vestir de camisa y calzoncillo de lienzo á Sanraï y al Petizo.

El capitanejo al pretender vestirse, insistió en poner las piernas entre la camisa y los brazos en el calzoncillo; pero el Petizo, que era á más de muy ladino, bastante avezado en costumbres civilizadas, arregló las piezas de ropa á su principal, manifestando que después de tener camisa y calzones, les gustaría recibir de regalo yerba, azúcar y tabaco.

Cipriano preguntó que si después de darles estos tres artículos no pedirían también que les diesen mujer y plata para el bolsillo; á lo que el Petizo contestó, que eso era una necesidad menos

apremiante para ellos, y que Sanraï le ordenaba decir, que siendo tan buenos amigos como se manifestaban y alegre por haber encontrado después de tantos años á un hermano de madre, quería cumplir con los deberes que prescribe la galantería Toba, obsequiándolos esa noche, y los días subsiguientes. con una gran fiesta: borrachera y baile en honor de los recién llegados.

Hizo saber que las mujeres con que pensaba obsequiarlos, siguiendo las tradicionales costumbres, así como la *chicha* y la *aloja*, no estaban lejos del paraje en que se encontraban, pues la noche anterior, la tribu entera había formado su aduar en la ribera, á la sombra de un hermoso bosque, proponiéndose pescar y hacer colecta de frutos silvestres.

Sanraï quiso que todos bajasen en compañía de Mbeguá para dar principio á la fiesta, desde aquel momento, y después de haber hecho amistad y de haber expuesto Mbeguá privadamente, que no había ningún peligro en bajar á tierra en su compañía, León, Carlos y Mister Mac-Gregor se dispusieron á visitar la toldería, no sin antes ponerse al cinto una carga de municiones y echarse al hombro un rifle Colt ó una escopeta.

Cipriano quedó solo á cargo de la nave que había anclado en medio de las aguas y á fin de bajar á tierra los tres indios y los tres caza-

dores, hubo que hacer dos viajes con el bote.

Al llegar á la costa, la indiada rodeó á los blancos. Todos mostraban la más grande curiosidad por ver de cerca y tocar á aquellos tres extraños personajes, que tenían el capricho de vestirse y usar sombrero.

Sanraï y Mbeguá tuvieron que gritar varias veces á la turba para que no molestasen á los cazadores blancos, que eran amigos y venían á visitarlos.

Mister Mac-Gregor, con su pintoresco traje de colores escoceses, era quien mas atraía la mirada de los Tobas, quienes seguramente lo hubieran tomado por mujer, á no haber conocido su sexo por los grandes bigotes con empréstito de patilla que se había dejado al afeitarse en Corrientes y que adornaban su alargada faz de cazador de nutrias.

XXXII

Fiesta entre indios

León, Carlos, Mbeguá, Mac-Gregor, Sanraï y el Petizo Fortunato, distinguidos actores de esta escena, se encaminaron á un bosquecillo inmediato, conversando de asuntos alusivos al caso y

haciéndose entender de la mejor manera que les era posible.

Mister Mac-Gregor hizo notar á Carlos el parecido que según él, tenían aquellas pintorescas selvas, lagos y riachos, con los valles y las florestas que fecundan las aguas del canal de Caledonia, en su país natal.

Al aproximarse al bosque que sombreaba el Aduar Toba, un crecido número de mujeres y de muchachos indios salieron de entre unos toldos de rama ó de cuero y se metieron en otros, ocultándose.

Parecía aquello una conejera humana en alboroto.

Eran indicios de la extrañeza que causaban los hombres blancos vestidos y armados de un modo original, al penetrar casi de improviso entre las familias indígenas.

Muchos perros, cabras y ovejas en fraternal asociación rodeaban los toldos de los indios, que eran por cierto construcciones ligeras.

De los gajos de los árboles pendían piezas de caza, hamacas de chaguar, grandes calabazas en las que guardan la sal ú otros comestibles, también habían yicas ó bolsas de red, que contenían provisiones de pescados y útiles diversos.

Sanraï tenía su toldo, especie de carpa, de un tejido burdo de algodón silvestre, situada en el



centro del aduar. A la puerta de cada choza, ó en el tronco de algunos árboles corpulentos, las mujeres y la chusma preparaban su alimento de pescado ó carne asada y mantenían viva la llama de una pequeña fogata.

Los cazadores blancos fueron invitados á sentarse sobre unos añosos troncos que estaban esparcidos por la inmediación del toldo de Sanraï y bien pronto fueron rodeados por los naturales que quedaron en la costa del río, los que como eran muchos, se habían repartido de á una las piezas de ropa que llevaban sobre el cuerpo. También alcanzó la provisión de camisas y calzoncillos para algunas de las mujeres del aduar, probablemente las más favorecidas y así sucedió en la colmena indígena, que el que tenía camisa, carecía seguramente de calzones, y el que tenía calzones, no podía cubrirse de medio cuerpo arriba.

Pero el indio está habituado á vivir desnudo, completamente, no llevando sobre su cuerpo más que las armas ó los útiles que le sirven para proveerse de sustento; así es que había mucho de

superfluo en aquel regalo. Después de unas horas, pocos eran los que conservaban en uso las ropas mencionadas.

Sanraï y el Petizo habían dispuesto todo lo conducente á que una pomposa fiesta tuviese lugar en honor de Mbeguá y los cazadores.

La *chicha* y la *aloja* eran elementos indispensables de los que no puede prescindir el indio cuando está de fiestas, y entre los que rodeaban el toldo del Cacique habían empezado á circular profusamente, servidas en vasijas toscas de barro, en mitades de calabaza ó cascarones de tortuga, mientras que las flautas de caña, los pífanos, los tradicionales caramillos, cuyo origen se pierde en la más remota antigüedad, y las castañetas de costillas, animaban á los danzantes y á las jóvenes cantoras que entonaban, en coros de música agreste y primitiva, un aire especial y único, el que servía como base musical ó argumento, repitiéndose siempre con alteraciones de detalle, tales como cambio de alguna nota baja por alta, prolongación aguda de final, ú otros movimientos excéntricos, más ó menos difíciles de interpretar por signos musicales.

Cuando los indios hubieron consumido bastante *chicha* y algunas botellas de bebidas alcohólicas que fueron traídas de la bodega del yacht, era ya de noche, y el baile empezó á la claridad de la

gran hoguera formada con los gruesos troncos secos.

Damos á continuación, tratando de conservar su carácter, un trozo de música Toba, especie de



tango, que se baila tocado en la flauta y con acompañamiento de canto.

Cuando empezó la fiesta, unas quince mujeres de las que cantaban, se tomaron de la mano for-

mando un círculo. Mbeguá que había quedado rodeado por éstas, dando manifiestas pruebas de complacencia por la simpatía de que era objeto, empezó á hacer grotescos cariños á las jóvenes danzantes, que giraban y saltaban alegremente en torno del afortunado compatriota.

León, Carlos y Mister Mac-Gregor fueron también invitados á entrar en la móvil cadena, que cerraban estrechamente las bailarinas.

Aquella era una manifestación de cariño que hacían á los exploradores, y éstos sabían que hubiera sido un desaire para Sanraï, sus mujeres y sus brujas, que observaban á la distancia, no aceptar la invitación.

Cuando todos estuvieron entre la rueda, Mister Mac-Gregor dijo á Carlos en inglés:

—Seguramente usted no encontrará aquí, ninguna mujer tan linda como Miss Agnes, aquella célebre compatriota que corría tan bien á caballo y á quien robó un beso!

—Ciertamente, respondió Carlos, porque aquella era una de las más sublimes que he conocido y estas pobres indígenas no tienen más que buena voluntad.

—La voluntad, agregó el escocés, mientras prendía su pipa, es una de las más estimables circunstancias; y las circunstancias ó sea la ocasión, acompañada de la voluntad, hacen que

uno llegue á estimar tanto en ciertas ocasiones una belleza sublime, donde hay muchas bellezas, como una relativa, ó toba, donde hay pocas.

—Usted es verdaderamente un explorador!

—No!..... no hay absolutamente necesidad, por lo que he expuesto, de que usted me saque de mi legítimo rol; soy simplemente cazador de nutrias.

—Pero usted está mirando con ojos de simpatía á este grupo de danzantes indias.

—Es que con el conocimiento que tengo de las costumbres de los indígenas, creo no faltar absolutamente á la recíproca galantería á que quedamos obligados después de este fandango.

Carlos no aparentó darse cuenta de la intención de las palabras del escocés, y como ya había pasado un buen rato, en que se mantenían de pie, recibiendo los cariños más ó menos expresivos de las indias, salieron de la rueda aprovechando un pequeño paréntesis y fueron á sentarse en el tronco en que estaba Sanraï, rodeado de unos cuantos viejos.

Preguntaron al escocés que analogía tenía este baile con los bíblicos.

—*The devil!*... Este es un acto de idolatría en que los Tobas se conducen como el pueblo de Moisés cuando quedó solo cerca del Monte Sinaí y se entregó á la adoración de ídolos y dioses falsos.

— Pero lo que aquel pueblo adoró fué un toro.

— Muy cierto! y en este caso se trata de varios... exploradores, lo que viene á ser casi igual.

XXXIII

Original presente

Cuando estuvieron en el grupo, Sanraï habló al Petizo y éste á los cazadores de la siguiente manera:

« Dice el cacique Sanraï, que como quiere obsequiar á los amigos blancos del modo que es costumbre en su pueblo, ha dado orden de que las mujeres que han bailado pasen al pajal inmediato; y espera que cada uno irá á ese sitio y elegirá la ó las mujeres que le parezca bien, para que durante la noche sea cuidado en la hamaca, manteniendo, las indias, el humo de la pequeña hoguera que por costumbre tradicional sirve para ahuyentar los mosquitos ».

Llamó la atención á León y á Carlos aquel presente, é interrogaron á Mbeguá á propósito de lo que debían hacer.

El indio que estaba bien al cabo de aquella práctica nacional, les dijo con voz convincente y decidida:

—*Patroncito!... eligiendo china, lindo... Sanraï contento!... noche fría!... india Toba güeno para espantar mosquitos!*

Carlos no pareció conforme con la explicación, hizo un exordio que importaba una protesta y dirigióse al yacht.

Mister Mac-Gregor manifestó extrañeza por aquella conducta, declarando que él no se contrariaba absolutamente, aceptando una galantería india de gran significación y que no se hace entre Tobas, más que en casos excepcionales, como prueba de grande y cordial estimación.

—Este, Mister Carlos, dijo el escocés, debe estar enamorado platónicamente! ..

Mbeguá lamentó que Carlos se hubiese disgustado por el obsequio que su hermano de madre pretendía hacerles, y el Petizo Fortunato, tratando de facilitar á León una actitud honrosa en aquella circunstancia, le dijo lo siguiente mientras se dirigían al pajal, donde estaban las mujeres acostadas, formando extensa línea.

—Yo, señor, hace quince años que vivo entre los Tobas, soy desertor de las milicias fronterizas de la provincia de Santiago del Estero: me crié en una estancia que pertenecía á un tal don Agapito, hombre muy malo y bellaco, que me entregó á la justicia, porque en una ocasión se me extraviaron las mulas que estaba encargado de cuidar y que

fué imposible encontrar después de muchos días de campearlas, porque unos matreros se las habían llevado á los toldos de los indios Chirihuanos.

Perseguido, por esa y otras causas que después le he de contar, vime obligado á abandonar mi pago y mi familia, y aquí vivo como infiel entre estos indios, sirviendo de intérprete cuando la casualidad trae á estas tierras á algún cristiano ú hombre blanco.

León preguntó al Petizo, ya que conocía las costumbres indias, si era indispensable elegir mujer para quedar bien con Sanraï.

El Petizo contestó:

—Es esa, señor, la más grande prueba de amistad que puede darse á un forastero, y desairar al cacique, sería desairar á la tribu toda, dando lugar al más profundo resentimiento.

XXXIV

Alegorí

De manera, dijo León, ¿qué es necesario decidirse? ¿Cuál le parece que debo tomar para llenar esas formalidades de etiqueta?

—Alegorí, la hija de Sanraï, dijo el Petizo, es

la más linda muchacha de esta toldería, (después de la que yo tengo). Es joven y bonita, porque aunque Toba, ha sido cuidada del sol y de las intemperies, y es la que le ha hecho más cariños durante el baile.

León recordó entonces una joven de estatura mediana, de suaves y proporcionadas formas, que figuraba en la cadena de las danzantes, la que varias veces, al aproximarse, le había pasado ligeramente la mano, rozando los pliegues de su chaqueta de cazador.

Recordó también una suelta y juvenil cabellera negra que en medio del baile flotaba con gracia primitiva, cayendo en cascadas de azabache sobre unas espaldas redondeadas, y un busto original que aparecía á cada momento en la cadena, alumbrado por la luz rojiza de la hoguera.

Después de lo que le había dicho el Petizo, León no tenía duda de que Alegorí era aquella joven de grandes ojos negros, cuya dulce mirada se había encontrado más de una vez con la suya.

Entre tanto habían llegado al paraje ocupado por las mujeres.

En la primera mata estaba acurrucada una india mal cubierta por una piel de ciervo.

En la segunda, se hacía la dormida otra mujer.

En la tercera, envuelta entre una manta de grosero tejido, como un niño en su cuna, estaba

una muchachuela que el Petizo dijo ser hermana menor de Alegorí, y ésta seguía á las tres anteriores en el sitio próximo, y medio envuelta en una sobada piel de tigre. El Petizo se la hizo notar á León, que no la había reconocido.

Aproximáronse entonces á la hija del cacique, le ofrecieron la mano para levantarse, y ella, dejando ver los blancos dientes de su rojiza boca, poniéndose ligeramente de pie, dijo, con gracia unas palabras en Toba, que debían significar más ó menos:

«Te agradezco. A mí también me gustaba.»

Y diciendo esto, se tomó de la mano de León, quien pensaba que una hospitalidad análoga se ofrecía en la antigüedad á los peregrinos y que gracias á los diferentes grados de civilización, se puede en la actualidad estudiar las costumbres que la humanidad ha presentado desde el principio de su sociabilidad.

Siguieron lentamente su camino y encontraron otras indias, las que, si bien guardaban alguna distancia entre sí, movidas tal vez por recíproco pudor, esperaban la visita en posición provocativa, tratando de seducir con su actitud ó de atraer al elector con sus encantos físicos puestos de manifiesto. (I)

(I) En esta parte, como en todo lo que se refiere á costumbres, el autor no hace fantasías, copia del natural.

Tocaba la elección de mujer á Mister Mac-Gregor.

—Y bien... dijo, ya que la obsequiosidad Toba se hace extensiva hasta mí, no tengo inconveniente en tomar esta otra india, para que cuide de espantarme los mosquitos.

Preguntóle el Petizo, al verle elegir la más gorda de la tribu, si él era partidario de las mujeres gruesas.

—¡*The devil!*.. dijo Mister Mac-Gregor,—pasa tantas indigencias el pobre cazador de nutrias, viviendo solo y perdido, por las orillas de los lagos interiores, y hace tanto tiempo que no gozo con tranquilidad de las delicias que ofrece la vida de familia, que puedo haber perdido ó haber desviado mi gusto un tanto al hacer la presente elección; pero creo tener razón fundada para insistir en ella. Siendo esta mujer tan grande y gruesa, y yo, más bien flaco y enjuto de carnes, es seguro que, si durante la noche se duerme en vez de cuidarme de los ataques de mosquitos, éstos la preferirán á ella, y de todos modos yo me habré salvado de sus lancetas.

Mbeguá había elegido también su china y como poseedor del idioma no había necesitado de intérpretes, haciendo por sí un dialogado examen gráfico en cada caso que se le presentó.

El grupo regresó á la *toldería*. La gran ho-

guera se había apagado; los principales personages dormían en sus toldos después del beberaje; otros formaban grupos con sus perros y sus mujeres acostados al reparo de un tronco ó al calor de un fuego moribundo.

Sanraï se había retirado á su toldo en compañía de sus dos mujeres y á aquella hora avanzada de la noche, sólo se oía en el Aduar de los Tobas el grito estridente de los buhos, mezclado al balido lejano de los ciervos, al bramido del tigre que ronda en las espesuras buscando su presa, ó los ruidos peculiares del bosque.

Las parejas se perdieron en las sombras.

León se embarcó en el yacht, acompañado de Alegorí, y el silencio del sueño sucedió á aquellas escenas propias de cazadores en los bosques ignorados del Chaco.

XXXV

Nueva aurora

Al clarear la luz del día siguiente, disipándose en el bosque y en el cielo los negros cortinajes de la sombra, empezaron á esmaltarse por Oriente las nubes de zafir, y los bosques mostraron sus múltiples tonalidades de color verde.

El astro del día se anuncia allí, llenando de luz y de armonías cuanto hay sobre la tierra.

Las aves cantan formando magistrales himnos, sin ritmo ni cadencia, y las criaturas todas despiertan del sueño que ha reparado sus fuerzas en las horas del silencio, porque el canto de las aves y el anuncio del día, son el toque de diana para los moradores de la selva.

Algún indio se pone de pie y alza al cielo los brazos, desperezándose para ahuyentar el sueño, aviva la hoguera y examina sus armas buscando con la vista, desde el toldo, la pieza de caza que ha de ser su primicia de ese día.

Una charata, una corzuela ó un conejo que, confiado, se aproxima es apresado luego por el señor del suelo.

Alegorí se había despertado también á aquella hora.

La suave claridad de la mañana, le permitía contemplar los extraños objetos que rodeaban su blando lecho, situado en el interior del yatch y defendido por un ligero tul, color flor de durazno.

La luz se avivaba más y más á cada instante, y la joven india, absorta entre las maravillas de la cámara del barco, se creía transportada por un hado misterioso á regiones superiores, de lo fantástico y desconocido.

No se resolvía á cambiar de posición, ni á in-

corporarse en los blandos cojines, temerosa de que aquella realidad que parecía un ensueño, fuese á disiparse al más leve movimiento.

Un buen rato pasó sin que nada interrumpiera el sueño de León y de Carlos.

La india estaba inmóvil y absorta en la contemplación de aquel recinto estrecho. Los cuadros, las varillas doradas y las pinturas que adornaban las paredes de la cámara, la habían llenado de asombro; de pronto hizo un movimiento levantando el brazo. Trataba de examinar un objeto que tenía en frente: el brazo y el movimiento se reprodujeron en la tersa superficie de un espejo.

¿Sería aquella tal vez una ventana que comunicaba con otra cámara, donde otra joven india estaba reclinada en un idéntico lecho, adornado con colgaduras de gasa, color flor de durazno?

Alegorí intentó salir de la duda, moviendo de nuevo su pequeña mano, y mirando de soslayo, vió que la otra le hacía también la misma seña.

Aquella joven era india como ella, é indudablemente había sido elegida por alguno de los cazadores blancos en la noche anterior: se incorporó en la almohada de plumas, deseosa de reconocer á su vecina.

El movimiento de aquella respondió idénticamente al que acababa de hacer, y entre la realidad y el engaño se cambió una sonrisa.

Así también en nuestra vida la realidad suele ir velada y solemos sonreir alegremente, delante de una ficción engañadora!

El silencioso coloquio fué interrumpido por el argentado son de la campana del reloj del yacht y la hija del bosque que al creerse acompañada de una amiga se había empezado á familiarizar con tanta maravilla, se sorprendió de nuevo.

Abrióse entonces una pequeña puerta, y un viejo de largas barbas y de rugosa tez, completamente desconocido para Alegorí, se presentó en la estancia, trayendo en las manos dos vasos color leche, que debían contener algún precioso néctar, porque el viejo avanzaba lentamente, cuidando no verter el líquido.

El fantástico mago de las barbas largas y de los humeantes vasos, era el buen Cipriano que se presentaba con dos tazas de té á despertar á sus señores.

Un momento más tarde, Alegorí gustó también, en taza de porcelana, el néctar originario de la China.

León y Carlos hicieron llamar á Mbeguá para entenderse con Alegorí, pero el indio no había dormido en su cucheta y Cipriano, presumiendo que no estaría lejos, lo llamó varias veces con el cuerno de caza.

Mbeguá había dormido en el pajal, lo mismo

que Mister Mac-Gregor, y recién después de media hora pudo saberse de ellos.

Carlos dijo á León que él no había querido elegir mujer en la noche anterior para que le espantase los mosquitos, porque no suponía que en la tribu hubiese una india tan bonita como la que tenía delante.

—Has pensado como la generalidad, dijo León, suponiendo que no puede haber indias ó indios, si no horribles y aquí tienes una prueba de lo contrario.

León y Carlos, se habían levantado, y se entretuvieron en ataviar á Alegorí, que cambió complacida la sobada piel de tigre por una hermosa manta de viaje con que Carlos la obsequió.

León sujetó la manta á la cintura de la joven con el cinturón de cuero de su traje de cazador, el que se ajustaba al lado derecho por una gran hevilla de plata, de forma oval.

Una punta de la manta pasaba por la espalda y era asegurada á la otra sobre el hombro izquierdo.

De entre las chucherías que habían llevado para regalar á los indios, sacaron una sarta de grandes cuentas azules, con las que hicieron collar y pulseras á la hija de Sanraï, concluyendo de engalanarla, sujetando su pelo en lo alto de la cabeza por medio de un peinado que, según Carlos, tenía

reminiscencias de griego, á causa de una vincha de cinta granate con que el naturalista concluyó el adorno de su elegida.

Al llegar Mac-Gregor á bordo y ver que todos se ocupaban de Alegorí, dijo que si él hubiera sido pintor, habría hecho un cuadro para la galería del yacht, copiando aquella escena en que Alegorí representaba la América Meridional, y León, Carlos, Cipriano y él, formaban el grupo de europeos que toman posesión de sus vírgenes comarcas por medio de pacíficas conquistas.

XXXVI

Herborizando

Hacía ya tres semanas que habían entrado al Bermejo.

León pensó que podía utilizar á Alegorí y á Mbeguá para adquirir, de los indios, nociones á propósito de las plantas medicinales y á fin de aprovechar el tiempo en coleccionar mayor número de plantas de las de aquella comarca, dió á Cipriano y á Mister Mac-Gregor, algunas explicaciones sobre la mejor manera de disponer

las plantas entre láminas de papel secante, que llevaba á propósito para formar su herbario.

Todos estaban dispuestos á ayudar y á acompañar á León en la excursión al bosque y cargando sus armas y los útiles indispensables para hacer una buena colecta de yerbas y flores, salieron á medio día seguidos de curiosos, que se turnaban con los de la costa del río, pescando ó tejiendo, pero observando siempre los movimientos de los blancos.

Alegorí seguía de cerca á León y se había convertido en utilísima ayudante.

Carlos y Mbeguá formaban otro grupo y herborizaban acompañados por Mac-Gregor, para quien ninguna especie de planta le llamaba tanto la atención como la flor del aire.

El escocés no perdía la ocasión de tirar tiros, cuando veía algún ave ó algún animal al alcance de su escopeta.

A la tarde, liaron bien los paquetes de plantas y de yerbas, conduciéndolas á bordo.

Mac-Gregor vió de pronto un cuadrúpedo de un tamaño menor que el de un gato, de color blanco, de pelo bastante largo y cola en forma de plumero, conocía bastante los animales de aquella zona y pensó que aquel debía ser un *zorrino*, pero el blanco de la piel lo intrigaba, pues creía que no los había de ese color.

La mansedumbre del animalito le permitió aproximarse sin hacer fuego con la escopeta. Pensó que si le obtenía vivo, podía hacer un presente interesante á León y bajando su arma se aproximó á él tratando de tomarlo por la cola.

Estaba ya á dos metros de distancia, cuando una especie de niebla le rodeó y un fétido olor á almizcle le hizo reconocer que era en realidad un *zorrino*.

Pero Mac-Gregor no desistió de su intento, y el zorrino en vez de correr continuaba su defensa.

El escocés aproximóse y alzándolo por la cola para no ser mordido, se dirigió al encuentro de León.

Llamó la atención de todos el color del animal.

Carlos preguntó si aquel pertenecía á una especie diferente de la conocida vulgarmente y que es de color oscuro con dos rayas blancas en los costados del lomo.

León contestó que era de la especie vulgar, sin embargo de ser, albino por excepción, como los hay entre zorros y otras especies de animales.

—Si esta no es una especie nueva, dijo Mister Mac-Gregor, no valía la pena de que yo me hubiese puesto á tomarlo vivo!.... y arrojándolo entre los perros de Mbeguá, se dispuso á seguir la marcha acompañado de todos.

—¡Mister Mac-Gregor!....dijo Carlos; usted

nos va á asfixiar con ese destestable olor á zorrino!

—¡*The devil!*.... piense usted, mi querido que si mis ropas huelen de esa manera, es por amor á la ciencia!

—Podrá eso ser verdad, pero en tal caso, ese amor no nos evitará una jaqueca.

— El amor es siempre causa de nuestro males! dijo el escocés.

Los perros de Mbeguá, que habían dado muerte al zorrino, recibieron también nuevos riegos de perfume, así es que al ponerse delante del grupo de cazadores, el olor se hizo insoportable para todos y hubo que pedir á Mister Mac-Gregor que se pusiese aparte ó viento abajo, para poder continuar.

Mbeguá tuvo que llamar á sus perros y quedarse á retaguardia.

Cipriano no quiso admitir á bordo esa noche á Mister Mac-Gregor ni á Mbeguá, á quien seguían de cerca los perros, y Carlos les anunció que quedaban en cuarentena y en tierra, hasta nueva orden.

El escocés y Mbeguá no se contrariaron por esa resolución, pues según decían, en tierra eran bastante bien atendidos y los mosquitos los respetaban durante la noche, gracias á las obsequiosidades y cuidados de sus damas.

— Mi gorda, decía Mac-Gregor, es ya una gran

aficionada al whiskey y estoy seguro de que si permanecemos aquí más de una semana, aprenderá á hablar en inglés, lo que como es natural, la levantará cien codos en mi consideración.

Alegorí regresó siguiendo á León y trajo el yacht un precioso ramo de flores de *Lippia* ó cedrín silvestre, las que depositó en una pequeña mesa colocada entre su lecho y el del naturalista.

XXXVII

Los trabajos de un pobre

El Petizo Fortunato vino á bordo esa noche enviado por Sanraï, á informarse de la salud de los cazadores, de cómo estaba la hija del cacique y de si habían encontrado en la excursión practicada, las presas que les era indispensable, así como las plantas que deseaban coleccionar.

Los indios son muy ceremoniosos y llenos de atenciones cuando quieren quedar bien, así es que el Petizo manifestó que él, como buen intérprete, debía hacer diez razones de cada una de las cuatro que le había dado Sanraï, y que, por lo tanto, correspondía al ceremonial indio y á la galantería diplomática Toba, se contestase aquella misión

ó visita con tantas razones como las que él daría en su embajada.

León, que conocía perfectamente lo que significaba alargar *razones* por un parlamento indio, propuso al Petizo que suprimiese esa inútil disertación, pues estaba perfectamente convencido de su elocuencia, lo que al regresar, podía manifestar de su parte á Sanraï.

—No tendría inconveniente en complacer á usted, dijo el Petizo, dándole sólo las razones principales y excusándome de desarrollar las diez ó quince que de cada una de esas debería deducir, pero no puedo regresar á presencia de mi jefe inmediatamente, porque él comprendería que yo no había cumplido con mi deber.

Si es por hacer tiempo, dijo León, el caso no presenta mayor dificultad; puede seguir contando las causas que tuvo para venirse á los indios; cuento que ya había empezado la noche en que fuimos juntos á elegir mujer.

La cordialidad de León y un frasco de anís traído por Cipriano, acabaron de disipar los escrúpulos del Petizo, que parecía muy dispuesto á hablar la noche entera.

Carlos y Cipriano se acercaron al grupo, y el intérprete toba comenzó de esta manera:

—Pues señores: ya que ustedes se interesan por conocer los tristes percances que me obliga-

ron á abandonar mis pagos y á venir á hacer vida común con los indios, seguiré el relato de mi historia por donde lo había cortado. Es el caso, que después que el bellaco de don Agapito, causa de todos mis males, me entregó á la autoridad por la pérdida de las mulas, y como yo era todavía muchacho, me colocaron en casa de un obrajero que, cuando me mandaba al pueblo por los vicios, me hacía ir á pie por temor de que me huyese llevándole algunas bestias de su propiedad.

Yo, trataba de cumplir lo mejor posible las órdenes de aquel hombre, que aunque era muy desconfiado, y no era tuerto, parecía menos malo que mi antiguo patrón.

El pueblo distaba del obraje unas ocho leguas, las que tenía que salvar, durmiendo una ó dos noches en los montes á la orilla del camino.

El viaje al pueblo en busca de los vicios, se hacía cada mes, y yo había ido ya varias veces, teniendo la suerte de cumplir bien con lo que se me encargaba; - pero mi mala estrella me seguía por todas partes, y un día que venía cargado con las provisiones para mi patrón, me salieron al encuentro unos arrieros á quienes se les había perdido una mula en la noche anterior, y me pre guntaron:

—Dígame mozo, usted que viene solo y cor-

tando caminos ¿ha visto una mula, que se nos ha perdido anoche?

—Paisanos, les contesté, como vengo á pie, he tenido ocasión de ver el rastro de una mula que parecía extraviada y la que debe ser de pelo tordillo, tuerta del ojo derecho y renga de la pata izquierda.

—¡Esa es nuestra mula!... dijeron los arrieros, y es necesario que nos digas donde la has escondido.

—Yo no he visto ese animal, respondí, sino su rastro que se perdía por otra senda del bosque que ha quedado ya lejos de aquí.

Traté de explicar á los hombres, como era que sin ver á la mula podía afirmar que era tordilla, tuerta del ojo derecho y renga de la pata izquierda; pero nada convenció á aquellos malvados de la verdad de mis afirmaciones. Se apearon, me quitaron las provisiones que traía para mi patrón, me desnudaron, poniéndose el más rotoso mi chaqueta y mis calzones, y no contentos con esto, me atrincaron y me subieron sobre una mula, para llevarme, según decían, y entregarme por salteador de caminos á la primera autoridad que encontrasen.

Al principio traté de oponerme con palabras ó por fuerza, á que se cometiera conmigo aquellas tropelías, pero los arrieros eran tres, y lo que con-

seguí con mis resistencias fué, que á más de todo me propinasen una soba.

Era yo hombre perdido, pues, aunque me dejasen en libertad ¿cómo me presentaba en casa de mi patrón, sin yerba, azúcar ni tabaco?

Mi suerte había sido jugada: no tenía más que dos caminos á seguir; estábamos próximos á las fronteras del Chaco.

Me dejaba entregar por segunda vez como ladrón á la justicia, ó me escapaba en la noche y me iba á parar á los toldos en unas pocas jornadas.

Mi resolución se hizo, y esta fué la primera vez que me decidí á robar.

Durante la noche y después de mucho trabajo, pude desasirme de las ligaduras y apoderarme de la mejor mula que tenían los arrieros.

No me pude aviar de *recado*, porque todos habían hecho camas en sus aperos; sólo conseguí sustraer al arriero principal este cuchillo de plata, que conservo como recuerdo de aquella funesta noche.

Salté en pelo en la mula y me dirigí al desierto, poniéndola con rumbo al naciente cuando la aurora venía mostrando su primera luz.

La marcha de los tres días que siguieron, fué bastante forzada para que los arrieros, que indudablemente me seguían, pudiesen alcanzarme.

Después... estaba ya entre los indios y aunque al principio, cuando no sabía la lengua, fuí tomado por bombero ó por espía de los cristianos, no tardó en desvanecerse la sospecha.

Me junté á unos indios meleros y recorrí con ellos estos bosques en todas direcciones, buscando los troncos añosos y huecos, donde se oculta la sabrosa miel silvestre, que fabrican variadas especies de avispas. Pasé más de un año siguiendo el rumbo que determina el vuelo de la trabajadora *koilalaláy* (avispa rubia), y fabricando bolas de cera, que cambiábamos después por otros objetos en las tolderías de los indios fronterizos.

La raíz del *koro*, que desenterrábamos á veces, las hojas de *coca*, los cogollos de palmera, ó los granos de maíz tostado, mezclados á la miel, eran nuestro alimento cotidiano.

¡Hace ya quince años!... nada he sabido desde entonces de mi familia, ni de mi madre, que me creerá muerto sin duda..... á veces pienso, cuando estoy solo en mi toldo, que todo aquello fué un sueño.... es que ahora soy más indio que cristiano!

Carlos se había impresionado con la historia del Petizo Fortunato, y le ofreció sacarle de sus infortunios y de entre los indios y costearle los medios de volver á su pueblo y á su casa.

El Petizo agradeció aquellos ofrecimientos; dijo

que indudablemente su madre había muerto hacía ya tiempo y que difícilmente encontraría, después de tantos años, alguna persona que lo reconociera.

Agregó que tenía también su mujer y sus hijos en la tribu Toba del cacique Sanraï, prefiriendo vivir entre indios el resto de sus días.

Cipriano pidió permiso á León y á Carlos para interrumpir la conversación con una pregunta y dirigiéndose al Petizo le pidió que le explicara cómo era que si él no había visto la mula de los arrieros, podía saber que era tordilla, tuerta del ojo derecho y renga de la pata izquierda.

El Petizo contestó: que sabía que era tordilla porque el animal, al verse libre de la recua, se había revolcado, dejando en la arena muchos pelos del lomo y del cuerpo, que denotaban ese color.

— Está bien, dijo Cipriano. Pero ¿cómo pudo usted saber que era tuerta?

— Señor, contestó el Petizo, todo animal tuerto pisa de lado con las manos delanteras; el que es tuerto del ojo derecho, pisa poniendo los vasos con dirección á la derecha, porque al marchar tuerce la cabeza y la parte delantera del cuerpo en ese sentido para poder mirar al frente con el ojo que le queda.

Cipriano que como hemos dicho, era hombre de campo, había dudado de la verdad contada, pero

manifestó entonces, que un individuo rastreador podía conocer si un animal era tuerto y de qué color era, después de lo que el Petizo acababa de referir.

El aludido agregó que, á fin de que no quedase duda de su tercera afirmación, que había conocido también que la mula era renga de la pata izquierda, porque todo animal rengo, no deja casi rastro de la pata enferma, afirmándose en cambio, fuertemente, con la sana y dejando el rastro de ésta en el centro del de las dos delanteras.

Satisfizo á León y Carlos, lo mismo que á Cipriano, cuanto había contado el Petizo á propósito de su historia; y como era ya hora avanzada de la noche, Fortunato pidió que le dijera las *razones* con que tenían que contestar á Sanraï.

León dijo entonces, que las razones en respuesta eran las siguientes:

1ª Que estaban buenos y que deseaban que Sanraï y todos sus amigos lo estuvieran también.

2ª Que Alegorí estaba contenta y había manifestado deseos de permanecer á bordo.

3ª Que la cacería había sido satisfactoria.

4ª Que las yerbas recogidas eran muy buenas.

5ª Que le mandaba unos porrones de ginebra para que los tomara á su salud, en compañía de sus mujeres y de sus amigos.

El Petizo pidió que le permitieran invertir el orden de sus razones, pues, empezando por la ginebra, decía él, no habrá necesidad de alargar estas cinco razones indefinidamente, puesto que al tomar los primeros tragos, nos quedaremos todos dormidos.

León autorizó al parlamentario para hacer el uso que quisiera de lo expuesto y el Petizo se despidió satisfecho de la agradable acogida y más que todo del obsequio que le hacían los cazadores blancos.

XXXVIII

Frente al enemigo

La amistad con Sanraï y su tribu y las circunstancias de ser éste hermano de Mbeguá, así como la permanencia á bordo, de la dulce y simpática Alegorí, hija del capitanejo Toba, fueron suficientes motivos para que nuestro grupo de cazadores tuviese confianza en la amistad con los indígenas.

El yacht «Diana» había sido amarrado á la costa, de manera que no había necesidad, para bajar á tierra, de hacer uso de la lancha; un ta-

blón servía de puente ó de *planchada* entre el buque y la ribera.

La mañana que siguió á la visita del parlamentario Fortunato, fué de alarma y agitación entre los Tobas y de sorpresa para los cazadores blancos.

Todos dormían tranquilos á bordo, cuando en la madrugada, un pelotón de indios, armados de flechas y macanas, asaltó de pronto la cubierta de la nave.

Mbeguá y Cipriano fueron los primeros en sentirlos.

Sanraï y el Petizo venían en el grupo.

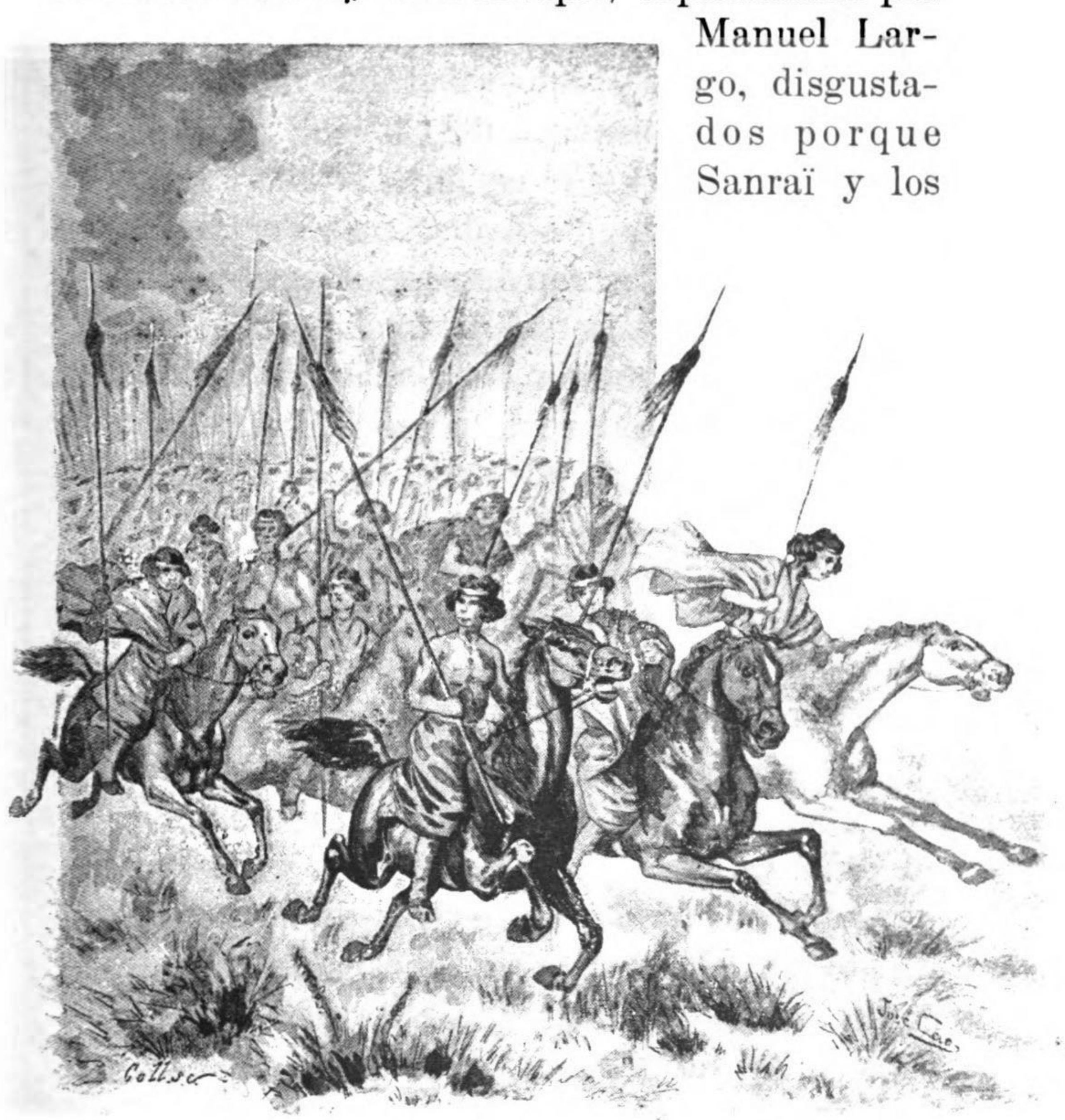
¿Sería aquel asalto una perfidia?

Mbeguá y los recién llegados sostuvieron un ligero diálogo y por las señales que hacían en dirección al bosque, pudo comprenderse que un inminente peligro se presentaba para todos.

Mister Mac-Gregor, al sentir el tropel de los indios, había tomado posesión de la ametralladora, disponiéndose á barrerles de sobre la cubierta si venían en son de guerra.

León y Carlos tenían también sus armas, sorprendidos en el primer momento por la actitud de los naturales, pero bien pronto se convencieron de que los pobres indios no les hacían traición, sino que buscaban su alianza para defenderse de un enemigo que avanzaba.

El Petizo y Mbeguá explicaron que un grupo de malos Tobas y de Chunupís, capitaneados por Manuel Largo, disgustados porque Sanraï y los



suyos *mariscaban* en aquellas tierras, les traían un ataque.

Estos indios, dijo el Petizo, son como doscien-

tos; muchos de ellos tienen fusil, otros son lanceros á caballo y la mayor parte son flecheros segregados de diversas tolderías Tobas y que siguen á Manuel Largo porque es el más malo y el más ladrón de los capitanejos del Chaco.

Preguntó León si el enemigo estaba lejos.

Le contestaron que á distancia de unos seiscientos pasos se habían desplegado en línea, ocultándose en el matorral y en la arboleda. Que aquella línea, tendida en alas á uno y otro lado del grupo principal, tenía por objeto impedir á los cazadores de Sanraï que saliesen ese día y los siguientes en busca de alimentos.

León, después de conferenciar con los indios, se dispuso á defenderlos del ataque en el choque que no tardaría en producirse, pues el enemigo avanzaba, estrechando el círculo.

Ordenó el naturalista á los indios que retirasen su chusma á un hondo zanjón que estaba próximo al aduar. Las mujeres, los viejos y los muchachos que no sirven para pelear, dijo, están mejor donde menos estorben y donde están más libres de ser atacados ó heridos por las flechas ó los proyectiles de nuestras armas.

Mandó averiguar cual era el punto en que se encontraba el centro del enemigo y dónde la caballería.

El núcleo principal se había situado á unos dos-

cientos metros del aduar y en la extremidad de las dos alas que venían cerrando el círculo, formaba la caballería, compuesta de dos pelotones de lanceros de quince á veinte hombres cada uno.

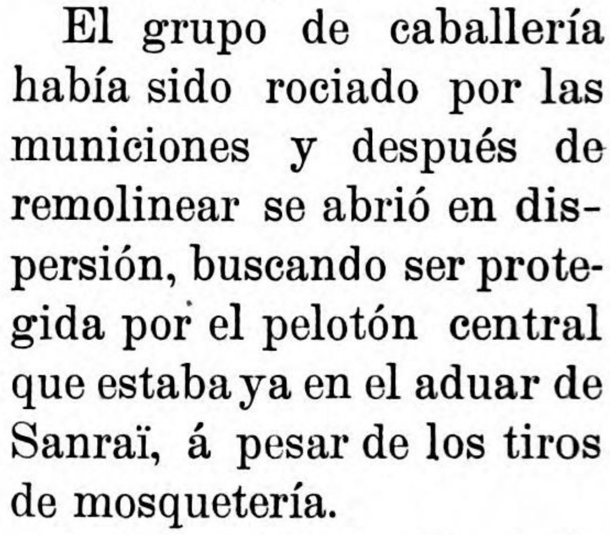
Las tortuosidades de la barranca ofrecían un espléndido sitio de defensa. El yacht impedía el ataque por agua en canoas ó hangadas y la ametralladora puesta en un punto estratégico sobre la barranca, alcanzaba perfectamente hasta el aduar, dejando defendido bajo sus fuegos el zanjón donde la tribu se había guarecido.

Los flecheros indios de Sanraï no ofrecían casi blanco y arrojaban flechas sobre los grupos invasores que se ocultaban detrás de algunos árboles próximos.

El pelotón del centro enemigo fué tenazmente hostilizado por los tiros á bala que les dirigían Carlos, Cipriano, Mister Mac-Gregor y 'Mbeguá que estaban en posesión de los rifles Colt y acompañaban á León en la improvisada fortaleza.

Esta actitud sostenida durante una hora hizo que la caballería india se resolviese á traer un ataque sobre el fuerte de tabla, pero la ametralladora no había funcionado hasta entonces y León la abocó al pelotón de salvajes, que cual grupo de centauros, suelta al viento la melena y alzando en lo alto la formidable lanza, cargaban decididamente.

Cuando estuvieron á ciento cincuenta metros, la pieza hizo su primer disparo con siete tiros dobles de munición patera; el estampido del cañón resonó por los bosques y el campo enemigo, infundiendo el espanto.



El grupo de caballería había sido rociado por las municiones y después de remolinear se abrió en dispersión, buscando ser protegida por el pelotón central que estaba ya en el aduar de Sanraï, á pesar de los tiros de mosquetería.

León cargó de nuevo la pieza ayudado de Carlos y un nuevo disparo sobre el grupo central del enemigo, decidió la batalla en favor de los cazadores.

Al perseguir los dispersos, encontróse en una rastrillada el fetiche ó dios de Manuel Largo, hecho de barro cocido, abandonado probablemente porque no les había concedido la victoria.

Llama la atención, en este ídolo, la mitra de obispo que lleva en la cabeza. Probablemente esa grotesca escultura es copia de algún santo de los

Jesuítas dejado en tiempo de la dominación de esa Compañía en las Misiones y el Paraguay.

Fortunato dijo que el dios llevaba al sol debajo del brazo y que esa era la razón porque cerraba un ojo para esquivar sus rayos.

No dejó de parecer curiosa la explicación, y damos al lector una copia del original, tomado de fotografía.

Ese dios indio, no es mucho más feo que algunos que hemos visto en las iglesias de campaña, y al fin tiene la gracia de haberse metido al sol debajo del brazo.

La retirada del enemigo para ocultarse en los bosques dió el triunfo á los súbditos de Sanraï, y la desgracia más lamentable que ocurrió fué una herida de Mister Mac-Gregor á quien una flecha atravesó el tobillo.

Manuel Largo y sus indios se dispersaron por los bosques; Sanraï y los suyos tomaron de nuevo tranquila posesión de la comarca, y en agradecimiento de la defensa que habían hecho los blancos, se puso el cacique abiertamente al servicio de ellos, mandándoles todos los días las mejores frutas silvestres y las piezas de caza más apetecibles.

El Petizo dijo un día que Sanraï quería aprender el manejo del fusil y de la ametralladora y solicitaba se le diesen las armas á cambio de las mujeres ó los objetos que quisiesen elegir.

León y Carlos hicieron ver la imposibilidad en que se encontraban de acceder á aquel negocio, pues si ahora estaban entre Tobas amigos, podían en cualquier momento tenerse que defender de un ataque de otra tribu y las mujeres serían malas armas de defensa.

Explicaron también al Petizo que aquel armamento de nada serviría á Sanraï y á los suyos, aunque aprendiesen su manejo, pues habitando en las selvas y á gran distancia de las ciudades les sería imposible proveerse de municiones.

XXXIX

Llegada de Pananichí

Dos días después de la batalla vinieron los cazadores de las avanzadas de Sanraï á anunciar que un grupo de guerreros, bien armados de flechas y lanzas y montados en mulas gordas, avanzaba siguiendo la costa del lado de las nacientes del río.

Sanraï mandó reforzar la vigilancia en esa dirección, y un piquete de indios, al mando de un capitanejo, salió al instante. Debían establecerse en un punto estratégico, estudiar los movimientos

del invasor y mandar avisar á Sanraï de cuanto ocurría en el campo de los desconocidos.

Se creyó al principio que aquel grupo de caballería fuese un nuevo ataque traído por las hordas de Manuel Largo, y Sanraï, que había sido notificado por el Petizo, de que los cazadores blancos pensaban seguir su viaje, vino á suplicarles que no le abandonasen cuando probablemente iba á ser de nuevo atacado.

Pero los correos indios anunciaron aquella tarde, que la caballería invasora venía mandada por Pananichí, quien había destacado dos flecheros para pedir permiso al señor de esas tierras, á fin de recorrer la costa en busca de una nave tripulada por cazadores de su amistad.

Sanraï, lleno de júbilo, al saber que no eran enemigos los que esta vez venían á su encuentro, ordenó al Petizo que comunicase la agradable nueva, y todo empezó á disponerse para hacer una honrosa recepción á los Tobas de tierra adentro.

Sanraï mandó dos parlamentarios á saludar á Pananichí.

Estas ceremonias entre los capitanejos ó caciques indios, tiene por objeto principal dar tiempo para preparar la aloja, la chicha y los alimentos con que hay que obsequiar á los que vienen de visita; así es que al primer parlamento se siguie-

ron otros, y dos días estuvieron cambiándose razones entre Sanraï y Pananichí, á quien se le determinó el paraje donde debía campar.

Sanraï solicitó algunos frascos de bebidas para mandar á Pananichí, y Cipriano al complacerlo, tuvo ocasión de convencerse de que la bodega había sido casi agotada.

Mister Mac-Gregor había hecho los honores al whiskey y al anís del mono, bebidas de las que ya no quedaba más que el recuerdo, habiéndose empezado á destripar unas frasqueras de ginebra de Holanda, que figuraban en la reserva.

Cipriano, en presencia de aquel descalabro en sus dominios, pidió autorización para echar llave á la bodega, y Mister Mac-Gregor empezó desde ese momento á quejarse de nuevo de estar atacado de su antiguo reumatismo.

El momento de la gran recepción había llegado y se supo que Pananichí y su gente estaban en la proximidad del aduar. Los indios de Sanraï, con su jefe á la cabeza, tendieron una larga línea, y avanzaron.

Los guerreros indios mandados por Pananichí habían dejado sus mulas á distancia de una milla y eran guiados hasta la toldería por el capitanejo y el grupo de correos.

Cuando estuvieron á la vista unos de otros, desplegaron también en guerrilla, formando una



larga línea, y entonces un arrogante jinete montado en un espléndido caballo blanco recorrió la línea á gran galope, dando voces de mando. [1]

—Ese es Pananichí, dijo Sanraï, y dió una orden á grandes voces y en lengua Toba.

---

(1) Entre los Tobas, así como entre otras tribus del Chaco, hay también caballería. En esta forma atacó el Cacique *Juanalai* á las tropas mandadas por el General Bosch el año 1883.

Dejaron entonces los guerreros, sus armas en el suelo, y los tambores, las flautas, los pífanos, los cuernos de caza y la estruendosa gritería atronó los aires, repercutiendo los ecos en los ámbitos del bosque.

La gente de Pananichí suspendió la marcha á unos cien metros, y poniendo sus armas en el suelo, se entregó á igual algazara.

Dos parlamentarios salieron de cada campo y se encontraron en medio de las paralelas que formaban las líneas de guerreros.

El cambio de saludos fué laborioso; demoraron un par de horas para desarrollar y contestar esta sola razón: «Dice Sanraï que Pananichí puede avanzar hasta su campo».

El jinete del caballo blanco que estaba vistosamente enjaezado y cubierto de chapeados de monedas, clavó entonces en el suelo su pesada lanza y apeándose, avanzó hacia el campo de Sanraï seguido de un grupo de capitanejos y al compás de las rodajas de sus espuelas.

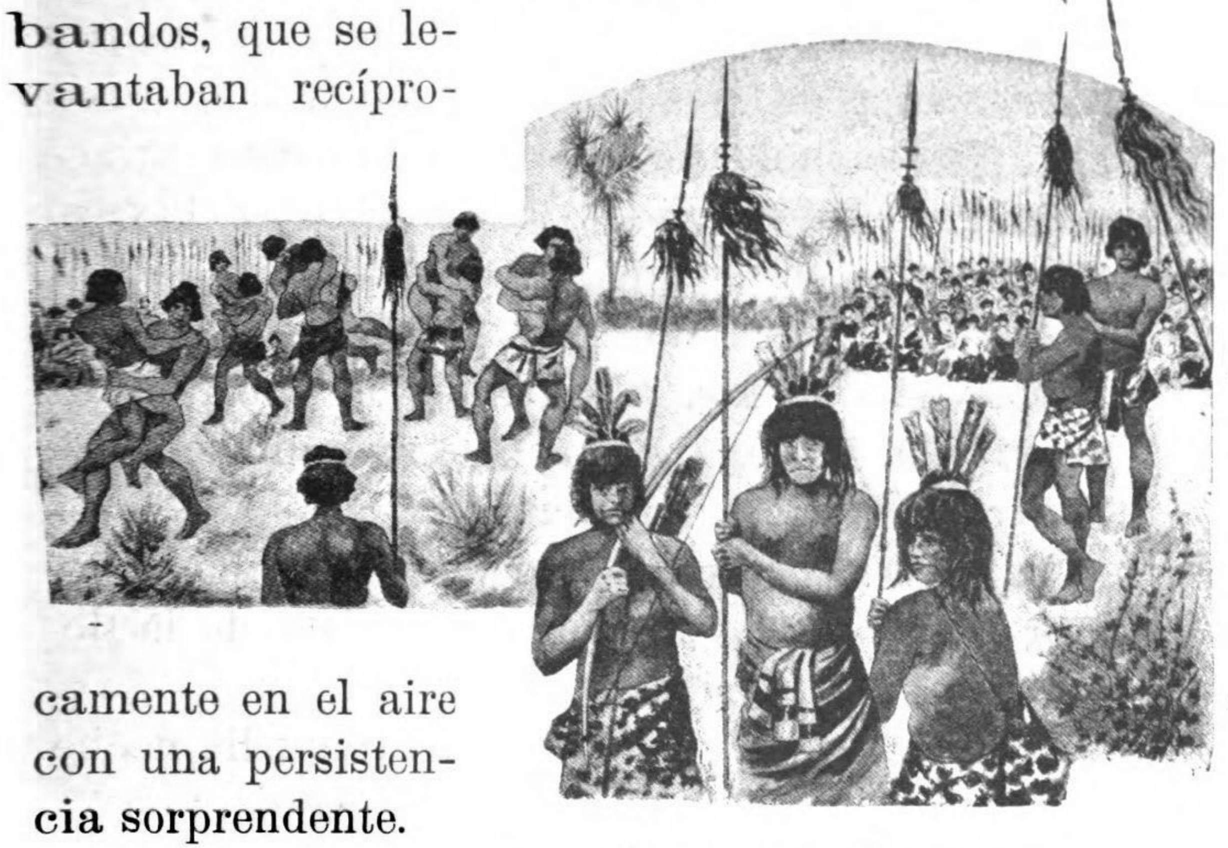
Sanraï, el Petizo, Mbeguá, los blancos y algunos indios avanzaron también, y cuando estuvieron á distancia de algunos pasos, los caciques se gritaron:

— *Eisij, eisij, miacayá!*

Frase que, quiere decir: ¿cómo estás, querido hermano? Luego se aproximaron y tomándose de

á dos en estrecho abrazo, se levantaban uno al otro alternativamente.

A la original ceremonia del saludo de los caciques y de Mbeguá con Pananichí, que se informó extensamente de cómo estaba Polate su hermana, siguió el saludo de los guerreros de ambos bandos, que se levantaban recíprocamente en el aire con una persistencia sorprendente.



A la oración, se encendió la gran hoguera, y los bailes en festejo de los recién llegados fueron creciendo en entusiasmo, á medida que disminuía la chicha y la aloja depositada en grandes tinajones.

Pananichí y sus soldados habían adornado sus cabezas con penachos de plumas y tenían cubierto el pecho y los muslos con corazas de grueso cuero

de anta endurecido. El romanesco cacique iba descalzo, pero llevaba en cambio un enorme par de espuelas de plata bruñida qne sujetaba sobre las carnes por medio de correas.

En los tobillos, la muñeca ó el cuello, llevaban algunos adornos hechos con semillas de los árboles silvestres, pedazos de huesos, monedas, dientes, uñas de tigre ú otras bagatelas que, según la superstición del que las lleva, lo preservan de enemigos ó infortunios, y les da suerte en la caza ó en las acciones de guerra.

Los súbditos de Sanraï estaban también adornados vistosamente, y al baile y al beberaje, en torno de la hoguera, siguió la ceremonia de elegir mujer en el campo inmediato.

Para las mujeres indias, deben haber sido aquellos días de verdadera fiesta, en vista de la llegada de tantos visitantes.

Cuando León se retiró al yacht aquella noche, vió con sorpresa que Alegorí no había tomado parte en la danza y se había ocultado en la cámara, esperando su llegada.

La hija de la selva, para justificar probablemente su permanencia en el yacht, había juntado en el bosque una cantidad de flores y de yerbas aromáticas que presentó al naturalista.

Alegorí estaba aquella noche encantadora; había adornado su cuello con varias sartas de

cuentas ó semillas punzóes, y contrastaba con sus cabellos negros, como la noche, el color purpúreo y nacarado de unas flores silvestres que en racimos había entretejido graciosamente á su larga cabellera.

Cuando León entró á su gabinete y Alegorí fijó en su semblante aquellos grandes ojos negros, llenos de melancolía, presentándole las flores, y saludándole afablemente, debió comprender, en el elocuente idioma sin palabras, en que las pasiones se expresan, que la hija de Sanraï estaba locamente enamorada.

XL

Una gran batida

Sanraï conferenció con Mbeguá y con los cazadores á propósito de dilucidar cuál sería la mejor fiesta que podría celebrarse en honor de Pananichí y sus capitanejos.

Mbeguá y el Petizo hablaron á León sobre el particular y el héroe de la defensa contra las hordas asaltantes, fué de opinión que se practicase una gran cacería en honor y festejo de los recién llegados.

Nadie se opuso á aquella idea, que halagaba las naturales tendencias de los indios y de los cristianos que se encontraban reunidos.

Se hizo, pues, conocer de la tribu entera la resolución tomada por Sanraï, de practicar una gran cacería en festejo de Pananichí y de sus capitanejos.

La gran batida debía empezar dos días después, practicándose de un modo peculiar.

Aprovechando un gran semicírculo de treinta millas de arco que formaba el río Bermejo en la proximidad de los dominios de Sanraï, se extendería la indiada en una inmensa curva concéntrica y opuesta á la del río, haciendo que la caza mayor y menor, las fieras y cuanto animal hubiera en la selva, se reconcentrase en un punto de la gran curva.

En los dos días de tregua los expertos cazadores prepararon sus flechas y sus arcos, y algunos grupos, los que debían situarse más lejos sobre la traza del semicírculo del bosque, partieron adelante.

Los soldados de Pananichí mezclados á los de Sanraï y montados en sus excelentes mulas, fueron á tomar las posiciones más distantes.

La noche anterior á la gran cacería había llegado y era necesario saber si todos los grupos de cazadores estaban en sus puestos.

Hubiera sido muy moroso enviar mensajeros ó correos de cada uno de esos grupos, anunciando á los caciques que todo estaba listo para empezar la batida; pero el indio, Señor de la selva, aunque la habite desnudo y desprovisto de los recursos que dá la civilización, tiene también sus medios de comunicarse á largas distancias de una manera instantánea; y al caer la noche Sanraï invitó á Pananichí y á los cazadores blancos para subir juntos á una eminencia de donde se dominaba por completo la vasta extensión de bosques, en que la gran cacería iba á tener lugar.

Todos siguieron al obsequioso cacique Toba y desde la altura descubrieron, en las obscuras lejanías del horizonte, una sucesión de hogueras que, hacia el sur, formaban el arco ideado por Sanraï para concentrar la caza en la gran bolsa ó curva que formaba el río.

Las mujeres también tomaron parte en aquella cacería y un número de naturales fueron á situarse sobre los vados ó pasos del río Bermejo, para evitar que los ciervos, las vacas alzadas, los avestruces, las antas y otros animales se echasen á nado salvando la corriente de las aguas.

Al venir el día todos los grupos desplegaron en extensa línea y se emprendió la marcha hacia el centro del inmenso círculo, aprovechando los pajonales y los grandes árboles secos para formar

hogueras que, á más de reconcentrar la caza, determinaba claramente la posición de cada agrupación de indios con respecto á los demás.

Todo el día se empleó en concentrar la cacería por medio del fuego, y á la oración el círculo se había reducido sobre las márgenes más barrancosas del río, en una zona de tres ó cuatro millas.

Durante la noche se mantuvo el fuego lo mejor posible y si algún grupo de tigres, de pumas ó de ciervos, de antas ó de jabalíes intentaba romper esa línea, pasando por cerca de los cazadores, éstos disparaban sus arcos haciendo presa á elección sobre la tropa fugitiva.

Las piezas obtenidas durante la noche en medio de la alegría y la algazara de aquellos grupos de salvajes, les proporcionó distracción y alimento suficiente para que, al venir la aurora del siguiente día, todos estuviesen dispuestos á concentrarse más en el reducto limitado por flechas, lanzas y armas de precisión; con que habían contribuído á la fiesta los tripulantes del yacht.

La hora de empezar formalmente la cacería llegó pronto; pues al amanecer, los grupos de animales que habían pasado la noche ocultos entre las bóvedas de vegetación, se pusieron en movimiento, intentando romper el sitio que los estrechaba.

Aquellos hombres, ya de á uno, subidos sobre

el tronco de algún árbol, ó en grupos de cuatro ó cinco, defendidos por algún accidente del terreno ó algún tronco incendiado, formaban la extensa línea que estrechaba lo bastante á la caza para que no pudiese huir sin ser vista, permitiéndole al mismo tiempo la permanencia en un vasto reducto, á fin de que no cargase en grandes masas.

Cuando una tropa de ciervos intentaba huir buscando el claro que accidentalmente quedaba en la línea del fuego, los cazadores de una y otra parte se aproximaban al paso de la cuadrilla, descargando sus arcos sobre la pieza mayor; y después que pasaba la gran batahola y que la asustadiza tropa se perdía entre las nubes de humo y de llamas, reconocían, por señales hechas en las flechas, á quién pertenecían las piezas obtenidas.

Las mujeres, provistas de cuchillos, los niños y los viejos, se encargaban de sacar la piel al animal y despostar sus carnes para ser conducidas al aduar.

La cabeza y las partes huesosas y más pesadas de la res, eran abandonadas á las aves de rapiña, que en gran número volaban por en medio de las inmensas humaredas, columpiándose en curvas y eligiendo desde la altura su presa favorita.

A los tigres no siempre se les atajaba el paso; y los cazadores de antas, conociendo la tendencia que tienen éstas á dirigirse al agua cuando

son perseguidas, se habían estacionado sobre los árboles, ú ocultado en los grandes matorrales de la orilla del río.

Al medio día, la agitación fué grande; las vacas y caballos salvajes en grandes grupos, mugían y relinchaban; los tigres rugían de impaciencia; los ciervos y los jabalíes dejaban oir también gritos extraños que denotaban el furor ó el miedo experimentado al descubrir el peligro común que les amenazaba.

De cuando en cuando oíase el estampido de una descarga de la ametralladora que León había situado en un punto estratégico, muniéndose de una buena dotación de tiros á bala.

Al ruido del cañón sucedía siempre el alarido salvaje y alegre de los naturales, y Mister Mac-Gregor, que ya había sanado de la herida de flecha, que recibió en el tobillo el día de la batalla, no perdía ocasión, secundado por los otros tiradores, de dirigir los proyectiles de su arma á los grupos que se aproximaban á su improvisado fuerte, que se levantaba sobre troncos, próximamente al sitio donde estaban, León, Pananichí y Sanraï.

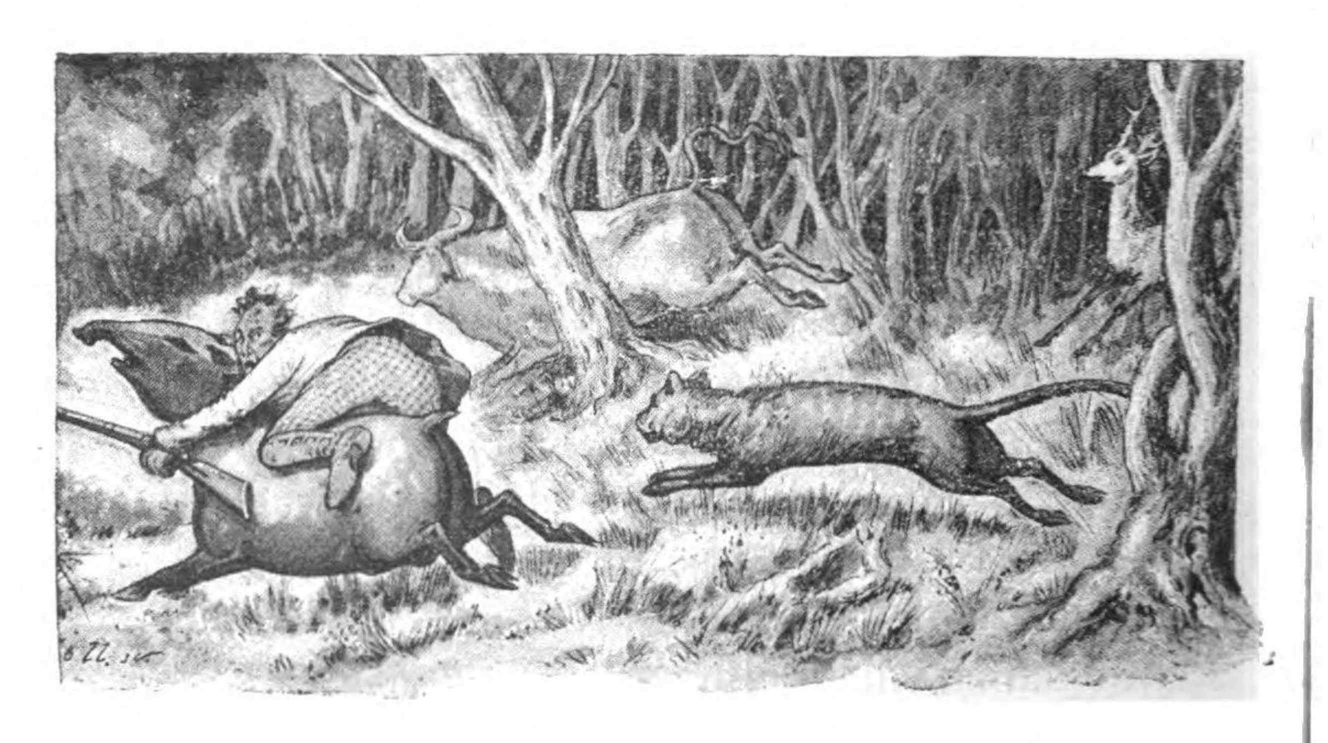
XLI

Extraña cabalgata

El escocés parecía siempre elegido por la casualidad, para que le ocurriesen las más raras aventuras, y antes de terminarse la caza, pasó por un gran peligro que pudo costarle la vida. Permanecía amurallado entre los troncos de su fuerte; pero en los grandes remolinos de vacas, caballos, antas, ciervos y corzuelas, quiso la suerte que un gran tapir, atemorizado por las persecuciones, atropellase aquel reducto, volteando el tronco sobre el cual estaba parado el cazador, quien, como era hombre de salvadoras resoluciones en los casos supremos, y viéndose en medio de aquella inmensa tropa resolvió, sin abandonar su rifle, saltar sobre el lomo del corpulento animal.

La gran cuadrilla siguió corriendo en remolino, y Mister Mac-Gregor, vociferando en inglés, cabalgaba en el centro de la tropa cargando su rifle y haciendo esfuerzos por no caer entre las patas de los animales salvajes, teniéndose lo más derecho posible sobre el lomo redondo del tapir que daba briosos saltos y corcovos para desasirse del extraño agregado.

Carlos, Mbeguá y Cipriano, que estaban cerca, reían á mandíbula batiente al ver alejarse al improvisado pastor de tan indisciplinado rebaño, y esperaban el momento en que, haciendo uso de su rifle detuviera en medio de la carrera á su briosa cabalgadura, pero el tapir, aprovechando una senda que conducía á la barranca de la costa



del río, se dirigió á ese punto con intención probable de precipitarse desde lo alto.

Mister Mac-Gregor, que después de unos cien metros se encontraba ya con mejores aptitudes para no caer, vió que un nuevo y más serio peligro le asaltaba.

El tapir iba seguramente á arrojarse al Bermejo, desde lo alto de una barranca de más de veinte

metros. Montó entonces su arma, afirmando la extremidad del caño sobre la cabeza del tapir y disparó el gatillo.

Pero el arma no hizo fuego y Mister Mac-Gregor, vió á sus pies abrirse el ancho abismo.

El caso era alarmante y sólo un hombre de cierto temple podía solucionarlo favorablemente en momento tan supremo.

Inmediatamente dejó caer al suelo el rifle y desenvainando precipitadamente su cuchillo de monte, lo hundió en el cuerpo del animal, que dió un rugido, y echando borbotones de sangre por la herida, cayó entre la maleza.

El río estaba á dos pasos del tapir moribundo y Mister Mac-Gregor encolerizado, en vez de asustado por la original aventura, tuvo que tomar precauciones para no caer al tiempo de desasirse de su cabalgadura.

Carlos y Mbeguá seguían en la dirección en que el tapir llevó al escocés, y al aproximarse á la costa, vieron á Mister Mac-Gregor que, encolerizado todavía y echando votos, buscaba su rifle por la inmediación.

Mbeguá no quiso perder aquella piel y Carlos entusiasmado al ver la hazaña practicada por el inglés, le manifestó, que aunque ya no había whiskey en la bodega del yacht, esa tarde le haría donación de una frasquera de ginebra de Holanda.

El semblante de Mister Mac-Gregor se tornó alegre con ese anuncio y expuso que, en tal caso, estaba dispuesto á abandonar la cacería y dirigirse al yacht incontinentemente.

Carlos le hizo presente que no parecía oportuno abandonar el sitio en aquel momento que era el de mayor trabajo para los cazadores, pues las cuadrillas de animales heridos ó asustados trataban de escapar por todas partes.

Mister Mac-Gregor dijo, que él no insistiría en ir al yacht inmediatamente, porque veía la resolución que tenía Carlos de quedarse en el campo de la cacería; pero que las demoras, eran una de las cosas que más le contrariaban, pues «*A la ocasión la pintan calva*», y él podía verse privado de tomar ginebra unas horas más tarde, si algún otro tapir, toro ó tigre, le salía al encuentro y le ponía en situación tan peligrosa como aquella porque acababa de pasar.

Carlos, buscando una solución conciliatoria, dijo entonces; que lo que se podía hacer era mandar á Mbeguá por un frasco, y el favorecido aceptó la idea, no sin pensar que hubiera sido mejor mandar en busca de dos, pero que en resumen se conformaría con uno, recordando otro adagio de cazadores que dice «*Vale más pájaro en mano, que ciento volando*».

XLII

El machete de Cipriano

Terminada la batida, todos los indios se dedicaron á secar las pieles, estaqueándolas al sol, y salar las carnes reforzando así las provisiones con que contaba la tribu.

El cacique mandó á bordo del yacht una buena cantidad de carne de anta y de corzuela. Mister Mac-Gregor encontró ésta mucho más sabrosa que la de los ciervos que se cazan en la proximidad del Canal de Caledonia.

Á la oración, cuando los jóvenes fueron á bordo, Cipriano hizo señas á León y á Carlos para que dejasen entrar primero al escocés y éstos así lo hicieron, comprendiendo por los ademanes, que el viejo había preparado alguna broma para sorprender al cazador de nutrias.

Cuando éste entró solo por sobre la planchada de tablas que unía la barranca con la borda de la nave y estaba ya sobre la cubierta del yacht, un enorme tigre se arrojó sobre él, cayendo á sus pies desde el techo del castillete de la cámara.

El escocés al ver que el terrible animal rozaba u cuerpo, recibió un buen susto del que pronto

reaccionó, viendo que el gran felino estaba muerto.

Cipriano había sujetado al tigre en lo alto del castillete y sobre la extremidad de una tabla, poniendo la otra extremidad en un punto donde necesariamente había que pisar. Al entrar el escocés, el animal safó de lo alto, movido por la tabla y cayó resbalando por sobre ella hasta el sitio en que se encontraba Mister Mac-Gregor, quien en el primer momento intentó sacar su cuchillo, para defenderse de la fiera.

Pero ¿cómo estaba allí aquel animal? ¿Quién lo había cazado?

Cipriano había sido el héroe silencioso de una aventura que ignoraban.

Cuando todos se ocupaban de cazar en el bosque y el viejo cuidaba el yacht, se percibió de que algunos ciervos y tigres se arrojaban á nado para vadear el río, sálvandose de las persecuciones.

Sabía que, estando en el agua, el tigre no podía hacerle daño aunque él se le aproximara en su canoa, y embarcándose acompañado de su gran machete, remó vigorosamente hasta alcanzar un trigre que acababa de abandonarse á las corrientes. Lo alcanzó y poniendo á su costado la chalupa, descargó el machete sobre la cabeza del felino, partiéndole el cráneo; echóle luego una cuerda al cuello y lo llevó hasta el yacht, remolcándole tras su canoa.

El viejo refirió esto y agregó que muchas veces en las islas del Paraná, cuando él era mozo, había cazado tigres, valiéndose de idéntico procedimiento.

XLIII

Un casal de torcaces

Cuando León entró á la cámara del yacht, después de la gran cacería, encontró sobre su lecho un ramo de *lipia* ó cedrín salvaje y en el centro de las fragantes flores, que perfumaban toda la habitación, un pequeño nido que contenía un casal de torcaces ya emplumadas.

Alegorí hacía grandes esfuerzos para aprender el castellano. Mbeguá y Cipriano, eran sus maestros; y como por aquel tiempo sólo sabía palabras sueltas que se esforzaba en aplicar cuando estaba León delante y para expresarle su afecto, hacíale también presentes de plantas silvestres y aromáticas, aves, flores y semillas.

Carlos creyó ver en el presente de las palomas, una poética alusión al cariño que la hija del cacique tenía por su amigo y con ese tema compuso una poesía.

El Petizo fué interrogado á propósito de las afectuosidades de Alegorí, é informó, que como la muchacha no había conocido nunca hombre más arrogante y buen cazador que León, estaba enamorada desde el principio, entrando en la rueda de las danzantes del primer día y entre las que fueron al pajal para ser elegidas con permiso de su padre y por haber manifestado á éste su cariño.

Esas palomas, agregó, vuelan ya y han sido criadas por Alegorí; á su llamado acuden presurosas en busca del alimento que la muchacha tiene siempre para darles.

Estoy convencido agregó, de que esta chinita no ha tenido relaciones amorosas con nadie antes de ahora, y aseguro, que aunque es hija del desierto, no está inmune contra el cariño, que infunde tan arrogante mozo.

El hombre es siempre *débil* ante la tentación de una mujer, dijo Mister Mac-Gregor que oía la conversación, pero no se explicó cómo un naturalista, un sabio, un joven blanco y de grandes conocimientos, puede corresponder al cariño de una india, por linda que sea.

Carlos hizo notar al escocés que él había elegido la india más gorda y más fea de la tribu en días anteriores y que por tanto le estaba mal esa crítica.

—Sí, repuso el aludido, pero yo la elegí simplemente para que me espantase los mosquitos.

—¿Usted cree, dijo León, que por tener esta joven la tez cobriza no puede merecer que la corresponda en su afecto un naturalista ó un hombre blanco?

—Francamente no, yo he estado acostumbrado á oir decir á mi padre y á otros nobles que se juntaban en su castillo, que para hacer un *gentleman* de un patán, se necesitaba tres generaciones, y aplicando esa regla á este caso, deduzco que para hacer de una india una mujer culta se necesitan por lo menos cuatro.

Para el amor no hay jerarquía social, repuso León.

—Los nobles en su país son por lo general muy exigentes, y esta cuestión resultaría larga aunque no sería extraño que concluyésemos por establecer verdades completamente opuestas á las que parece sirven á usted de base.

—¿Y cuáles serían estas verdades?

—Primeramente. Que la palabra noble, aunque tiene una significación clara en los diccionarios es habitualmente usada ó aplicada con impropiedad.

Segunda: Que ateniéndose estrictamente al sentido de la palabra, puede ser tan noble el vástago de una familia de caciques indios como el que ha recibido su título por descender de una de las die-

ciséis familias que dieron principio al aristocrático gobierno de Venecia.

Tercera: Que en cuanto á cultura, nadie negará que los indios, en su órbita, hacen lo posible por perfeccionar sus talentos, como han hecho y hacen todas las sociedades de la familia humana, desde los tiempos primitivos.

—Llamó la atención á Carlos oir hablar á Mister Mac-Gregor del castillo de su padre, y le preguntó cómo era que se encontraba en aquellos extremos de pobreza, perteneciendo á una familia de la nobleza de su país.

— Esto es muy sencillo, dijo el escocés; yo soy el menor de seis hermanos, hijos de Sir Allan Mac-Gregor, lo que quiere decir, que mi hermano mayor, el primogénito, heredó cuanto tenía mi padre, inclusive el derecho á un asiento en el Parlamento, y yo, por no haber tenido la suerte de nacer primero y poco dispuesto á someterme á las arbitrariedades de mi mayor, salí de nuestro país, pobre, y sin intención de volver más á él.

— ¿Le parece á usted culta y justiciera la ley que le desheredaba como á sus otros hermanos para enriquecer y ennoblecer al mayor? replicó León.

— *The devil!* .... seguramente no, pero es muy antigua en Europa y hay que respetarla.

— Yo no pienso de ese modo, dijo Carlos; lo

malo debe siempre, por antiguo que sea, destruirse ó reformarse, y ya ve usted cuán efímera é injusta es la base que tiene en la actualidad la nobleza de su hermano primogénito. Él puede sentarse en el parlamento inglés y disfrutar de los bienes de su padre, mientras que usted, tan hijo como él, tiene qne abandonarse á los desiertos y vivir despellejando nutrias para conseguir sustento!

Con nuestro criterio americano, conceptúo mucho más noble su actitud viviendo del trabajo personal y de la caza, que la que asume su hermano poseyendo y usufructuando los bienes que por ley natural pertenecen á todos ustedes; porque fueron hijos de un padre común á toda la familia. Este modo de pensar, que es *indio*, me parece mucho más culto y de buen criterio que el que tienen los legisladores del viejo mundo, haciendo subsistir leyes tan perniciosas como la de que nos ocupamos.

Carlos observó al escocés que los cacicazgos entre los pueblos indios, son más ó menos como los feudos ó señorazgos antiguos, y que por tanto: Alegorí, siendo hija de Sanraï, cacique *Salarnek Alóu*, pertenecía á una noble y esclarecida estirpe Chaqueña.

El escocés después de estas consideraciones quedó reflexionando.

Carlos le preguntó si le quedaba aún alguna

duda á propósito de la estirpe ó de la nobleza indígena de Alegorí Sanraï.

Mister Mac-Gregor, prendiendo su pipa, contestó en inglés.

—Oh señor!... Yo no pensaba ya en esto, por el momento; recordaba sí, que después del terrible susto y cabalgata que hice en el tapir, un caballero me ofreció de regalo una de las más estimables dádivas que puede brindarse á un cazador!

Bien, dijo Carlos; usted no se ha olvidado de la frasquera de ginebra, pero es ya tarde, Cipriano estará dormido y parece poco oportuno ir á revolver la bodega á estas horas.

—¿Usted ve cómo es verdad lo que yo dije cuando me ofreció la ginebra? Si entonces hubiésemos venido al yacht, no tendría que esperar hasta mañana para tomar ese medicamento.

—¿Medicamento?

—Exacto!... Yo he consumido el whiskey no sólo por estarme prescripto por mi médico para el reumatismo, sino por afición á esa generosa bebida de mi país; lo confieso!... pero en cuanto á la ginebra, debo declarar á usted, que la bebo simplemente porque me cura de mis penosas dolencias.

—En tal caso, dijo Carlos, haciéndose el que creía en la eficacia de la ginebra contra el reu-

matismo, no quiero ser yo el que por negligencia deje á un amigo sumido en el dolor, pudiendo aliviarlo con tan poco trabajo. Despierte usted á Cipriano y dígale que le entregue la ginebra que tan heróicamente ganó cabalgando sobre el lomo de aquel brioso tapir, mas no olvide que es poco aconsejado por la Biblia beber con exceso.

—Nada de eso he visto en los diez mandamientos, dijo Mister Mac-Gregor y en los libros santos constan por el contrario las borracheras de Noé y de sus hijas y las orgías de las mujeres de Lot, en Sodoma; y en nuestros días tenemos el ejemplo santo de que lo primero que hacen los ministros del altar es desayunar con vino puro, que aunque simbolizando la divina sangre, no deja de ser vino!

—Eso no es más que un simulacro de antropofagía religiosa, dijo Carlos.

—Será! pero también es prueba de que el vino puro y la costumbre de beber no deben faltar en las costumbres de un creyente de buena fe.

XLIV

Rapto del naturalista

León se propuso conservar el esqueleto del tigre que había cazado Cipriano.

Mbeguá había sido encargado de descarnar los huesos mayores y escuchaba la conversación que tenían los cazadores á propósito del gran tamaño del felino y de la preparación del esqueleto.

—Yo he visto ayer, dijo el indio cuando sus patrones terminaron la conversación, al pasar por una laguna salada, los huesos de un tigre mucho más grande que este.

Siguió el indio explicando el tamaño que tenían los huesos del presunto tigre, y todos rieron cuando afirmó que la cabeza solamente era más grande que su propio cuerpo, que los huesos de las patas tenían más de un metro de largo y eran de un grueso que excedía al del muslo de la india elegida por el escocés en la primera noche.

León repuso que aunque tal vez aquella afirmación era exagerada, los huesos á que se refería Mbeguá podían pertenecer á algún fósil curioso, y en el deseo de enriquecer sus colecciones, ordenó al indio que fuese á la laguna salada lle-

vando las armas y las provisiones que creyese necesarias y le trajese algunos de los huesos á que hacía referencia.

Mbeguá dijo, que los huesos estaban en gran parte enterrados en una barranca, pero que si Pananichí le prestaba dos mulas y Cipriano le daba una pala, él se comprometía á traer todo lo que pudiesen cargar las bestias.

Le fué facilitado cuanto deseaba y se buscó la compañía de otros dos indios más conocedores del terreno, partiendo la pequeña caravana para el sitio conocido, de donde traían la sal.

Dos días después León esperaba con impaciencia á Mbeguá, y en la suposición de que se trataba de algunas piezas curiosas, después de las explicaciones hechas lamentaba no haber ido personalmente hasta el sitio indicado.

Fué forzoso esperar un día más.

Alegorí se había informado por medio del Petizo de que León deseaba conseguir los grande huesos del esqueleto que existía en las salinas, así de que esperaba impaciente la llegada de los conductores, y propuso al naturalista llevarlo hasta ese sitio. León que era siempre acompañado por la hija del cacique en las excursiones á buscar yerbas y plantas, accedió á aquella proposición, y en tan amable compañía emprendio confiadamente el camino de los bosques.

Alegorí sabía que en el yacht de los cazadores se había hablado del regreso y resolvió aprovechar aquella excursión al bosque para sustraer á León y ocultarlo el mayor tiempo posible en las florestas ignoradas, de donde nadie pudiera sacarlo y donde solamente ella disfrutara de su cariño.

Aquella resolución era la más evidente prueba de una pasión salvaje.

El amor está oculto en el corazón humano, como el agua cristalina en las ignoradas rocas de la montaña: pugna constantemente por encontrar salidas y apenas halla un cauce se desliza por sus tortuosas sendas haciendo por doquiera surgir flores delicadas y suavísimos perfumes.

Bien lejos estaba León de imaginar la estratagema que le jugaba la hija de Sanraï y confiado, sin fijarse en los sitios por donde pasaban, se dejó llevar por entre los bosques durante toda esa jornada y la del día siguiente.

Llegó la noche y cuando creía estar cerca de Mbeguá y del esqueleto, se encontró bien distante de ellos y de sus compañeros.

La situación se agravó cuando tuvieron que desmontar para tomar descanso en la proximidad de un valle.

La india entonces, descuidando á su amante, soltó las dos acémilas espantándolas para que

huyeran y recién entonces comprendió León la realidad de aquella situación.

¡Había sido robado!

A las preguntas que hacía valiéndose de señas y de las pocas palabras que sabía en toba, recibía por respuesta sonrisas y cariños.

Su vida y su salud no le infundían peligro, pero aquel pasaje no cuadraba á su carácter y por otra parte veía la imposibilidad en que se encontraba de pedir explicaciones.

Resolvió emprender el regreso á pie cuando amaneciese el día.

Alegorí procuró por todos los medios hacerle llevadera aquella situación. Después de oscurecer le tomó de la mano y le invitó á seguir por entre un espeso matorral de hojosos árboles de coca. Caminaron algunos cientos de metros por entre ramazones y tortuosos senderos: de pronto se encontraron á la orilla de un lago y á la puerta de un rancho techado con paja.

Aquella ignorada habitación estaba completamente sola, pero todos los útiles y provisiones que en ella se encontraban distribuídos, hicieron comprender á León que Alegorí y los suyos habían sido previsores y tenían premeditado el lance. Pensó que enfadarse en aquel caso, era completamente inconducente. Adoptó entonces por lecho una gran hamaca, y la amorosa india

veló su sueño reclinada en un blando cojín de algodón silvestre que cubría un armazón de bambú, en forma de cama. Aquello era como un pasaje de «Africana»!

Algunas flores del aire, azucenas silvestres, lipias y otras yerbas aromáticas perfumaban la misteriosa estancia. Había también buena provisión de alimentos, y en resumen, no se hallaba mal.

Oh! que sitio para huir de acreedores!

León se resistió por algún tiempo á corresponder á las caricias de Alegorí, que trataba de compensar con afectuosidades la contrariedad que había causado al cazador; pero al fin las caricias no pueden recibirse con indiferencia y llegó al poco rato á tomar la iniciativa.

XLV

En busca del perdido

Corría el tercer día de la partida de León y el quinto de la salida de Mbeguá, cuando éste se presentó en el Aduar toba y en el yacht de los cazadores con un gran cargamento.

Nada sabían de León.

El Petizo y Sanraï no adelantaban más noticias que las que Carlos, Cipriano y Mister Mac-Gregor conocían.

—Se habrán perdido! dijeron.

Pero Alegorí conocía perfectamente el camino á la salina y ninguno de los indios creyó en una pérdida involuntaria.

Pasaron dos días más. León no aparecía; era indispensable salir en su busca.

¿Sería aquella una artimaña para hacerles abandonar el yacht y apoderarse de las armas?

Mbeguá garantía la buena fe de los salvajes.

Carlos estaba verdaderamente fastidiado por la demora de su amigo, pues ya había vencido dos veces el tiempo fijado por él para regresar y el deseo de ver á Amalia nuevamente iba siendo tan intenso, que á veces pensaba en abandonar el yacht é irse en canoa hasta el río Paraguay para esperar allí un vapor de la carrera.

Aquel proyecto era fantasía irrealizable; hubiese perecido en el camino. A más, nuestro poeta no era capaz de dejar á León perdido en aquellas alturas, por más que recordase á su prometida y que un hombre enamorado es capaz de cometer los mayores disparates.

En estos casos se consolaba haciendo versos.

Varias partidas se dispusieron á salir en busca de León.

Mbeguá había traido una cantidad de huesos enormes que pertenecían indudablemente á alguno de esos colosos que vivieron en la época cuaternaria y que fueron contemporáneos ó antecedieron al hombre en el orden zoológico de su aparición.

Mister Mac-Gregor aseguraba que aquellos huesos pertenecían al esqueleto de un gigante. Este es el hombre fósil, decía, y casualmente, como sucede siempre que se hace un gran descubrimiento hemos llegado á obtener un objeto que producirá una verdadera revolución entre los hombres de ciencia.

La opinión de los Caciques y de todos los indios era que aquellos huesos pertenecían al *padre de los bueyes*, animal mucho más grande que los que existen en la actualidad,

Carlos que había visto muchas veces esqueletos de grandes animales en los museos de América y Europa, aseguró que aquel pertenecía á un elefante ó algún otro animal análogo, pues en realidad no tenía noticia de que hubiesen existido elefantes en Sud América.

Las partidas que se habían dispuesto á buscar á León, salieron á los bosques.

Carlos resolvió quedarse en el yacht; pero Mbeguá y Mister Mac-Gregor fueron con los indios en busca del naturalista.

Entre ellos iban algunas mujeres con intención de juntar frutas silvestres.

Se le había puesto entre ceja y ceja al escocés que la india gorda, su elegida, sabía donde estaba Alegorí, y en qué sitio tenía oculto á León, pues la opinión de que eso era lo que ocurría, se había generalizado entre los indios.

Interrogó, Mister Allan Mac-Gregor á su cara elegida por medio de Mbeguá, y esta contestó evasivamente.

El escocés no se convencía de la ignorancia de su consorte provisoria y resolvió averiguárselo personalmente empleando medios más activos.

Cuando camparon al medio día en la espesura del bosque, tentó de nuevo su investigación, y la india por fin le hizo señas de que la siguiera.

Mr. Allan creyó que iba á conducirlo al sitio donde se hallaba León y siguió á su mujer.

Se internaron en la selva.

Llegó la hora en que debían seguir su camino los buscadores de León, pero la india y Mister Mac-Gregor no regresaban. Resolvieron dejarlos. Ellos aparecerían ó saldrían al aduar de Sanraï.

Aquello era ya demasiado perderse!

Los naturales siguieron su camino, fueron á las salinas, registraron todos los bosques, costearon el río, buscaron por todas partes y no encontraron á León.

A los cuatro días regresaron al campamento, pensando que tal vez hubiese aparecido.

León estaba ya en el yacht, y Alegorí afirmaba que se había perdido involuntariamente. El naturalista no había querido declarar, ni al mismo Carlos, que había sido sustraído, pero estaba firmemente dispuesto á no salir nuevamente solo con la hija de Sanraï.

¿Qué sucedía á Mister Mac-Gregor, mientras tanto?

Esto es lo que diremos en seguida.

XLVI

Un muerto por venganza

Nuestro escocés no había llegado al yacht y Carlos se dió á los diablos caundo vió que no venía entre los cazadores indios. Estos le declararon que se había separado de ellos desde el primer día.

— Otro perdido! .... pero á éste no lo espero, dijo Carlos.

Pobre Mister Mac-Gregor! .... él no se había perdido voluntariamente! algo más grave le ocurría.

Los prosélitos ó adictos de Manuel Largo, espiaban la ocasión de vengarse de Sanraï, y parece lo habían hecho prisionero y ahorcado en un árbol acribillándolo á flechazos.



Esto se decía.

La noticia se evidenció, pues el buen escocés fué encontrado por los cazadores de Sanraï, y cristianos é indios concurrieron al sitio donde había sido sacrificado el noble cazador de nutrias, al que dieron honrosa sepultura debajo de un árbol.

Su rostro estaba completamente desfigurado por golpes y maceraciones pero le reconocieron por las prendas de su traje.

Las aves rapaces y los murciélagos habían destruído sus manos y su rostro.

La gorda había sido hecha prisionera! . . .

Carlos, condolido por aquella muerte y deseoso de honrar la memoria de su amigo, colocó sobre su tumba una cruz, sujetó á ella una mandíbula de asno que encontró en la inmediación, y en el hueso blanco, â imitación del Corán de Mahoma, le escribió un epitafio.

Cuando regresaron al yacht los cazadores, después de sepultar al compañero, visitaron á Sanraï y á Pananichí, anunciándoles que estaban disduestos á regresar á su país y que esperaban visitarlos de nuevo en el año venidero.

Sanraï manifestó su sentimiento por la partida; y Alegorí lloró amargamente cuando trasmitieron á su padre aquella resolución.

El cacique demostró deseos de que le explicasen á qué animal pertenecían los grandes huesos que León había acondicionado y cargado en el yacht; éste explicó que aquel era el esqueleto de un *mastodonte.*

El sabio Cuvier, dijo, dió á ese animal el nombre griego, por la forma de pezones que tienen sus grandes dientes, pero Buffón le había ya llamado *Elefante del Ohio*, por ser en aquellas comarcas de Norte América donde se encontraron sus restos por vez primera, para los naturalistas.

El cacique pidió que le hiciesen un dibujo del animal en la forma que había tenido y León pre-

sentó en una hoja de su cartera una lámina que dibujó á grandes rasgos.

— ¡Es muy parecido al tapir! dijo uno.

— Más se parece al jabalí, agregó otro. Y discutiendo sobre á qué animales de los actuales se parecía más el mastodonte, se hizo un gran grupo de indios y de curiosos en torno de Sanraï y de Pananichí que examinaban la original figura.

Cipriano preguntó que si era verdad que todos los animales habían sido creados por Dios en un sólo día.

León explicó que esa afirmación de los sagrados libros era simplemente un simbolismo, pues el planeta que habitamos, en las diversas épocas de su enfriamiento y según consta por los anales inequívocos de la geología, ha dado lugar á la existencia de muy diversas razas de animales, extinguiéndose estas muchas veces ó perfeccionándose con relación á su origen más rudimentario.

XLVII

De regreso

Dos días después de dar sepultura al que creyeron cadáver de Mister Mac-Gregor, se emprendió el viaje de regreso con gran satisfacción de Carlos, que no veía la hora de llegar al lado de su adorada Amalia.

Mbeguá se mostraba menos contento al regresar á su choza, que cuando había emprendido la partida; influía probablemente en el estado de su ánimo la circunstancia de ser él el único casado de los que tripulaban la nave. Los jolgorios, las elecciones de mujer, las cacerías por entre los frondosos bosques y las luchas con los tigres que constituían uno de los mayores encantos de aquella vida, iban á terminar tal vez para siempre.

Cuanto más indio es el hombre, más le cuesta alejarse del suelo patrio y esto es una suerte para muchos, porque si no fuesen tan indios los europeos, no tendríamos ya en suelo argentino estancias de doscientas leguas!

Cipriano parecía más indiferente; cumplía lo mismo con los deberes de gratitud que le vinculaban hacia el padre de Carlos, quedándose en el


MALHARRO

Chaco ó regresando á Buenos Aires. A su edad se tienen pocos anhelos y todas sus aspiraciones estaban satifechas volviendo á su casa y al medio tranquilo en que acostumbraba vivir.

León era el hombre verdaderamente contento de todos los del grupo. Había realizado un viaje de gran provecho, coleccionando innumerables plantas, y su herbario, de aquellas vastas zonas, sería el mejor y más bien preparado.

Las colecciones de aves, de insectos y de pieles, eran también de gran valor, y el esqueleto del mastodonte que ya suponía armado en el gran salón de la estancia de su padre, colmaba de satisfacción al joven que, en resumen, sólo había pasado por unas horas de contrariedad cuando se vió robado.

León, disgustado por la mala partida que Alegorí le jugó haciéndolo extraviar en el bosque, no le había permitido en las últimas noches permanecer á bordo; pero la amorosa india quedábase en la orilla pescando ó tegiendo reclinada en una hamaca de Chaguar que había colocado de uno á otro tronco en un grupo de árboles próximo al embarcadero.

Cuando el yacht iba á partir, el Petizo dijo á León que Alegorí quería ir con ellos en compañía de Mbeguá, pero el naturalista se excusó á fin de no llevarla, y como medio más eficaz de desa-

sirse de compromiso moral, en que lo ponía su afectuosa cuidadora, le hizo decir que regresaría al año siguiente.

La hija de Sanraï no creyó ó le importó poco aquella promesa para el futuro. Trataba de resolver una cuestión del presente y se hubiera metido en el yacht, si no fuera el temor de verse rechazada por su amante delante de las otras indias.

León se había quedado en el yacht, y el tablón que comunicaba con la tierra se levantó por fin. Los indios, desde la costa, se despedían de los cazadores blancos con gritos y alaridos, y éstos les prometían volver muy pronto trayéndo una infinidad de útiles y de bagatelas que les habían sido encomendadas, naturalmente sin dar el correspondiente importe.

Carlos, Cipriano y Mbeguá hicieron levantar vapor á la máquina del yacht, y al mismo tiempo que Pananichí y sus indios regresaban á sus tierras, levaron el ancla y pusieron la proa al Sudeste.

El río formaba más abajo una gran curva, cuyo arco, como sabe el lector, tendría unas trenta millas; y el yacht, navegando á media fuerza, no empleó menos de dos días en dar la inmensa vuelta, formada por muchos recodos menores.

El carbón de piedra había sido consumido en el viaje de ida y durante la estadía en los domi-

nios de Sanraï; pero Mbeguá y Cipriano conocían bien las plantas de *Guayacan* ó Palo Santo, que proporcionan un espléndido combustible para las máquinas de vapor, por la fortaleza de sus fibras y la resina que contiene; así es que á los dos días después de dar la gran vuelta, detuvieron la marcha y bajaron á tierra munidos de rifles y de hachas, con la intención de proveerse de leña.

León y Carlos desembarcaron también en la piragua, deseosos de ayudar á trasportar al yacht los trozos de madera.

Se habían derribado varios árboles y en el afán del acarreo pasó todo un día.

A fin de evitar una varadura, si navegaban de noche, se creyó más oportuno esperar al día siguiente para seguir el viaje.

XLVIII

El alma en pena

Al caer la noche, unos lastimeros gritos entrecortados se oyeron del lado de la costa.

Parecían percibirse algunas palabras; pero Mbeguá ni nadie de los que oían atentamente, pudo comprenderlas.

Carlos pensó que aquella era tal vez una voz de auxilio ó de socorro solicitado desde el bosque y que por lo tanto convenía echar el bote en protección de quien daba tan lastimeros ayes.

Mbeguá se opuso á aquella resolución explicando que la voz no debía provenir de un enviado de Sanraï, de cuyas tierras creían haber salido ya, ni ningún viajero ó necesitado de auxilio, y que probablemente aquello no era más que una estratagema de los adictos de Manuel Largo, que buscaban hacerles arrimar á la costa para arrojarles sus flechas á traición.

Aquella precaución del indio pareció muy prudente á los cazadores, que desistieron de bajar á tierra.

Carlos indignado por la idea de que los quisiesen traicionar, tomó un rifle Colt é hizo varios disparos.

Las voces aumentaron con las descargas del rifle, y pasó media hora con pocas alternativas de silencio.

Hacía ya algunos minutos que no se oía ruido y se conversaba sobre cubierta, cuidando siempre de mirar en derredor de la nave, por temor de que los salvajes aprovechándose de la oscuridad asaltasen el yacht en sus canoas.

Un bulto movible y oscuro pareció percibirse entonces sobre la quieta superficie de las aguas.

León, Carlos y Cipriano no podían distinguirlo, pero el indio afirmaba que aquello era un camalote ó un animal que trataba de aproximarse atraído tal vez por la luz del farol de tope.

—Sea animal ó sea chalupa de indios, repuso Carlos, sacando su rifle de nuevo, tan pronto como vea el bulto le meto las balas que me quedan E iba á apuntar buscando el objetivo, cuando una formidable imprecación en inglés llenó á todos de sorpresa.

— *What the devil! ¿ don't you hear my voice?* ¡Por mil diablos! ¿No oyen mis gritos?

Los tripulantes del yacht sorprendidos al oir aquella voz que les había sido tan familiar, se preguntaron recíprocamente: ¿Habrá resucitado Mister Mac-Gregor?

El bulto estaba ya á la vista: era un hombre.... venía nadando agarrado á un tronco de árbol.

— *What the devil!* dijo de nuevo el aparecido. *¿ Me quieren ustedes dejar ahogar?* (Esto no sé como se dice en inglés).

León y Carlos se convencieron de que en realidad aquel era el escocés en persona y no su alma, como decían Cipriano y Mbeguá.

Echaron la lancha al agua, y el cazador de nutrias subió á bordo, abandonando el tronco á las corrientes.

—Oh!........ Mister Carlos! dijo entonces

aquel hombre — yo no pensaba que ustedes me tendrían tan mala voluntad dejándome perecer entre los salvajes! cuando yo soy un buen amigo que no quise dejar á ustedes entrar solos al país de los Tobas y abandoné mi choza y mis pieles, resolviendo acompañarlos!

—Mister Mac-Gregor, dijeron Carlos y León; nosotros hemos estado hasta este momento en la seguridad de que usted había sido muerto por las hordas de Manuel Largo! ... Hay más. Le hemos descolgado á usted del árbol donde lo ahorcaron y lo acribillaron á flechazos y le hemos dado piadosa sepultura, poniendo sobre su tumba una cruz.

—*The devil!*... dijo el cazador que tiritaba de frío, porque estaba desnudo y aun no había secado su cuerpo después del largo baño. Yo hubiese preferido que en vez de aquel epitafio me hubiesen ustedes dejado sobre la tumba una botella de.......... Esta práctica de dejar alimentos ó líquidos sobre las tumbas de los muertos, que es práctica de salvajes, la juzgo en este caso mucho más útil que la que tenemos entre nosotros de poner epitafios ó cruces de madera.

Agregó que hacía varios días que no comía más que cogollos de plantas y pidió encarecidamente le diesen ropas con que vestirse y algún alimento.

Mbeguá y Cipriano empezaron á creer que aquel era en realidad Mister Mac-Gregor en persona cuando lo vieron beber; le trajeron ropas y carne cocida, pero el escocés que tenía más hambre que frío, se lanzó vorazmente sobre Mbeguá, quien pareció dudar de nuevo, en aquel instante, de que era un amigo el que se le aproximaba y largó el alimento atemorizado por el semblante voraz del pobre cazador de nutrias, huyendo del fantasma precipitadamente hacia la proa del buque.

El escocés prorrumpió de nuevo en un tremendo voto y León y Carlos que no se explicaban como había ocurrido aquella aventura, le ayudaron á vestirse y alimentarse, pidiéndole que les contara como había podido salir ileso de debajo de la tierra, después de haber sido tan bien muerto y enterrado.

Mister Mac-Gregor, que tenía pocas ganas de bromas les suplicó que tuviesen compasión de sus necesidades, prometiéndoles en retribución y después de unas horas de reposo, contarles cuánto le había sucedido después de separarse con su gorda del grupo de indios que buscaba á León.

XLIX

Perdido y en camisa

El pobre hombre que había llegado durante la noche á bordo del yacht, desnudo, muerto de hambre y aterido de frío, descansó, se abrigó y se alimentó lo bastante en aquella noche para que al siguiente día se considerase sano y salvo.

No era broma lo que á Mister Mac-Gregor le había pasado.

Mientras marchaba el yacht al día siguiente, contó á sus compañeros, que cuando la india gorda lo llevó al bosque, él había supuesto que iba á conducirlo al sitio donde tenían oculto á León.

Después de caminar un buen rato, y como era la hora calurosa de la siesta, su india no quiso seguir más adelante, y con el propósito de descansar se durmieron al pie de un árbol frondoso. Él se quitó las ropas, dejándose sólo la camisa, para gozar del fresco, y su traje de escocés, los botines, sus armas y su gorro quedaron en la proximidad.

Dos horas habrían pasado, las que destinó casi por completo al sueño, y cuando despertó á los gritos de la mujer, vió que ésta era conducida por

unos hombres, y que uno de ellos, que parecía blanco y que llevaba su escopeta, se había vestido con su traje de carácter y sus botines.

En resumen, nuestro noble hijo de Sir Allan y hermano del primogénito que tenía asiento en el Parlamento, había sido robado de cuanto poseía, quedando desnudo, descalzo, sin armas y sin mujer y aunque gritó, nadie le hizo caso ni vino en su auxilio, y cuando quiso correr, fué detenido por las espinas y las zarzas que le impedían andar tan ligero como iban sus zapatos.

El infortunado escocés después de varias intentonas de carreras y gritos en distintas direcciones, creyó dirigirse por un estrecho sendero al sitio donde estaba la carabana, pero obligado á marchar lentamente y á fijar su atención en donde tenía que poner los pies para avanzar, no llegó nunca al paraje que buscaba, y si llegó fué tan tarde que los otros compañeros habían ya partido.

Aquella noche estuvo verdaderamente acosado por los mosquitos, que lo aprovechaban tenazmente viéndolo en traje tan liviano, El cazador seguía su marcha espantándose las nubes de insectos con un gajo de árbol.

Creía dirigirse al aduar de Sanraï, ó á las márgenes del río.

La primera noche tuvo que pasarla en una po-

sición bastante incómoda. A fin de poder dormir sin que un tigre ú otra fiera lo asaltase, se subió á un árbol y permaneció acurrucado en una de la horquetas más altas, durmiendo el sueño de los pájaros y ocultando lo más posible á los mosquitos sus desnudas piernas, mal cubiertas por las faldas de una camisa estrecha y corta.

Al siguiente día, bien temprano, estuvo en condiciones de seguir su marcha: no se duerme mucho en esa posición; pero había visto desde la copa del árbol una humareda que se levantaba á la distancia. Pensó que donde hay humo hay fuego, y donde hay fuego hay que comer ó por lo menos en donde calentarse, y resolvió bajar del árbol y seguir en aquella dirección abandonando momentáneamente su proyecto de buscar la costa.

Dos horas después llegó el peregrino al sitio de la quemazón y vió que había ido á *humo de pajas* y que la línea del fuego se tendía en diversas direcciones. Pero Mister Mac-Gregor era un notable cazador de nutrias y nunca un escocés y menos un cazador, se ha ahogado en tan poca agua.

El hombre estaba dispuesto á hacer su desayuno y la necesidad aguza el ingenio.

Desde el primer momento en que se encontró en traje de Adán, solo y perdido en medio de la

selva, se había munido de un buen garrote que después cambió por otro que le pareció mejor. Nadie dudará de que un garrote es un arma, nosotros afirmamos algo más: el garrote fué la primera arma que tuvo el hombre; que era poco amigo de andar por las breñas buscando guijarros, cuando todavía no tenía *tamangos ó usutas ó sandalias;* (si se quiere que la palabra sea más castiza).

Pero como el tamango no es la usuta ó sandalia bíblica, nos hemos colocado en la situación de investigar aquí, cuál de los dos calzados tiene una más remota antigüedad para atribuírselo al primero que se calzó después de llevar garrote.

Opinamos que el tamango, porque puede hacerse con solo agujerear en la orilla un pedazo de cuero de cualquier forma, mientras que la usuta quichua es de una invención más moderna, porque para su fabricación se necesita cuchillo ó tijera á fin de dar al cuero la forma de la planta del pie.

Pero tratábamos del garrote, y decíamos que fué la primera arma de que el hombre se encontró munido, y por lo tanto, la única que pudo obtener Mister Mac-Gregor en el bosque, al mismo tiempo que, una formidable espina de acacia se le clavó en el pie, obligándole á sentarse en una mata para proceder á su extracción.

Oh! mala suerte!

L

Ante su epitafio

Las digresiones están pesadas en el capítulo anterior, pero nos corregiremos en adelante siguiendo estrictamente el relato de lo que pasó al escocés, que próximo al fuego se sacó la espina, y en posesión de su garrote, calentaba su cuerpo, y pensaba en cómo haría para proporcionarse alimento que calmara su hambre, que empezaba á ser canina.

Contemplaba las llamas que habían tomado posesión de un añoso tronco, cuando de pronto unos cuantos conejos, que tenían entre los raigones su oculta guarida, empezaron á huir espantados por el fuego.

Lo que hizo aquel hambriento, á cualquiera se le ocurría; se precipitó á saltos sobre los inofensivos conejos y bien pronto, desparramando palos y zancadas, estuvo en posesión de algunos, que despellejó y asó de la mejor manera, utilizando como cuchillo un pedazo de costilla de buey que encontró en la proximidad de aquel paraje.

Bien pronto almorzó «*Libre á la broche*», manjar que no siempre puede uno proporcionarse viviendo en las ciudades, y reflexionó que como

no en todo tiempo, ni todos los días iba á encontrar á su paso fuego y conejos, le convenía ocuparse de hacer una provisión de carne asada que llevaría consigo para alimentarse, mientras buscaba las márgenes del río Bermejo y el aduar de Sanraï.

Como nada hay inútil para el que de todo carece, el escocés hizo secar las pieles de conejo al calor de las llamas, cuidando de no quemarlas, y con ellas, puestas con el pelo para adentro se forró los pies bastante hinchados, y llenos de lastimaduras, después de marchar descalzo desde el día anterior.

Ensartó luego con un bejuco los trozos de carne, los adhirió á un extremo de su garrote, y calzado, armado, sin hambre, y provisto de alimento para dos días siguió su camino creyendo tomar la dirección y las sendas que lo conducían á las márgenes del río.

—*The devil!* .. dijo de pronto, por ahora lo que me falta es... otra cosa... !

Caminó lo que restaba de aquel día, y durante la noche volvió de nuevo á subirse á un árbol para dormir, aunque incómodo, con más tranquilidad que en la noche anterior.

A la madrugada siguiente, cuando descendía de su elevada cama, vió un *tamanduá* ú oso hormiguero que estaba en la proximidad desayu-

nándose en una madriguera de los voraces insectos que le dan nombre.

—Ya tengo pantalones! dijo Mister Mac-Gregor,



y aproximándose sin hacer ruido por la espalda del animal, con su garrote enarbolado, le descargó tan formidable golpe sobre la cabeza, que el indefenso cuadrúpedo quedó en el sitio sin hacer siquiera mención de huir; le sacó luego la piel, valiéndose de sus propias manos y de la costilla

que le servía de cuchillo, y envolvió con ella sus piernas atándosela á la cintura.

Siguió su marcha, no olvidando cargar con alguna carne del oso en reposición de la asada que ya había consumido.

A medio día, cuando el calor empezó á hacerse sentir, pensó que sin contrariar el orden de la Naturaleza, podía tomarse unas horas de descanso y hacer secar al sol el cuero del oso hormiguero, que por estar aún fresco, pesaba demasiado.

Seguía el sendero buscando un sitio abierto de árboles para tender su cuero, cuando le pareció percibir en la proximidad una tierra removida y sobre ella vió una cruz.

—¿Una Cruz?

—Por aquí han enterrado á alguno! dijo, y esto es buena señal. Me encuentro cerca de gente civilizada!

El perdido se aproximó á la cruz, á la que estaba adherida, por medio de un bejuco, una quijada de asno, que tenía escrito con lápiz el siguiente epitafio:

AQUÍ YACE MISTER ALLAN MAC-GREGOR
Noble de origen y de sentimientos.
Sabio expedicionario.
Mártir del salvagismo, fué asesinado alevosamente.
Murió en servicio de la ciencia.
Paz en su tumba!

—Esto es inexplicable! se dijo el buen hombre emprendiendo un monólogo en voz alta.

Yo soy Allan Mac-Gregor y es verdad que soy noble, pero esto de que soy sabio y he sido asesinado por los indios en servicio de la ciencia, no me parece verdad!

Tanteóse por sobre la delgada camisa, como queriendo cerciorarse de si él era en realidad el que observaba ó el que estaba enterrado, y volvió á leer el epitafio, pensó y... ó hay dos Mac-Gregor...... ó han enterrado á otro por mí! En cuanto al epitafio, tomado en conjunto, prosiguió, bien podría clasificarse de elogioso, pero ésto no debe extrañarme, teniendo en cuenta que el que lo ha escrito consignaba datos para la posteridad y siempre se ensalza á los que desaparecen, llegando esta práctica, á tales extremos, que los mismos muertos, si resucitaran y leyeran sus epitafios, no se reconocerían ó se morirían de risa.

Mac-Gregor agregó que á él nadie lo había colgado, ni flechado, ni enterrado y que probablemente lo que sucedía era que los indios habían hecho todo eso con el bandido que le robó sus ropas, su mujer y sus botas.

León dijo que, en realidad, después de lo que él había contado, no podía hacerse nadie una explicación más racional á propósito de su aparente resurrección.

—Yo garantizo, dijo Mac-Gregor, que esta aventura de pasar por sobre mi propia tumba, leer mi epitafio, descansar al pie del árbol que sombreaba mis restos sepultados desde hacía unos días y cuanto me está pasando, no le ha ocurrido á escocés alguno.

Carlos agregó que tenía mucha razón, y le pidió que continuara su relato.

El escocés solicitó un trago de..... no dijo que licor, para suavizar la garganta, y agregó que, después de abandonar el sitio de su tumba, había vagado dos días más por entre los bosques, hasta que encontró la orilla del Bermejo, siguiendo las rastrilladas de los animales salvajes que lo condujeron hasta el agua.

—Cuando encontré el río, continuó, me creí salvado, pues supuse que aunque ustedes estaban por regresar, no habrían salido todavía, y siguiendo la costa, cuyo cauce reconocí, esperaba encontrar el yacht ó el aduar de Sanraï.

Preguntáronle por burla qué interpretación bíblica tenía todo lo que á él le había pasado en el bosque, y el buen hombre dijo que Dios mandaba trabajos y sufrimientos á sus criaturas para facilitarles el camino de la vida eterna, donde los bienaventurados se lo pasan divertidos en el goce, asaz monótono, de cantar eternamente el *Gloria in excelsis Deo*, y que él estaba

convencido de haber adelantado mucho camino para la salvación de su alma con aquella peregrinación.

LI

Lo que puede el amor

El yacht había navegado durante todo el día, dando otra gran vuelta del río. Estarían esa tarde á unas cuatro leguas en línea recta del punto de donde apareció Mister Mac-Gregor y á nueve de las tolderías de Sanraï.

Se ancló para pasar la noche á unos cincuenta metros de la costa.

Mbeguá hacía la guardia nocturna y todos se durmieron. León tendió su hamaca sobre cubierta, con intención de reemplazar al indio cuando llegase la media noche.

Serían las nueve. La luna alumbraba suavemente la superficie plateada de las aguas, y los bosques, en espesos nubarrones, formaban á lo lejos la línea gruesa del horizonte chaqueño.

León, que aun no se había dormido, miraba desde su hamaca la ancha y azulada bóveda del cielo tachonada de espléndidas estrellas.

La vía láctea, con sus innumerables nebulosas,

sus cavernas y brillantes soles, le habían desvelado y se extasiaba en la contemplación de las maravillas del infinito espacio.

Fué de pronto interrumpido en sus meditaciones por el piar insistente y el movimiento que hacía en su casilla el casal de palomas torcaces que le había regalado la hija de Sanraï días antes de su rapto.



– Estos animales, dijo León á Mbeguá, no han de haber comido hoy; prueba darles agua y alimento.

—Señor! tienen agua y grano al lado de su nido.

León observó entonces la verdad de la afirmación de Mbeguá; pero las avecillas seguían inquietas, y un momento despues salieron de la caja donde tenían

su nido y echaron á volar hacia el lado de la tierra.

No se explicaban que aquellas avecillas tan domésticas y mansas abandonasen su nido á aquellas horas sin una causa, pero Mbeguá que prestaba atención á los movimientos y á la curiosidad de León, se aproximó á la hamaca, y levantando el dedo índice á la altura de la oreja y apuntando á la costa vecina, dijo con voz misteriosa:

—¿Oye... oye... patrón? Allí está la dueña de las torcaces, Alegorí, la hija de Sanraï!

León dudó al principio recordó después que la joven india imitaba un canto especial de paloma, cuando quería hacerse seguir de las torcaces que había criado, y no dudó entonces de la aseveración.

Pero, ¿cómo había venido Alegorí hasta aquel paraje?

¡Es que el hijo del Chaco no se pierde en las selvas! Conoce los tortuosos senderos y las ocultas grutas que conducen á los ignorados antros del bosque; sabe las vueltas de los ríos y los accidentes de su comarca natal, como todos los hombres de su tribu.

Alegorí, con la certeza del rumbo con que se cierne en los aires el águila que va á otra cumbre, había cruzado en línea recta el territorio, é iba de nuevo á intentar que se la admitiera en el yacht al lado del hombre que amaba.

Estaba resuelta á abandonar la vida de los bosques, su libertad, los placeres amables de la vida campestre y errante, la familia, los seres queridos y cuanto en su tribu poseía, por seguir en aras del destino la caprichosa suerte que le deparaba un porvenir desconocido.

Su imaginación, inquieta, sus pasiones despertadas al calor de los trópicos por una pasión superior por un hombre de una raza temida le hacían ver la vida por un prisma especial.

Cerca de León todo era dicha, amor, contento, felicidad y gloria. Ausente de su lado, el infortunio, la desesperación, la muerte!

De pronto se oyó un canto; aquellas notas de música agreste y sencilla, entonadas por la voz dulce de una mujer joven eran capaces de comprenderse y de traducirse por cualquier alma sensible.

El afecto no ha tenido nunca idioma!

Nada nos importan las palabras de aquel cantar Toba, El amor no admite forma especial para comunicarse. Alegorí cantaba, y aquél era un canto de amor, como es de amor una mirada ó un suspiro ó la presión templada de una mano que se estrecha.

Las palomas fueron y volvieron; el canto siguió oyéndose con cortas pausas y León estaba absorto, inmóvil en su hamaca, tratando de resolverse á tomar una resolución definitiva.

La joven india le inspiraba temor. La que había sido capaz de robarlo y tenerlo oculto en los bosques varios días podría proporcionarle serias contrariedades, después de regresar á Buenos Aires.

Alegorí no había llamado á los tripulantes del yacht; deseaba indudablemente conocer qué actitud espontánea asumían ellos al conocer su presencia en la ribera á aquellas horas de la noche en que las fieras buscan su presa, husmeando el rastro vagoroso de la corzuela y el pecarí.

Un instante pasó sin que la lancha del yacht se desprendiera para dirigirse á tierra. Habia salido la luna y Alegorí veía á Mbeguá pasearse por la cubierta del barco, y de á bordo se distinguía en lo alto del barranco la original silueta de la hija de Sanraï.

El indio preguntó por fin á León, si irían en busca de la joven, que después de un instante le llamó en su auxilio.

Carlos observó á León que no era humanitario dejar á la hija del cacique amigo, á la simpática Alegorí, pasar la noche en la costa, expuesta á mil peligros.

Mbeguá había vuelto á insistir en sus preguntas.

León pensó que podía recibirse á bordo á Alegorí por aquella noche y que al día siguiente habría razones para hacerla regresar á la toldería de su padre.

En definitiva, el bote fué en su busca y Alegorí entró á bordo dispuesta á no abandonar más el yacht.

Los obstáculos habían sido vencidos; triunfaba el amor.

Al día siguiente, temprano, se levantó vapor en las calderas del « Diana », y todo se dispuso para seguir la marcha; pero era necesario dejar á Alegorí en la costa, para que volviese al aduar Toba; y León dijo á Mbeguá que manifestase á la hija de Sanraï que la habían protegido sólo durante aquella noche, que tenían que partir y que era tiempo de que bajase á tierra y volviese á su toldería.

Las facciones de la india sufrieron una verdadera transformación al oir las palabras de Mbeguá. Púsose entonces de pie delante de León, y apuntando con el índice dijo en toba estas palabras.

—¡ Ves aquel barranco, hombre sin corazón! Si te resistes á que sea tu esclava después de haberme hecho consentir en tu cariño, me arrojaré desde lo alto, porque la vida me es insostenible y lo que tú no quieres permitirme, lo harán las rojizas aguas del río natal. Estas corrientes arrastrarán mi cuerpo, en pos de tu barco fugitivo!

La verdad y el sufrimiento se manifiestan de una manera tan evidente en ciertos casos, que á nadie infunde duda. León comprendió por la ac-

titud y el semblante de aquella joven resuelta, que cumpliría su propósito si era abandonada en la ribera.

El afecto, el amor, el cariño de una mujer, aunque sea india y no sea amada, ejerce una influencia misteriosa sobre el ánimo de cualquier hombre bueno, porque son sentimientos innatos del corazón, que se sienten en todas las zonas y por todas las razas, estrechando con eslabones misteriosos.

La intensidad del amor de aquella pobre muchacha estaba bien definida en la decisión de sus resoluciones, y León, aunque contrariado, no veía con indiferencia que ella se conquistaba luchando brazo á brazo el derecho de ocupar un lugar en su cariño.

Alegorí triunfaba en la comprometida lucha, porque las resoluciones firmes son irresistibles y más las que tienen por egida la gran piedra de toque.

El yacht marchó de nuevo y el corazón de Alegorí palpitó con alegría al abandonar sus bosques, sus lagos y sus bellas florestas. Sus ojos grandes y negros como la noche, dejaron escapar entonces dos lágrimas ardientes. No eran las amargas lágrimas que arranca el sentimiento. Cumpliendo con las inclinaciones de su capricho y las supremas de su voluntad seguía al hombre que había

amado por vez primera y aquellas lágrimas, y aquellas palpitaciones eran la expresión ingenua de una suprema dicha.

LII

En pos de la corriente

El yacht navegó algunos días deteniendo su marcha durante la noche, para evitar las varaduras en los escollos ó troncos de grandes árboles que arranca la corriente.

Varios grupos de indios asomaron por las alturas de las barrancas en diversas ocasiones, pretendiendo detener la marcha de «El Diana» á fin de entrar en parlamento; pero los exploradores habían llevado á feliz término su expedición y anhelaban volver á sus hogares.

León se preocupaba del mejor acondicionamiento de las plantas, las flores, las pieles y los huesos del mastodonte.

Carlos había perdido la inspiración y no hizo, durante el viaje de regreso, ni un sólo verso.

Las musas habían quedado en los bosques y en las florestas vírgenes. El, sólo aspiraba volver pronto al lado de Amalia, y se preocupaba del

cálculo de las millas andadas. Echaba frecuentemente la corredera; sabía con exactitud la velocidad de las favorables corrientes del río y las horas y minutos que se navegaba en cada jornada.

Cuando llegaron á la «Colonia Victoria», dió á Mister Mac-Gregor el tiempo indispensable para bajar á tierra á informarse de si su hangada y las pieles de tigre habían sido llevadas á Corrientes y entregadas á don José.

Alegorí se valía de Mbeguá para hacerse entender de Carlos y de León y no estaba contenta por cierta frialdad que había notado en sus relaciones con León.

La preocupacion de la hija de Sanraï era aprender el castellano, y después de dos meses de continuas lecciones, hablaba ya algunas palabras y comprendía bien cuanto se la decía.

Mbeguá estaba en las intimidades del amor de su sobrina y se había dado exacta cuenta de la situación de León. Era el confidente forzado de la muchacha y alguna vez los exploradores llegaron á pensar, ante las obsequiosidades del indio, que su afecto por la sobrina no era del todo desinteresado.

León veía con indiferencia aquellas demostraciones de que también Alegorí se había apercibido.

Mister Mac-Gregor supo en «Colonia Victoria» que su choza perdida había sido entregada á don

José y que éste se hallaba restablecido ya de las heridas que le produjo la lucha con la serpiente boa.

Los cachorros de tigre y los loros domésticos volvieron al yacht y Alegorí se encargó de ellos.

Dos días más tarde fondeaban en la ciudad de Corrientes; el escocés debía quedar allí.

Había que cargar carbón y provisiones frescas.

Cipriano fué encargado de las compras y Carlos bajó á tierra deseoso de recibir las cartas de Amalia que indudablemente tendría en el correo

Alegorí se sorprendió al ver por vez primera una ciudad, y acompañada de Mbeguá siguió los pasos de León por las calles centrales.

Como el traje de la india no era el más á propósito para pasearse por entre la concurrencia callejera de la capital correntina, el naturalista entró en la primer tienda á la hija de Sanraï quedó vestida de la mejor manera posible. Ella aceptó dos vestidos, y después de las primeras pruebas, prefirió llevar los botines en la mano porque aquellas prisiones, aunque holgadas, la impedían caminar.

La muchacha se detenía absorta y pensativa ante la contemplación de las mujeres blancas, elegantemente vestidas, de *tipoy*, que encontraba á su paso. Difícil es decir los pensamientos que cruzaban por su mente en medio de aquella contem-

plación; establecía probablemente parangones entre ella y las desconocidas. Pensaba tal vez en los nuevos abismos que la distanciarían del cariño de León, y aquella aptitud contemplativa y aparentemente serena, era quizá la máscara que ocultaba las borrascas secretas de su alma apasionada.

Preguntó á Mbeguá si en la tierra de León había mujeres más lindas que aquéllas y la respuesta debió ser poco satisfactoria para Alegorí, porque en su semblante revelóse el sufrimiento

No lloró, sin embargo. Dió un grito ahogado, expresión única de un arranque ingénito que tenía mucho de despecho y que era el principio de los celos, esa terrible enfermedad de los enamorados infelices que no hay necesidad de describir, á fuer de conocida y de descrita.

El indio, aprovechando aquel momento psicológico, propuso á su sobrina huir al Chaco, volverse á su tribu y abandonar el yacht de sus señores.

No extrañará nadie que el pobre indio, enamorado, fuese capaz de cometer esa infidelidad con sus patrones, pero Alegorí no aceptó aquella proposición y siguió los pasos de León, viéndose obligado Mbeguá á hacer lo mismo.

Carlos había recibido cartas de Amalia en que le avisaba nuevamente que estaba enferma y le pedía que volviese.

León encontró también noticias de su padre en las que le indicaba la conveniencia de regresar para atender á la salud de Amalia.

Los jóvenes cazadores, después de las compras de provisiones hechas por Cipriano en dos días de estadía, estuvieron listos para seguir el viaje aguas abajo.

Todo tiene su término en la vida.

LIII

Teorías de un bebedor

Cuando iban á levar el ancla notaron que una canoa venía con dirección al yacht y vieron en ella la simpática figura de Mac-Gregor, quien después de agradecer todas las deferencias que por el habían tenido, resolvió, á la llegada á Corrientes, quedarse en aquella ciudad.

El buen hombre subió á bordo y todos creyeron que se trataba de una última y galante despedida; pero él dijo:

The devil!... Don't you know what appens to me?

¿No saben ustedes lo que me pasa?

—Oh! no... ¿qué le pasa á Vd.?

—Que don José, mi íntimo amigo y compañero de trabajos durante los seis meses que anduvimos cazando nutrias, secando pieles y coleccionando maderas, ha vendido todo y después de recibir su importe, se ha fugado para el Rosario.

—Tal vez don José se habrá ido con intención de volver trayéndole la mitad del dinero que á Vd. correspondía.

—Oh!... dijo el cazador de nutrias, si yo creyese lo mismo podría tal vez esperar mi plata hasta el día del juicio final!

Don José ha llevado todas sus cosas y ha vendido la chalupa y la linterna que eran compradas con el poco dinero que teníamos entre ambos cuando hicimos la sociedad para dedicarnos á juntar pieles.

—Eso quiere decir, agregó Carlos, que vamos á tenerlo á usted de pasajero hasta el Rosario?

—Ustedes son tan nobles caballeros que yo no tengo inconveniente en pedirles me hagan el nuevo favor de llevarme.

Cipriano había izado el ancla; las corrientes concurrían grandemente á que el yacht «Diana», impulsado por el vapor y á veces por los vientos, volviese á su destino.

Un día que León y Carlos hacían remover la bodega del yacht, tuvo Mister Mac-Gregor una desagradable sorpresa.

No había ya *whiskey* ni bebida alguna.

Sólo encontraron varios frascos de agua de Colonia y otras perfumerías, y el escocés habló así:

« No han de ser siempre infortunios los que han de salirme al paso en mi azarosa vida! Yo perdí mi choza, quedando como Róbinson en las costas desiertas; fuí asaltado por un tigre que hubo de tragarme entero, á no haberlo sujetado por las muñecas; me han corrido los jabalíes en varias ocasiones; me han meado los zorrinos, obligándome á dormir fuera del yacht y con una india que muy poco se ocupaba de la tranquilidad de mi sueño; he sido robado en los bosques y obligado á andar cinco días desnudo como nuestro padre Adán. He cabalgado en un tapir. Mi estrella me ha llevado en camisa á visitar mi propia tumba, donde un amigo querido después de darme sepultura, me había dedicado un epitafio escrito en la quijada de uno de mis semejantes, he sido recibido á balazos creyéndome un fantasma y me han sucedido muchas otras inesperadas aventuras en la vida, tales como la de haber sido robado por mi mejor amigo. Pero confieso con la seriedad que el caso requiere, que todas estas penalidades y otras mayores son para mí humo de paja ante la dicha de tener en mis manos estas botellas que tienen la propiedad de hacer huir de mi mente los pesares, rejuvenecer mi corazón marchi-

to, volverme mi energía un tanto decaída y más que todo, curarme de este odioso reumatismo que me abruma y que es una especie de piedra suspendida sobre mi cabeza, dispuesta siempre á caer y á aplastarme!»

Viva el whiskey y viva la alegría... y si yo fuera rico, levantaría una estatua de oro á Noé, el más grande de los hombres, que fué quien salvó á la especie humana y á todas las especies, no por haber construído el arca y haber navegado cuarenta días, sino por haber sido el hombre sapientísimo que cultivó por primera vez la viña!

Carlos dijo al orador que aquello no era *whiskey* como él se imaginaba, sino agua de Colonia; pero el escocés destapó y se empinó un frasco prosiguiendo luego su discurso.

—Y á Baco, dijo Carlos, ¿no le levantaría usted otra estatua?

—¿Baco? no fué más que un *atorrante* (vagabundo) que sólo supo consumir de las bodegas que debían haber quedado para la posteridad, y á él y á todos los Bacos que existen, les tengo la más profunda antipatía, pues si no fueran unos exagerados, los buenos licores llegarían con más frecuencia á manos de los menesterosos y reumáticos que vivimos careciendo del néctar de la vida!

—Parece usted poco dispuesto á mortificar su cuerpo!

—Oh!... ese es el mayor disparate que puede cometerse.

—Mortificar ó atormentar el cuerpo, es aberración que sólo proviene del fanatismo ó de la ignorancia! dijo León sardónicamente después de la afirmación de Mister Mac-Gregor; y dirigiéndose á Carlos.

—La materia y el espíritu entran en nuestra naturaleza en partes iguales «aunque hay naturalezas que resisten más que otras al espíritu que les entra» y no puede existir una cosa sin la otra, siendo la salud de nuestro cuerpo la base de toda fuerza espiritual.

—Qué diría un fraile ó un teólogo de sus teorías y de las de León? dijo Carlos tratando de hacer continuar la arenga al escocés.

—Si fuera un fraile moderno, contestó León que había tomado por su cuenta la defensa de Mister Mac-Gregor, y si fuera inteligente, estaría íntimamente de acuerdo con nosotros, aunque sostuviese lo contrario. Si fuese un fraile de la edad media, época en que se apellidaban servidores de Dios y martirizaban su cuerpo en la ilusoria y especulativa creencia de una futura ganancia para su alma, nos costaría más convencer al infeliz de que rebajando la materia, se rebajaba á sí mismo y á toda la creación!

San Bernardo, según refiere el filósofo Feuer-

bach, prosiguió León, que tenía ganas de bromear, haciendo discursos joco-serios, había perdido á fuerza de atormentar su cuerpo el sentido del gusto á punto de tomar el vino por agua y la manteca por grasa, no consiguiendo sin embargo contener sus pasiones dispuestas siempre á inflamarse, (esto lo afirma la sagrada escritura).

—¿Y tú crees que Mister Mac-Gregor conserva su cuerpo abusando del agua de Colonia? dijo Carlos.

—¡*The devil!*... replicó el aludido; todo abuso es perjudicial y debe por lo tanto evitarse para la buena conservación de nuestro cuerpo y de nuestra alma! Una de las pruebas más evidentes de que yo no abuso, se descubre en el hecho de no ocurrirme las odiosas confusiones que dicen, le ocurrían á San Bernardo, pues distingo perfectamente el whiskey del agua pura, y el bueno del malo, y este es exquisito.

El escocés en agradecimiento de la defensa que León acababa de hacer, le pasó la botella para que bebiera un trago, pero León se perfumó las manos y el traje resistiéndose á beber perfumes, lo que sólo podía hacer un *droguista* obcecado.

LIV

En casa

Al siguiente día llegaron al Rosario, y Mister Mac-Gregor fué el primero en saltar á tierra, con la intención de averiguar si se encontraba allí don José.

Como las malas noticias no tardan en saberse, el pobre hombre, encontró en la ribera al barquero aquel que navegaba las aguas del Bermejo, cuando el yacht «Diana» estaba frente á la «Colonia Victoria», y este le informó que don José había estado dos días en el Rosario, dirigiéndose después á Buenos Aires.

Mister Mac-Gregor contó el hecho á León y á Carlos y éste le dijo: —¡pero mi querido amigo, es extraño que usted se haya equivocado tanto y se haya confiado en la amistad de un hombre que resulta ahora un pelafustán estafador!

—Señores, dijo el escocés; ustedes tienen mucha razón en creerme un tonto; yo no tengo el derecho de justificarme.

Habitualmente uno juzga á los demás por sí. Yo he creído á don José un hombre honrado y leal.

—¡Pero poner dinero en manos de los amigos

pobres, dijo León, es hacerlos pasar por la prueba del fuego!

-- *The devil!*... yo me creo capaz de guardar oro en polvo de cualquier amigo que tenga la confianza de dármelo en depósito.

León añadió: Yo tal vez le confiaría á usted oro en polvo, pero *whiskey* ó agua de colonia, no! La amistad, Mister Mac-Gregor, proviene frecuentemente de que uno atribuye á los demás, cualidades que en realidad no tienen.

—Según eso, replicó el escocés, usted no tiene amigos?

—Infortunadamente, repuso León, estoy privado de hablar de ellos en plural; pero puedo asegurarle que prefiero no tenerlos, á estar expuesto el mejor día á conocer que esa amistad está basada en el error.

—Verdaderamente, es terrible lo que á mí me pasa; pero como todo en la vida tiene sus compensaciones, según Santo Tomás, yo he tenido á la vez que ese sentimiento, la satisfacción de conocer á dos jóvenes tan excelentes y gustar después de mucho tiempo del delicado...w... que produce Escocia.

– Usted nos confunde, dijo Carlos, atribuyéndonos las cualidades que sólo tiene el licor de su predilección.

—Con y sin *eso*.... yo me declaro desde este

momento un fiel servidor de ustedes y les pido me permitan acompañarlos hasta Buenos Aires, donde tal vez encuentre aun á mi amigo.

En los días que transcurrieron, mientras se navegó de Corrientes al Rosario, Alegorí había acostumbrado sus pequeños pies al calzado y cuando los expedicionarios bajaron á tierra y recorrieron las principales calles, la hija de Sanraï quedó deslumbrada por la esplendidez de los edificios y de las lujosas tiendas donde encontraba á cada paso espejos en que contemplarse de cuerpo entero.

Mbeguá no había desistido en su pretensión de cautivar á Alegorí.

Según las costumbres Tobas, es perfectamente natural y propio que un hombre tenga tantas mujeres como pueda sustentar; y Mbeguá, aunque tenía á Polate en las tierras de León, no veía inconveniente en hacerse de otra mujer que, en resumen, le sostendrían sus patrones.

La joven india por su parte hacía probablemente comparaciones entre la tosca figura de Mbeguá y la gallardía de León, y es seguro que pensase que era mejor ser esclava del naturalista, antes que cónyuge adorada de su amoroso tío, cuyas proposiciones escuchaba con la glacial indiferencia con que se oye llover estando bajo techado.

Sólo por excepción podrían encontrarse mujeres

que, en este caso, prefieran al indio; son, no obstante tan originales!

Cipriano hizo la renovación de provisiones indispensables para continuar el viaje y dos días después el yacht llegaba al riacho próximo á las casas de campo, donde las familias y un crecido número de servidores esperaban á los viajeros dando muestras de alegría.

Como entraba el invierno, las familias habían regresado á ocupar sus casas de Buenos Aires y si se encontraban allí era sólo por recibir á los viajeros que del último puerto habían hecho telegrama.

El yacht entró á puerto y después del primer momento, de abrazos y saludos, León no descansó hasta que todas sus colecciones de plantas y los huesos del mastodonte se transportaron á tierra y se colocaron en sitios seguros.

Mbeguá volvió á su rancho en compañía de Polate su mujer, proponiéndose después de unos días llevarse á Alegorí; que como dice el refrán: *todo porfiado saca mendrugo.*

La hija de Sanraï se había ocupado de ayudar á León en la conducción y acondicionamiento de sus colecciones y sin que la presencia de la familia la contrariase, porque la estancia estaba sola, se instaló en una alcoba que comunicaba con el estudio de León y que como era en el primer piso de los altos daba al jardín por un pequeño balcón.

Carlos, en compañía de todos, siguió viaje para la capital y se preocupó sólo de Amalia y de sus bodas. Razón tenía el poeta para proceder así y aunque al fin del libro, damos la silueta de la novia, que un distinguido cronista publicó en un periódico, con motivo de su enlace.

LA DESPOSADA

« Hay en ella una suavidad más delicada que la de su cutis de porcelana, que la de sus ojos dulces y que la de su sonrisa buena; la expresión angelical é inocente de su ser. Su frente plácida, tiene la calma serena de quien no encuentra ni deposita sino afectos en la vida y bajo el arco levantado de sus cejas brillan sus ojos negros entre pestañas aterciopeladas. La nota sonrosada de sus mejillas se funde insensiblemente en el pálido mate de su tez; la nariz se diseña en una línea sin violencias y aquella boca expresiva tiene el pliegue habitual de una afable sonrisa. La suavidad de las líneas de su rostro contrasta admirablemente con el iris de azabache de sus cabellos negros y la prolongación de la nariz al labio da un carácter acentuado á los juegos encantadores de su boca.

Joven, en la primavera de la vida, tiene el prestigio de toda la frescura de su cuerpo bien formado

en una delineación llena, pero sin exageraciones.

El alma buena contemplada en el ejemplo de un medio purísimo, la hacen el ángel cariñoso de su hogar.

Toca el piano con el sentimiento de un corazón sensible, con la delicadeza de sus manos bellas y con la vaga fantasía de la aspiración juvenil que desmaya en sus ensueños. »

LV

Conclusión

Tres meses después de haber llegado el yacht, de regreso del viaje, las familias de nuestros exploradores ocupaban sus casas de invierno en la ciudad de Buenos Aires. Las estancias de la campaña estaban solitarias, ocupadas por algunos de los servidores, entre los que figuraba Cipriano, que era el más antiguo de todos.

Alegorí seguía instalada en la alcoba próxima al estudio de León.

Carlos y Amalia después del suntuoso baile de su boda, cuyas crónicas ocuparon á la prensa una semana, viajaban por el viejo mundo.

Las últimas cartas venían fechadas en Niza. Pasaban la estación de las flores á orillas del Mediterráneo.

León había organizado un nuevo viaje: exploraba la Patagonia y las proximidades del Estrecho de Magallanes. Allí debía permanecer algunos meses.

Mister Mac-Gregor, según noticias dadas por Carlos, en sus cartas, seguía en su compañía como hombre de confianza y hacía con menos frecuencia interpretaciones bíblicas á propósito de lo que le ocurría: pensando de tarde en tarde en la estafa que le hizo su amigo don José y las aventuras que le ocurrieron entre los Tobas.

Entonces, para disipar esos recuerdos tristes se dedicaba al whiskey.

Alegorí que había quedado sola en la estancia y en el silencio de aquella gran casa de campo, rodeada de árboles que perdían sus hojas día á día con los fríos del invierno, paseaba pensativa por los solitarios corredores.

Como las hojas que caían de los álamos veía la pobre india huir de su corazón las dulces ilusiones de su amor, primero é imposible.

Mbeguá acechaba á veces por entre las ramazones del jardín. Al ver á Alegorí, sus ojos brillaban entre las sombras con resplandores felinos. Pero la figura de León vagaba para él en torno de

la solitaria joven y acallaba los deseos que le sugerían sus instintos.

Empeñado en esa lucha consigo mismo, ideó un proyecto que puso desde luego en práctica. Por medio de otros indios que habitaban la propiedad, hizo correr la voz de que León no volvería, porque en el paraje lejano donde se encontraba, se había casado con una mujer blanca.

Alegorí dudó al principio de aquellas afirmaciones que llegaban á sus oídos por diversos conductos, pero cuando pasaron algunos meses sin que León regresara, empezó á convencerse de la verdad de aquel aserto.

La infortunada tomó desde entonces un aspecto sombrío y aun más meditabundo; no hablaba con nadie, alejábase sola por entre los árboles, y algo de siniestro y de repulsivo inspiraba á los que la veían pasar como una sombra, desgreñada su negra cabellera y torba la mirada, que acusaba claramente las vigilias del sufrimiento.

Un día Cipriano creyó que debía avisar á sus viejos patrones lo que ocurría en la estancia, pues era fácil darse cuenta de que nada bueno iba á resultar de la permanencia de aquella persona fatídica en la habitación de sus señores.

Propúsose, pues, ir á la ciudad y exponer sus temores. Pero los acontecimientos que muchas veces se anticipan á nuestras previsiones, vinie-



ron á solucionar aquella escena.

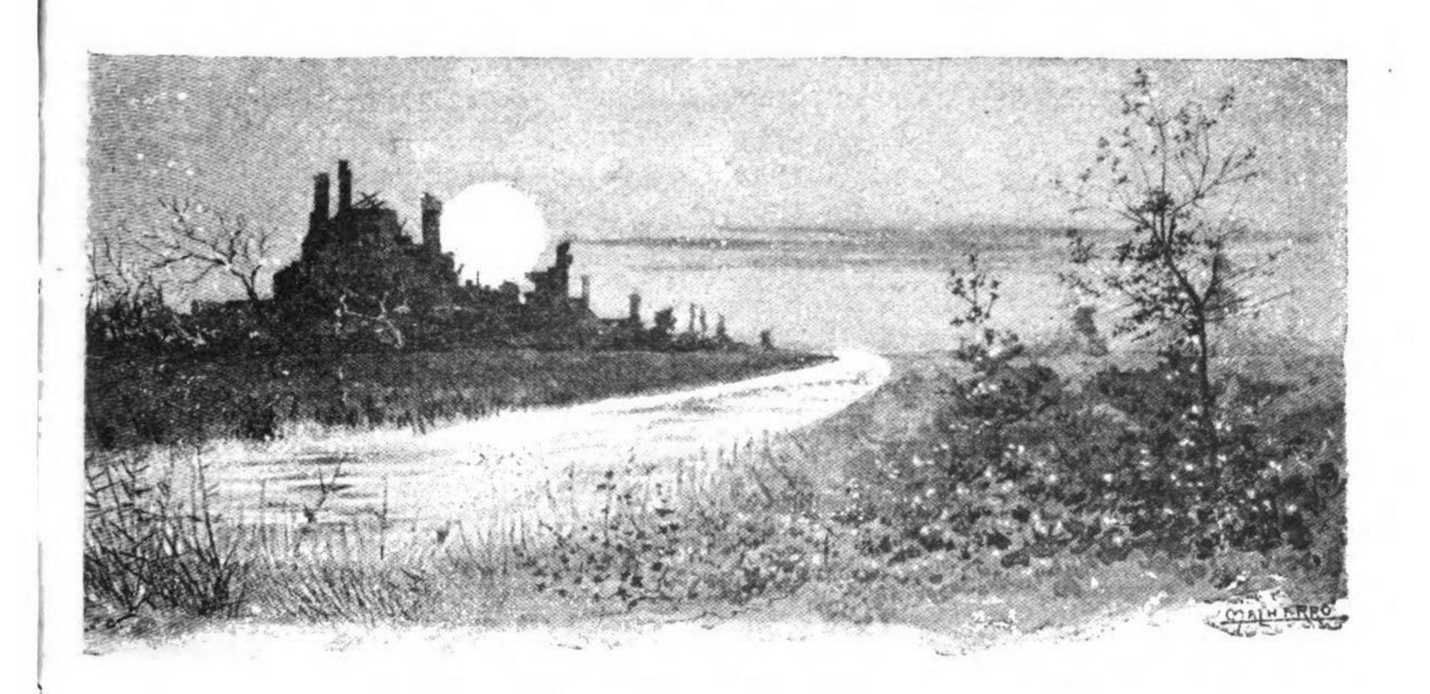
Una mañana, de inesperados acontecimientos, todo fué sorpresa y espanto para aquel grupo de buenos servidores. La estancia del padre de León ardía vorazmente, consumiéndose entre las llamas de un formidable incendio!

Los vecinos ocurrieron al lugar del siniestro; pero era imposible combatir aquel poderoso elemento. Las llamas de sobre la barranca llegaban hasta el cielo y las nubes se coloreaban de escarlata.

Mbeguá corrió por los campos buscando el rastro del pie de la joven india que tal vez había huido á los bosques.

Cuando el fuego había terminado su obra destructora, Cipriano escarbó las cenizas y sólo encontró los restos fósiles del mastodonte que no podían confundirse con los de una mujer.

Diversas suposiciones se hicieron á propósito de aquel incendio, pero nadie pudo contestar categóricamente á las dos preguntas siguientes:



¿Quién había encendido el fuego?

¿Dónde estaba Alegorí?

Una prolija investigación practicada más tarde demostró que aquella india era la autora del incendio y que se había suicidado en medio de las llamas. Este acontecimiento no pareció extraño á nadie, pues era propio del espíritu inculto de una mujer salvaje que se sentía cruelmente burlada

en esa pasión, foco de todas las pasiones que agitan hasta la más íntima fibra del corazón humano.

El amor, egida y móvil de todos nuestros actos. es el tirano del mundo!

FIN

NAVEGACIÓN DEL RÍO BERMEJO

ITINERARIO

Desde la embocadura del río Bermejo en el Paraguay á la isla de Ñacurutú (la más hermosa y ventajosa posición á poblar).	25	leguas
Al paso de los indios guaicurús	9	»
Al paso de Lurbe (angostura correntosa canal de greda)	21	»
A la Concepción (pueblo arruinado por los indios)	4	»
Al Zapayarcito (campos altos é inundables)	3	»
Al salto de Isó (canal toscoso y estrecho, ribera de greda aceitosa)	5	»
Al Teuco (ó tres bocas) posición estratégica contra los indios.	22	»
A Lacangayé (misión arruinada por los indios)	23	»
A San Bernardo (misión arruinada por los indios)	25	»
Al tren de Espinosa (campos altos montañosos)	30	»
A Zorro muerto (cañada húmeda y pastosa entre altos montes, riberas arcillosas)	6	»
A Pescado flaco (toldería del cacique Manco, con lagunas á las dos costas)	5	»
Al Campamento Viejo	5	»
Al Pescado blanco (frente á la toldería del cacique Romancito).	13	»
Al Pelícano Colgado (profunda laguna)	7	»
A Palo Santo (fuerte capitán Roca, ó senda de macomita)	7	»
A Santa Rosa (gran madrejón y ganado alzado)	7	»
A la carreta quebrada (ó fuerte de Güemes)	7	»
Al fuerte de Gorriti (donde hubo una gran batalla india)	8	»
A Rivadavia (pueblo)	7	»
A la esquina Grande	7	»
Al arroyo del Caimán (agua corriente muy salada)	4	»
Al canal ó dique de Roldán (boca del Teuco)	35	»
Al arroyo de la Pampa Blanca (ó Juntas con el Río Seco, que fué)	15	»
Al algarrobal	10	»
Al arroyo Azul (población de cristianos)	6	»
A las Juntas de San Francisco (ó Palca de Soria)	6	»

El Bermejo recorre trescientas once (311) leguas desde las Juntas del San Francisco hasta el Río Paraguay, atravesando diagonalmente el Chaco por el extremo austral, en un trayecto curvilíneo de mil ciento y tantas curvas.

VOCABULARIO DE LA LENGUA TOBA

Aloja (licor de algarroba).......	Tagá
Acércate, ó ven acá	Achocaná
Arroyo...........	Chegué
Aloé ó Agavo. ..	Togolatel
Almohada.......	Naranacté
Arbol	Mapic
Aguárdate........	Ahjí
Alguacil	Huachó
Agua	Nectrank ó yvetratnotaj
Algarrobo blanco.	Icapac-mapic
Algorrobo negro..	Lairazaic--mapic
Algarroba........	Mapic ó joayuc
Aqui está.	Huejní
Albardón.	Jokolec
Arco.......	Chienik
Anta	Hielaj ó Cipekoló
Ají......	Chimrail
Amigo............	Ydik ó Apá
Adios, vete.......	Japel
Aguila...........	Ianigrató
Aloja.............	Atrá
Algarroba...... ..	Joayuc
Aguará-guarzú....	Kalac
Abeja............	Cailalay
Anda, anda.......	Maj
Abuela	Comé
Así será, así lo haré	Haá
Abuelo...........	Lapí
Avanzar, atropellar............	Nineyaj
Abipón (indio)....	Kaiaraic
Acercarse..	Najñit
Algarrobal.......	Mapsatanegui
Amarillo..........	Cobí
Amor.............	Sokpitá
Año.......	Huí
Apero	Anate
Araña............	Palachilgrá
Armado (pescado)	Toiguit.
Armadillo	Namugserant.
Arco.............	Shignek.
Arrayan (añangapirú)..........	Daicó
Asentaderas.......	Nakté
Avispa (rubia)....	Koilalalay
Azul..............	Ymalac
Avestruz.........	Malic ó Amanit ó Mauj
Bueno, lindo, hermoso..........	Silatáj
Burro.	Asiná
Bañado..........	Schirá
Buey..............	Nilotá
Buey (novillo).....	Lajchonihá
Blanco........ ...	Ybiapal
Brazo.............	Lohac
Basta, suelta las armas..	Maltéj
Borracho.........	Cait
Bueno, está bien..	Haá
Bravo	Tronká
Beber, agua.	Niyoij
Bolsa	Koroquí
Bajo, bajito.......	Yeemp
Boleadoras.......	Karí
Boca	Ybalap

Blanco	Lapac
Bizcacha (animal)	Lermá
Bigote	Naschiplahué
Bayoneta	Uvic
Bata (de mujer)	Lapotó
Barriga	Dam
Barba	Kalahué
Bandurria (ave)	Tetrani
Bala	Ybuala
Bagre	Karol
Cacique	Bamba ó salarnek
Cama	Lomá
Camisa	Lomarquí
Calor	Netak ó mapa yará
Chivo, cabra	Cayuláj
Campo	Nonorak
Calzado	Pelabté
Calzoncillo	Marasó
Cadera	(V. Asentaderas)
Campo chico	Nanaerik
Cerca, allí, ó aquí.	Catohojtá
Carnero, oveja, cordero	Chonataj
Cabra	Ketac
Camino	Callacueray
¿Como estás?	Eisij
Caballo	Caalló ó yalataj
Cabeza	Lakaic
Cabello	Lahué
Carne	Guasetáj ó lapoc
Chifle	Huacalkué
Chico	Lohojsaj
Chañar, árbol	Lecherilmé ó tacay
Cállate, silencio	Moltéj
Cacique viejo	Nujkihá
Camina	Nayét
Cargar, atropellar.	Nineyáj
Correr	Nuntej
Campo lindo	Piavé

Canoa	Ligtag
Chaco	Halvipí
Cercano	Cayoitay
Cazuela	Calletag
Caminar	Aicuyapié
Cautivo	Nelatac
Cristiano	Dokchic
Ciervo	Chiganegot ó chigaramigó
Chico	Colé
Chicharra	Kogac
Charrata	Kochiní
Cerdo (chico)	Cós
Cerdo (grande)	Joló
Cera	Piglapá
Cementerio	Napalpi
Ceja	(V. Cabello)
Cebolla	Lachí
Cazador	Marisquero
Cazar	Mariscar
Cascabel	Teguoté
Casa	Nollic
Carro	Naiglonà
Cazahuatá	(V. Aloé)
Carpintero (ave)	Migornac
Carta	Neré
Carne	Lapat
Cariana (*Yahá*) ave	Takat
Carancho	Kañarí
Carpincho (animal)	Huatikeray
Cardón (tuna)	Hualchic
Caracol	Conec
Cara	Laschic
Cañaveral	Koktalaté
Cañada	Camegué
Campana	Atoimá
Campo	Macharaic
Campo limpio	Yapagaraniquí
Cuervo	Tequesan
Cuerpo	Loc
Cuero	Looc

Cuerno	Pise
Cuchillo..........	Ylonec
Cuchara.........	(V. Caracol)
Cuatí (animal) ...	Schinigó
Coser....	Natel
Criatura..........	Nigoktoloc
Carro	Ymischí
Corto........	Terait
Cortadera (pasto)	Piagran
Corazón..	Diakté
Conejo.	Sorná
Comida...........	Nalic
Comer...........	Chiguiac
Colorado	Toc
Cincha........ ...	Sotraquí
Cielo	Piguem
Chuña (ave)......	Lasinec
Dorado (pescado).	Sasinec
Dime (habla)... .	Ahómplent
Dios....	Cotoarg, Kotá ó Yagüeó
Día..............	Noag, nahá
Dientes.	Lué
Dáme	Aliádiet
Dice que no lo halla	Huslnijtej ó chojtinaj
Dedo	Yerata
Dormir...........	Sotchí
Despertar.........	Nichilén ó nemój
Dónde murió la india moza (princesa entre ellos)..	Opatcholé
Enemigo.........	Yalatroá, notampuaj ó natac
Estrella	Güacanit
Estrecho (angosto)	Lanoc
Está ya aburrido.	Najmejnoy
Estribo....... ...	Piaragul
Enfermo	Golalá
Esterito....	Kaimolec
Está nublado.....	Pelep
Estero...........	Dañalec
Elanco	Laccal
Estancia.........	Chivipilomá
Excremento.......	Alarachí
El río grande (Bermejo)...........	Teutáj
Espinillar	Piguininisat ó paraguesat
El río que sale del grande ó Bermejo	Teúco
Espinillo.........	Piguinic
Espérate.........	Tinajué
Espina de corona (árbol).	Nataquí
Enfermedad	Lobraic
Fusil	Ogronakté
Flecha....	Chicnak
Feo, malo, inservible........... .	Cachia ó Katmem
Fuego........ ...	Nodec, ytój
Fruta............	Pelac
Frío.	Omará, ó nomrá
Flaco....	Lopel
Frente	Latap
Freno.	Cachí
Frazada..........	Niguischí
Flor del aire	Shiric
Fleco............	Lahil
Faja.......	(V. Cinchar)
Gusano.	Kochiloté
Gallina, Charata, gallina montesa.	Huhóf
Grande	Nonrá ó huhéj
Gordo, grueso....	Yatáj
Gritar.	Nol'harak
Gato montés.... .	Copay
Garrapata..... ..	Pelá
Garza.	Huakap
Garúa.	Loiquirá
Gama.	Nalmenec
Gallina....... ..	Oleigrá

Hermano........	Miacayá ó iacayá
Huanaco..........	Nahumarnac
Haican (árbol)....	Hualarnic
Hualaivï (árbo)...	Huahuac
Huevo............	Coe
Hueso	Pinec
Hormiguero.......	Chipilerag
Hacha............	Honmál
Horcón	Lamará
Hombre...........	Yalé
Hijo.............	Yalic
Hierro...........	Lecat
Herida...........	Kemeraic
Helada...........	Neloní
Hambre...........	Korá
Indígena.........	Kom
Indio............	Nolajuíjk
Iguana...........	Coliguisac
Iglesia..........	Natamnarquí
Joven............	Nesokolec
Joven (mujer)....	Kañolé
Jabalí, cualquier chancho ó cerdo	Nicháj
Jerga............	Canec
Jacarandá (árbol)	Targuec
Koro (raíz)......	Paá
Lluvia...........	Ahuot
Loro.............	Eléej ó elec
Luna (la)........	Agoróit, lluelad ó karoic
Luciérnaga.......	Eray
La rueda.........	Hubranlój
Leña.............	Coipá
Lindo............	Nohon
Laguna seca......	Ymagayá
Lanza............	Caquersit
Lengua...........	Lacharat ótaquiray
Leña, madera seca	Jolóc
Lejana...........	Lobaranak
Leche............	Lijchí
Laguna tragadora de gente........	Lacangayé
Lazo.............	Anagué
Llover...........	Aguot
Laguna...........	Lehemchitaj ó kaim
Lapacho..........	Aialay
Lejos............	Cayayon
Ladino, lenguaráz que sabe el castellano........	Nilotaj
Llorar...........	Nollén
Langosta.........	Siquiroy
Lo he hallado....	Nijhuém
Lechuza..........	Ñacurutú
Llámalo..........	Onehij
Lechuza grande...	Quitilipí
Lindo, bonito, hermoso, bueno, superior..........	Silataj
Lejos, muy distante ó retirado....	Tojjuay
Lugar de las pequeñas grietas ladrillosas......	Tupaquesinsinet
Tirar balas......	Tujsijnij
La esposa, ó mujer que hace las veces de tal......	Yanasa
Laguna del pescado...........	Yuioma
Muerto...........	Stay ó ytayó ylén
Muchacho.........	Nesocolek
Mono.............	Macutí
Mujer............	Aló
Maestranza, lugar de trabajo......	Nujyój
Mosquito.........	Aiat, ó allat
Madre............	Yátec
Mistol...........	Nohojváj
Me voy...........	Muyéj-yapél

Mula............	Mulá	Pozo.....	Nollairé
Monte...........	Aviac	Paraná (río)......	Huaray
Murciélago ó vampiro...........	Sanbihuéj	Profundo.........	Apitój
Monte...........	Abiack	Pasto........	Abacpic, ó juquihindtj
Madre ó mamá...	Tielaáj ó iaté	Porango..........	Chimay
Miel.............	Dapic	Ponzoña	Chinatenrá
Macana..........	Pont ó Nejon	Pluma ó plumas...	Guallój
Más tarde........	Tojnáj	Pantano..........	Necerae
Mes.............	Kagvig	Poncho....... ...	Kalejnec
Matar........ ...	Salaut ó salalmat	Pólvora	Ogronoctel-sochí
Marlo.....	Luí	Pluma	Manilahué
Mucho...........	Pok	Padre.	Caudé
Mano............	Pokená	Palo Santo........	Hijohóc
Mosca...........	Letranit	Pájaro.	Otranic, ó koió
Maíz.............	Ahurá	Plata........ ...	Allom
Maíz tostado......	Toniguischic	Pita	(V. Aloé)
Naranjas..........	Naranjasat	Paloma...........	Lojlaqué
Nutria............	Chiguisi	Palmeta.....	Catelaye
No hagas.........	Montéj	Piojo.	Nabrat
Noche............	Pé, ó nuñeej	Piedra....... ...	Ká
Negro............	Lairaraic, ó chalgetá	Pierna	Teletá
		Pozo del indio....	Malajque
		Pie.......	Lapiá
Nariz............	Tomí	Pescado	Nillac
No quiero.........	Sadirá	Pampayito.	Nijtapuá
No vale.........	Niguajlaj	Pescuezo.........	Loksot
Oveja............	Taiquetá	Pescado (negro).	Hueray
Oye.............	Anój	Paso grande	Pueg
Oso hormiguero..	Otay	Pronto...........	Quejlaj
Oveja............	Telá	Poco.	Caiotany
Orillas de las aguas	Macomita	Perdiz	Torochí
Olla.............	Taraquí	Pozo grande......	Tajláy
Ojos.	Haité	Pozo del chañar...	Usilajque
Odio	Sasokpitá	Pelear	Ñialatrá
Obraje.	Onataranac	Pecho....	Lotogué
Palmar..	Lagaraisat	Pava montesa.....	Laté ú Okoló
Puerta........ ...	Lasom	Pato.	Otarmí
Palo madero......	Aloj	Pelea............	Nolatad
Primo	(V. hermanos)	Pesca...........	Cainarán
Perro	Pioklej	Paraje	Ltá
Pozo de Cimboe...	Aquelej	Pañuelo..........	Copará

Palo borracho....	Perarenrá
Palo.......	Koipac
Palmar......... .	Chaisat
Palma	Chaic
Paleta...........	Yachí
Pala........... .	Sluteguet
Paisano..	(V. Indígenas)
Padre.....	Tagaré
Pacú (Pescado)...	Hueserá
Querencia...	Lamka
Quebracho colorado...........	Tapic
Quebracho blanco	Noric
Quiero...	Aaaac
Quiero irme pronto	Nuéj-naíj
¿Quieres comer?	¿Oitáj-notché?
Quillcaloso.......	Dipat
Rumbo	Paiagué
Río............ .	Tuyeté ó lachué
Rancho......... .	Ybó
Rubio............	(V. Colorado)
Retirarse, irse.....	Tojnij
Ropa............	Histihiitaj
Ropa............	Nogrot
Rico...	Alou
Riachuelo.	Lachuegué
Repicar..........	Dactoví
Red.............	Naleguė
Relámpago.......	Schilgrá
Rayo............	Schilgrá
Raya (pescado)...	Lacataic
Surubí (pescado).	Chalmee ó alj
Sombrero..	Hunaj ó vadró
Suela............	Koliguischic
Sombra..........	Pakal
Sol (el)...	Lalá, volak ó ygualá
Sepultura...	Alaídini
Soldado.........	Huatranac
Silla.............	Nesonarquí
Saco, chaleco.....	Chalatáj
Si quiero....... .	Yupeéj
Suelto.......	Yoné
Sueño...........	Ochavá
Silvar	Nioñorac
Sí...............	A á
Serpiente de cascabel......... ...	Nelonec
Semilla	Pavaic
Sapo	Kolarró
Sano.	Oitou
Sangre..	Tagó
Salado...........	Nilmá
Sable.......... ..	Koialonec
Sábalo (pescado)	Nühac
Tuna rastrera.....	Dijat
Tunilla dorada....	Daiamí
Tala chico........	Nachivik-colé
Toro	Arnaj ó tóro
Tabaco........ ..	Noceludetó neshierec
Tucan (ave)......	Lesoronoc
Trueno..........	Sonrá
Tonto, zonzo.....	Cajsuyáj
Tordo	Chaljetàj
Tarde (la).......	Abit
Toma.	Nellong
Tripas	Lailischí
Trigo.	Tanta
Totora....	Kanariac
Trabajar.........	Danatran
Tortuga..........	Otanvat
Toldo.....	(V. Casa)
Tigre, ó la tigra...	Jahayoj
Tirador..........	Niguioshí
Tía.	Yasaró
Tío..........	Tescó
Tasis, planta ó fruta...........	Jualahúc
Tigre............	Guillot ó quirioc
Toldería...	Nolmét
Tirar............	Tujnij
Tirar balas.	Tujsijnij
Timbó (árbol)....	Didicho

Tierra blanca....	Pagaraleguesat
Tierra...........	Aluá
Teru-teru (ave(...	Latunec
Ternero..........	Huaká-ialé
Tasi (enredadera)	Loray
Tarde.........	Habit
Uso..............	Kalegnaranlté
Urundei (árbol)..	Antac
Uña.............	Lenat
Vibora...........	Narganac ó nodranac
Viruela..........	Piná
Vieno............	Lahat
Vaca...........	Guacá ó huacá
Venado..........	Dirné ó diorné
Vieja............	Creiná
Viejo............	Creioc
Verde...........	(V. Azul)
Yerba de la víbora	Pipiná
Ya viene.........	Machotáj
Yacaré (anfibio).	Daeloc
Zorro............	Norerá
Zorrino..........	Osoc

